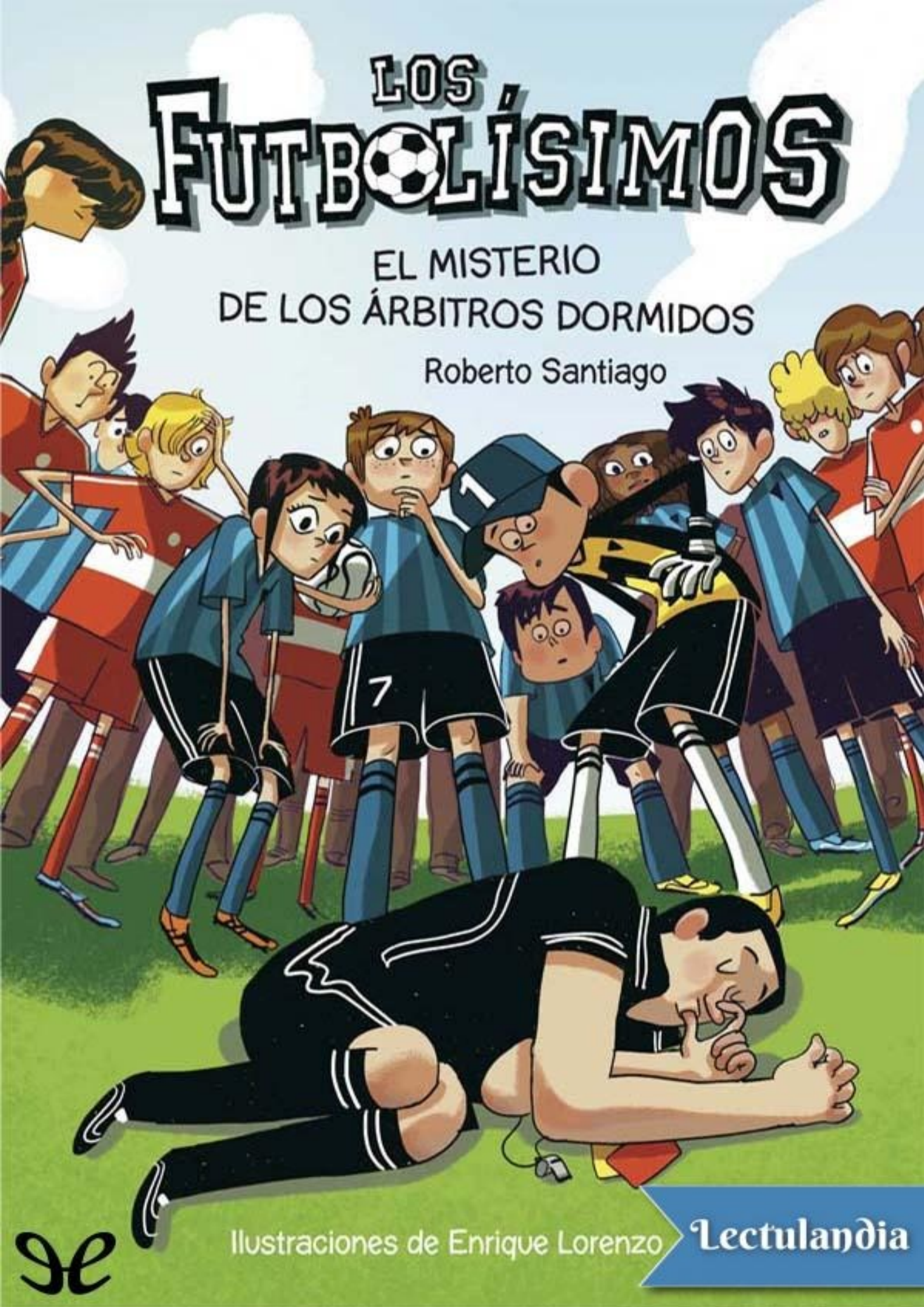
LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO DE LOS ÁRBITROS DORMIDOS

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

Lectulandia

El equipo de fútbol 7 Soto Alto no es solo el equipo de fútbol del colegio. Es mucho más. Nosotros hemos hecho un pacto: nada ni nadie nos separará nunca. Siempre jugaremos juntos. Pase lo que pase. Así que cuando pasó lo que pasó no tuvimos más remedio que actuar. Preparamos nuestro material de investigadores y nos lanzamos a la aventura. Por algo somos los Futbolísimos.

Roberto Santiago

El misterio de los árbitros dormidos

Los futbolísimos - 1

ePub r1.0
Titivillus 23.10.2019

Roberto Santiago, 2013
Ilustraciones: Enrique Lorenzo Diaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Me llamo Francisco García Casas, acabo de cumplir once años y voy a lanzar el penalti más importante de la historia del Soto Alto.

Es sábado por la mañana y hace muchísimo calor.

Coloco el balón justo en el punto de penalti. Estoy delante del portero.

Le miro fijamente.

Es un chico muy alto y muy rubio con una gorra. Está vestido con un traje de color naranja que yo creo que se puede ver desde varios kilómetros a la redonda.

Él también me mira. Desafiante. Como si me estuviera diciendo: «Tíralo si te atreves», y entonces escucho el rugido de la grada.

Hay más de mil personas gritando. Moviendo banderas al viento.

Ha venido casi toda la gente del pueblo. Y todos están pendientes de mí.

Nunca había venido tanta gente a un partido infantil de la Liga Intercentros.

Pero no es un partido cualquiera. Es el último partido de la liga, y han pasado tantas cosas estas dos últimas semanas, que también han venido periodistas y cámaras de televisión y fotógrafos.

Y ahí estoy yo.



Listo para lanzar el penalti. Miro al árbitro.

Espero que no le pase nada raro.

Y luego miro a mis compañeros de equipo.

Todos parecen muy nerviosos: se giran hacia otro lado, ninguno se atreve a decirme nada, ni siquiera me miran.

Bueno, ninguno excepto Helena, que me sonríe y me hace un gesto con la cabeza.

A lo mejor es la única que piensa que lo voy a meter. Este año he fallado cinco penaltis en la liga.

Seguramente es un récord: cinco penaltis fallados. Aunque ninguno era tan importante como el de hoy.

Yo mismo no estoy seguro de querer tirar este penalti decisivo. Pero no me queda otra.

Soy el delantero centro.

Tengo que tirarlo.

Y tengo que meterlo.

Para llegar aquí hemos tenido que luchar muchísimo.

Si lo fallo, el equipo perderá algo mucho más importante que un partido.

Podemos desaparecer.

Así dicho, no sé cómo sonará. Pero es la verdad. Si fallo este penalti, es muy probable que el Soto Alto deje de ser un equipo de fútbol para siempre.

Así que más vale que lo meta.

Cruzo una mirada con mi madre, que está en el banquillo.

Ella no es la entrenadora, pero hoy está en el banquillo porque han pasado un montón de cosas muy extrañas antes de llegar hasta aquí.

En este momento, a punto de lanzar el penalti, me pasan por la cabeza todas las cosas increíbles que nos han ocurrido con los árbitros y con los entrenadores y con todo el mundo.

Y lo único que pienso es: «Francisco, es tu última oportunidad», Tengo que meterlo como sea.

Los gritos en la grada van en aumento.

Todo el mundo aplaude y grita, y yo intento concentrarme. ¿Lo tiro por la derecha?

¿Por la izquierda?

Los dos últimos penaltis que he fallado los tiré por la izquierda. A lo mejor el portero lo sabe. Se toca la gorra y me señala con el dedo índice.

¿Por qué me señala?

¿Se cree que me vaya asustar?

Pues está muy equivocado: por mucho que me señale delante de todo el mundo, no me voy a asustar.

Por una razón muy sencilla: porque ya estaba muy asustado antes de que me señalara.



Tengo que meter el penalti, tengo que meter el… Entonces, el árbitro pita.
Tengo que tirar ya.
Cojo carrerilla.
Cierro los ojos.
Y pienso: «No pienses». Y chuto.
El balón vuela hacía la portería.
Y yo me quedo mirando con cara de empanado…



El equipo de fútbol 7 del Soto Alto está formado por:

Con el número 1, Camuñas, portero. También conocido como el Orejas. Tiene las orejas tan grandes que en cualquier momento parece que va a echar a volar. Es un buen portero, y aunque no se mueve mucho, para bastantes goles. Sus dos hermanos mayores también son porteros, pero él no deja de repetir: «Soy el mejor portero de la familia».

Con el número 2, Angustias, lateral derecho. Siempre está suspirando y quejándose por todo. Nadie se acuerda de cómo se llama de verdad, porque todos le llaman Angustias. Cuando ganamos el partido con los del Roma,

dijo: «Qué pena que hayamos ganado. Podríamos haber batido el récord de derrotas consecutivas».

Con el número 3, Marilyn, lateral izquierdo. Corre tan rápido que a veces te olvidas de que es chica y que la asociación de padres nos obligó a meterla en el equipo a la fuerza porque decían que tenía que haber más chicas. Es bastante buena, le gusta mucho mandar, y lleva el brazalete de capitán aunque nadie sabe por qué.

Con el número 4, Tomeo, defensa central. Es la demostración científica de que para jugar en un equipo de fútbol no hay que saber jugar al fútbol: basta con dar muchas patadas y empujar a los demás. Le pone mucho entusiasmo y grita mucho y hace todo lo que puede, pero es tan malo que no tiene solución.

Con el número 5, Toni, medio centro. Es una mezcla entre Messi y Cristiano Ronaldo, aunque a lo mejor no es tan bueno; pero a nosotros, desde luego, sí que nos lo parece. Creo que le da un poco de rabia tener que jugar con nosotros en lugar de estar con los del Axia o con el Santo Ángel, pero somos el equipo que le ha tocado.

Con el número 6, Helena con hache, media punta. Helena tiene los ojos más grandes que he visto en mi vida, y es tan guapa que no sé qué más puedo decir de ella. Ah, sí, que lleva más goles que yo en la liga.

Con el número 7, Pakete, delantero centro. En realidad se llama Francisco, o Paco, o incluso Paquito, pero lleva una racha bastante mala y ahora todos en el equipo le llaman Pakete.

Por si todavía no os habéis dado cuenta, Pakete soy yo. Esos somos los siete titulares.

Y después están los dos suplentes.



Con el número 8 está Ocho, que es suplente para casi todos los puestos, y que es tan bajito que parece que tiene ocho años, aunque el mes que viene cumple once, y por eso le llaman así. En realidad se llama Pedro, pero es mucho mejor que te llamen Ocho a que te llamen Canijo o Enano o algo peor, digo yo.

Y por último está Anita, con el número 10, que es la portera suplente, y que nunca antes se había puesto de portera, pero convenció a su madre de que la borrara de *ballet* y la apuntara a fútbol, que le gustaba mucho más. Anita

lleva gafas y no ve la bola cuando viene, pero como es suplente nunca nos hemos preocupado mucho por eso. Hasta ahora.

Luego están Alicia y Felipe, que son los entrenadores; algunos dicen que son novios, aunque yo no les he visto nunca darse un beso ni nada de eso.

Alicia está muy delgada y es muy alta, y sabe mucho de fútbol, y siempre nos está contando historias de grandes jugadores y de equipos míticos y cosas así.

Felipe tiene barba, y una vez el padre de Camuñas se enfadó con él y le dijo que, por mucha barba que tuviera, seguía siendo un crío y que no tenía ni idea de fútbol. Eso pasa muchas veces, que los padres se enfadan con los entrenadores. Sobre todo cuando perdemos, que es casi siempre.

Este es mi equipo de fútbol 7: el Soto Alto Fútbol Club. Aunque entre nosotros nos llamamos los Futbolísimos.

¿Porqué?

Pues porque antes de tirar el penalti más importante de la historia del Soto Alto, pasó una cosa increíble que no había ocurrido nunca. Y que no creo que vuelva a ocurrir jamás.



El colegio Soto Alto está en un pueblo de la sierra de Madrid que se llama Sevilla la Chica, y muchas veces los de otros pueblos de alrededor hacen bromas con el nombre, y ponen cosas en los carteles de tráfico de la entrada, y supongo que se parten de risa cuando lo hacen, pero yo la verdad es que no sé qué tiene de gracioso.

El colegio está dentro de una urbanización que también se llama Soto Alto.

Hay cursos de infantil y primaria.

Tiene un patio muy grande con dos canchas de baloncesto y un campo de fútbol.

Y hay un lema escrito sobre el muro de la entrada: «Donde hay educación no hay distinción de clases». Confucio (551 a. C. - 478 a. C.)

Por lo visto, Confucio fue un filósofo chino muy importante que dijo cosas muy inteligentes.

Y la asociación de madres y padres de alumnos hizo una votación para poner esa frase.

Había otras frases que también gustaban mucho, pero al final ganó la del chino. A mí me parece muy chula, aunque no estoy seguro del todo de lo que quiere decir.

Yo estoy en quinto B.

Somos treinta en mi clase.

Camuñas y Angustias también están en mi clase. Helena, sin embargo, está en quinto A.

No sé cuál es la razón por la que unos estamos en la B y otros en la A.

A lo mejor nos dividieron por el orden de llegada al colegio. O por orden alfabético. O por lo que le dio la gana al director del colegio, que se llama Esteban y que cuando pasa por el patio siempre parece que va hablando solo. O a lo mejor es por pura casualidad.

Antes era todavía más lioso porque había un C. Pero lo quitaron porque no había dinero para tantas clases, y a los del C los repartieron entre el A y el B.

El caso es que a mí me cogieron para el equipo de fútbol el año pasado.

Nuestro equipo de fútbol 7 juega en la Liga Intercentros, que es la liga de fútbol más importante en la que yo he jugado nunca.

Hay dieciséis equipos. El primero gana la liga.

Y los dos últimos bajan a la segunda división.

Los de la asociación de madres y padres de alumnos se han reunido y han decidido que si este año bajamos a segunda, lo mejor será deshacer el equipo de fútbol y crear un grupo de teatro, o dar clases de guitarra o algo así.

Dicen que el fútbol es demasiado violento y competitivo y que no nos conviene. Así que si bajamos a segunda, se acabó el equipo.



A los de la asociación de madres y padres de alumnos les gusta mucho reunirse y tomar decisiones. Sobre todo a la madre de Anita, que se llama

Laura, y es una sabihonda y una doña Perfecta y una mandona.

Si Confucio estuviera aquí, puede que les dijera:

«Preguntad a los alumnos antes de tomar una decisión». Pero Confucio está muerto desde hace más de dos mil años. Así que ellos siguen reuniéndose y tomando decisiones.

Lo de la violencia tiene gracia que lo digan justamente ellos, porque en los únicos partidos en los que ha habido alguna pelea ha sido porque los padres se han peleado con los padres de otros equipos, o con el árbitro, o con los entrenadores. No ha habido ni una sola pelea entre los niños.

No tengo nada en contra de la guitarra, pero me gusta mucho el fútbol.

Espero que no se acabe el equipo.

Aunque la verdad es que la cosa no está fácil. Solo quedan tres partidos y vamos los penúltimos.

Tenemos que ganar algún partido antes de que acabe la liga si no queremos bajar a segunda.

Y que el equipo desaparezca.

4



Mi padre se llama Emilio, y es policía municipal.

Los policías municipales de mi pueblo son policías normales que van con un uniforme azul y ponen multas y cortan la calle principal cuando son las fiestas. No son como los de las películas, que van por ahí persiguiendo a los malos y pegando tiros. Mi padre dice que un par de carreras sí ha echado alguna vez. Pero que nunca ha tenido que usar su pistola.

Tampoco es que en Sevilla la Chica pasen tantas cosas, la verdad. O por lo menos, que yo sepa.

A mi padre le gusta contar muchas cosas del trabajo.

Como, por ejemplo, cuando unos ladrones entraron a robar en la pastelería de Ginés, pero luego no fueron capaces de salir. Así que se quedaron dentro

esperando a que llegaran Ginés y su mujer, y mientras se comieron todos los pasteles y los bollos.

O cuando se llevó el coche de Gustavo Ferrada, el alcalde de Sevilla la Chica, por aparcar en zona prohibida.

—Las normas son para todos, Francisco, no te olvides —me dijo mi padre —. Da igual que seas el alcalde o el presidente del gobierno.

Yo creo que a mi padre le encanta ser policía municipal.

A lo mejor algún día, cuando sea mayor, yo también seré policía, aunque todavía no sé si quiero ser futbolista o veterinario o periodista deportivo o profesor de gimnasia o policía municipal, pero mi padre dice que todavía no tengo que decidirlo.

Mi madre se llama Juana y es dependienta en una tienda de regalos.

Esto es bueno y es malo al mismo tiempo.



Lo que tiene de bueno es que le hacen descuentos en los regalos de cumpleaños y de Navidad, y en todos los regalos en general Lo malo es que todos los regalos que se hacen en mí casa son de la tienda de mi madre. Así que nada de Juegos de la Play, ni balones de fútbol, ni bicicletas, ni otro montón de cosas que me gustaría que me regalaran, pero que no las tienen en la tienda de mi madre, y que me parece que tendré que esperar a comprármelas yo cuando ahorre de la paga.

A mi madre le gusta mucho el fútbol y es del Atlético de Madrid, y siempre dice que el Atleti es el único equipo del mundo que cuando bajó a segunda división tuvo más socios y más seguidores que cuando estaba en primera. Yo no sé si es verdad, pero lo dice tan orgullosa que parece que fuera la presidenta del equipo o algo así.

Es una pena que mi madre no vaya a las reuniones de la asociación de madres y padres de alumnos del colegio, porque se enfadó muchísimo cuando se enteró de que habían propuesto que desapareciera el equipo de fútbol si bajábamos. Ella no suele asistir a ninguna porque, como trabaja en la tienda, dice que entre unas cosas y otras no tiene tiempo ni para respirar, aunque yo creo que exagera un poco; pero bueno, esa es otra historia.

—¿Y tú no hiciste nada? —le preguntó a mi padre, que sí va a las reuniones.

—Mujer, se decidió por mayoría…

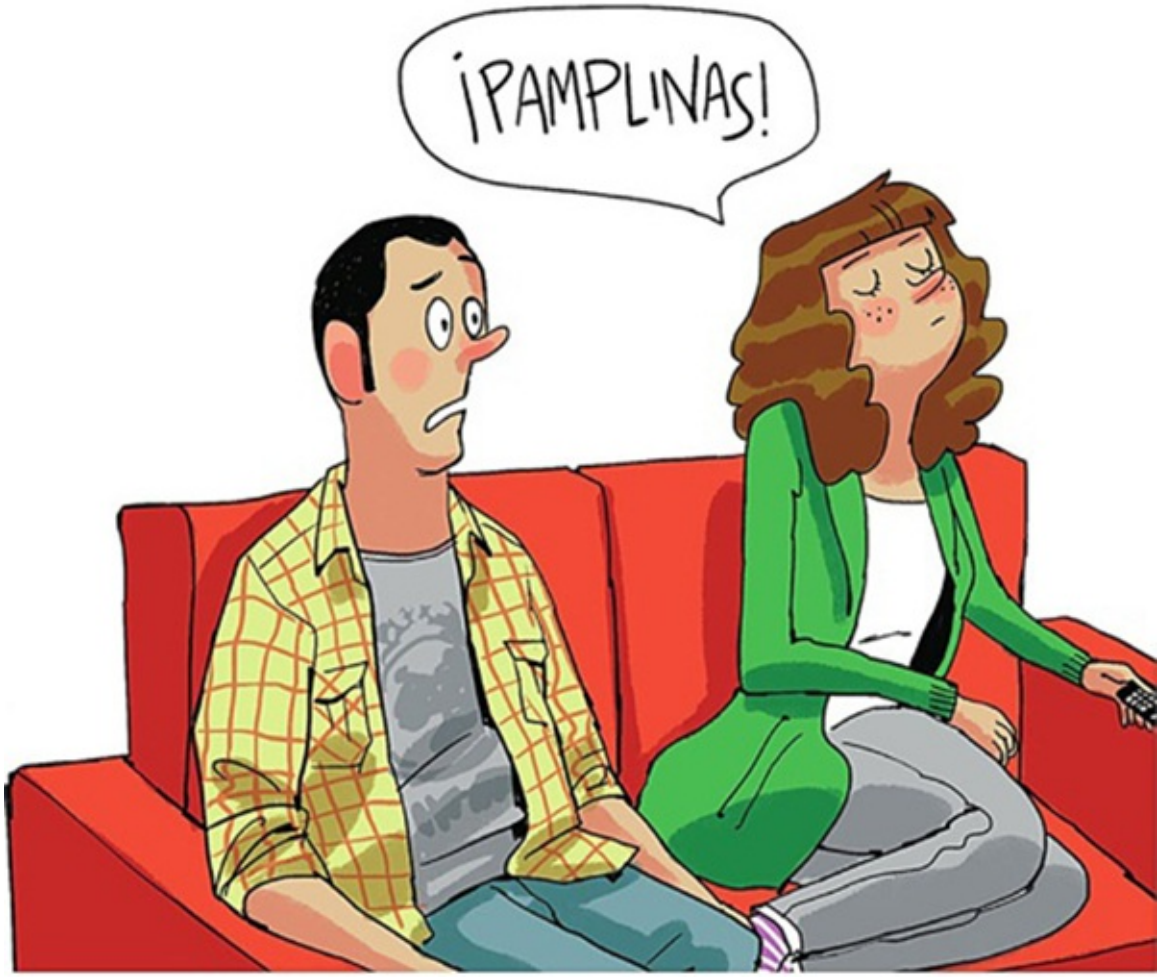
—¿Pero tú qué votaste? —insistió mi madre.

—Yo… bueno… yo me abstuve…

—¿Cómo que te abstuviste? —preguntó mi madre, como si no pudiera creerse lo que acababa de oír—. Pero ¿por qué te abstuviste? ¿Es que estás loco?

—Juana, por favor… Yo, como agente de la autoridad, tengo que dar ejemplo y estar por encima de estas cosas, y no puedo implicarme en decisiones de este tipo, y además…

—¡Pamplinas!



Cuando mi madre dice «pamplinas» significa «se acabó la discusión».

Y se fue de allí dejando a mi padre con la palabra en la boca y refunfuñando: «Abstención, habrase visto».

Mi madre está todo el día diciéndome que a ver si meto un gol de una vez y que a ver sí espabilamos para que el equipo continúe el año que viene.

—Entrena mucho, mete goles y estudia matemáticas, Francisco —me repite a todas horas.

Todo el mundo me llama Pakete o Paco o Paquito, pero mis padres me llaman Francisco.

Bueno, mi padre a veces me llama también Pakete, y mi madre se enfada cuando se le escapa.

Mi padre no se enfada casi nunca.

Yo creo que a mi padre en el fondo no le gusta el fútbol, pero dice que sí porque a él no le gusta llevar la contraria a mi madre.

Bueno, ni a mi madre ni a nadie.

Y ahora voy a decir tres cosas de mi hermano Víctor, y espero no tener que decir nada más de él.

Víctor tiene catorce años y se cree que lo sabe todo, y también se cree que se puede meter conmigo porque es mayor.

Víctor no va al mismo colegía que yo. Va al instituto Sánchez Ruipérez, que es donde iré yo dentro de dos años.

Mi hermano es del Atleti, como todos en mi familia. Yo he pensado hacerme del Real Madrid o del Barca solo por llevarle la contraria, pero al final no he podido; o sea, no es que no me hayan dejado, es que no me sale. Soy del Atleti a pesar de mi hermano, y ya está.

Ya sé que solo iba a decir tres cosas de mi hermano, pero vaya decir lo último:

Víctor siempre está diciendo que tiene muchas novias, aunque yo no le he visto nunca con ninguna.

Se ríe de mí porque dice que soy un alelado y que nunca tendré novia.

Víctor parece que no entiende una cosa. Yo no quiero tener novia.

Nunca.



Las chicas a veces son muy raras. Por lo menos, las de Sevilla la Chica. A lo mejor las de otros sitios son de otra manera y se las entiende mejor.

En mi clase hay muchas chicas que hacen cosas muy extrañas, que mejor no las voy a contar porque seguro que nadie se las creerla.

Helena con hache es distinta.

A Helena le gusta el fútbol tanto como a mí. O puede que incluso más. Ya he dicho que este año lleva más goles que yo en la Liga Intercentros.



Además, Helena tiene los ojos más grandes del mundo, y dice Camuñas que es la más guapa con diferencia de quinto A. y también lo sería del B, si estuviera en quinto B, claro.

—¡Al enano le gusta Helena! ¡Al enano le gusta Helena! ¡Al enano le gusta Helena! —dijo mi hermano Víctor.

No quería hablar más de mi hermano mayor, pero no he podido evitarlo.

Estábamos comiendo y dijo dieciocho veces seguidas la misma frase:

—¡Al enano le gusta Helena! —El «enano» soy yo, claro.

—¿Y quién es esa Helena? —preguntó mi madre.

—Helena no es nadie, y no me gusta, y ya está bien de pamplinas —dije yo.

Pero, por lo visto, la palabra «pamplinas» solo es mágica cuando la utiliza mi madre. Cuando yo la digo, las discusiones no se acaban, sino que van a más.

—Es una chica de su clase —dijo Víctor.

—Ah, sí, la del equipo de fútbol —dijo mi padre.

—¿La morenita guapa? —preguntó mi madre.

—Es una de las mejores del equipo —insistió mí padre—. Me Parece normal que te guste, Francisco.

Mi hermano Víctor se partía de risa. Yo me estaba poniendo rojo.



—Aunque todavía no estás en edad de esas tonterías —señaló mi madre —. Ahora, a centrarte en las matemáticas y en el fútbol. Ya tendrás tiempo para novias.

—A ver si os queda claro: Helena no me gusta, y yo no quiero tener novia. Nunca —dije muy serio.

Mi hermano siguió riéndose un rato.

Y mis padres continuaron hablando del equipo, y de lo que más me convenía, y de que en sus tiempos las chicas y los chicos no jugaban juntos al fútbol, y de otro montón de cosas que a mí me daban exactamente igual.

Yo solo pensaba en una cosa:

Helena con hache no me gusta. Yo lo que quiero es jugar al fútbol. Con Helena, si puede ser.

Pero porque es buenísima, no porque me guste.

Antes de que me cogieran para el equipo, Helena ya estaba de titular. Ha jugado al fútbol desde que era tan pequeña como un balón.

Conoce todos los equipos y todos los jugadores, y siempre está hablando con Alicia, la entrenadora, que conoce todavía más equipos y más entrenadores porque es mayor y ha tenido más tiempo para aprendérselo.

Helena vive dos calles debajo de la mía, y algunas veces volvemos andando juntos a casa después de los entrenamientos.

Aunque a veces ella vuelve en bici, y entonces ya no vamos juntos.

Al principio, cuando volvíamos juntos, yo iba callado y no decía nada porque ya he dicho que Helena es la más guapa de todo quinto y a lo mejor

incluso es la más guapa de Sevilla la Chica.

Pero luego, poco a poco, ya empecé a hablar.

Helena y yo hablamos sobre todo de fútbol, pero también de otras cosas. Ella habla mucho de su padre. Le ve poco porque es periodista y viaja por todo el mundo. Y porque además sus padres no están juntos, o sea, que están divorciados, y Helena dice que a ella no le importa porque es mejor eso que cuando estaban juntos y se pasaban todo el día paleándose.

Cuando su padre está en España y pasa el fin de semana con él, le cuenta las historias que le han ocurrido en América o en África o en Japón.

Últimamente, de lo único que hablamos al volver a casa es de los tres partidos que nos quedan para terminar la liga. Estamos muy preocupados por si desaparece el equipo.

Si desaparece el equipo, ya no podremos jugar al fútbol.

Y no podré volver con Helena a casa después de los entrenamientos.

Pero Helena está segura de que vamos a ganar por lo menos uno de los tres partidos y nos vamos a salvar.

—Nos vamos a salvar seguro —dijo.

—Ojalá.

—Y fijo que vas a marcar algún gol —me animó ella.

—Ojalá —dije yo.

—Y yo también vaya marcar —dijo.

La miré y vi sus ojos tan grandes y que estaba sonriendo, y dije:

—Ojalá.

—Pakete.

—¿Qué?

—¿Puedes dejar de decir todo el rato «ojalá»?

—Sí.

—Vale.

Y seguimos andando un buen rato sin decir nada más. A veces Helena también me llama Pakete.

Pero cuando lo dice ella, no me importa.

Suena distinto.

El que me puso el mote lo hizo para reírse.

No sé si lo he dicho, pero el primero que me llamó así fue Toni. Toni metegoles chupóptero y superchulito.





Toni es el mejor jugador del equipo. Mejor que todos los demás juntos.

Eso no tiene nada que ver para que sea un chupón y un chulito y un listillo, a Toni le encanta regatear y meter goles, y que todo el mundo le aplauda.

Yo creo que solo hay una cosa que le gusta más que eso. Reírse de todos.

En el último entrenamiento antes del partido contra el Axia, Toni metió un buen montón de goles.

Alicia y Felipe le felicitaron, y nos dijeron a todos que sí no sabíamos qué hacer con la pelota, se la pasáramos a Toni.

Ah, Y también nos dijeron que teníamos que estar muy concentrados para no meternos ningún gol en propia puerta.

Parece increíble, pero en los dos últimos partidos nos habíamos metido dos goles a nosotros mismos. Y así es muy difícil ganar, claro.

—Si no les metemos un gol a los rivales, por lo menos hay que intentar no metérnoslo a nosotros mismos —dijo Felipe.

Y luego nos dijeron que nos fuéramos a casa.

Mientras recogíamos las cosas en el vestuario, Toni no paraba de hablar todo el rato.

Decía que sí ese año bajábamos, a él le daba lo mismo, porque ya había hablado con sus padres y se iba a cambiar a un colegio que tuviera un equipo de fútbol mucho mejor, donde él pudiera demostrar todas sus aptitudes.

Eso de «todas su aptitudes» lo dijo muy serio, como si se le hubiera ocurrido a él.

Toni es el que le ha puesto mote a la mayoría de los del equipo.

A Camuñas le puso el Orejas. A Pedro, Ocho.

A Angustias, Angustias. Y a mí me puso Pakete.

Toni se cree que es muy gracioso, y yo muchas veces pienso que también le vaya poner un mote, como Chupagoles o algo así, pero luego no me sale.

—El tuenti de Toni es muy gracioso —dijo Marilyn.

—Yo es que me parto —dijo Helena.

Y las dos parecía que se reían mucho de las ocurrencias de Toni.



En el tuenti de Toni está subida la foto de cuando Angustias estornudó en medio de un examen, y tenía tantos mocos que salieron disparados y acabaron en la hoja del examen, y la empaparon y lo dejaron hecho una guarrería que no se podía ni tocar.

Todo el mundo se río un montón. Menos Toni, que no se reía para que no se le moviera el móvil mientras lo grababa.



También está subido el vídeo de cuando Tomeo se quedó colgado en la cuerda de nudos durante la clase de gimnasia y se le cayeron los pantalones del chándal y se quedó allí arriba, en calzoncillos, sin poder subir ni bajar.

Camuñas dice que lo que me pasa es que tengo envidia de Toni, porque es el que mejor juega del equipo y el que más visitas y amigos tiene en tuenti.

—No sé cómo le puedes defender —dije yo—. Toni fue el que te puso el mote de Orejas.

—A mí no me importa que me llamen Orejas —dijo—, y además, si no hubiera sido él, me lo habría puesto otro, y por lo menos Toni mete goles. Algo es algo.

A mí me puso Pakete porque llevo unos cuantos partidos sin marcar.

Bueno, por eso y por otra cosa que ya he contado. He fallado cinco penaltis seguidos en cinco partidos…

Ya sé que es increíble, y que seguramente nunca ha ocurrido algo así en ningún equipo de fútbol de todo el mundo.

Por eso me puso Pakete.

La mala racha empezó cuando fallé un penalti contra el Antonio Machado.

Aunque Toni es el mejor jugador, y Helena la máxima goleadora, yo siempre tiro los penaltis, porque Alicia y Felipe dicen que yo soy muy bueno para eso, y que así mejora mí autoestima como goleador, y que hay que repartir las funciones dentro del equipo, y no sé cuántas cosas más.

El caso es que soy el encargado de tirar penaltis.

El secreto para tirar bien los penaltis me lo dio mi madre.

—Tú, cuando vayas a tirar, mira hacia el lado donde lo vas a tirar, para que lo vea también el portero… y después lo tiras al mismo sitio —dijo ella.

—Pero si el portero sabe dónde lo vaya tirar, ¿por qué tirarlo ahí? —pregunté yo.

—Pues por eso, porque el portero piensa que como él ya sabe que tú lo vas a tirar ahí, cambiarás de opinión y lo tirarás al otro lado —explicó ella—. Y por eso el portero se tirará al otro lado, y tú lo metes.

Yo me quedé pensándolo un momento. A lo mejor tenía razón, y además mi madre sabe mucho de fútbol.



Pero ahí entró mi padre.

—Un momento —dijo él. ¿Y si el portero sabe que Francisco sabe que el portero sabe que Francisco sabe…?

—Pamplinas —le cortó mi madre.

Y ya sabíamos todos lo que eso significaba.

—Tú haz lo que te digo y ya verás cómo funciona —dijo mi madre, y dio la discusión por terminada.

Y el caso es que al principio de temporada funcionó.

No fallé ni un penalti… hasta el partido del Antonio Machado. Supongo que porque el portero era muy listo y me adivinó las intenciones. O porque era muy vago, como Camuñas, y no le apetecía tirarse para ese lado.

O, simplemente, porque llega un momento en que tienes que fallar. No se puede marcar siempre, siempre, siempre.

El caso es que tiré el penalti, el portero del Antonio Machado se quedó quieto y se quedó con el balón en las manos.



Lo peor no fue fallar el penalti.

Lo peor fue que por culpa de ese penalti perdimos el partido. Después se me acercaron los dos entrenadores, Felipe y Alicia, y también todos mis compañeros. Y me animaron y me dijeron que no pasaba nada, que había sido mala suerte, y que el siguiente penalti lo metía seguro.

Toni fue el único que no me dio ánimos. Él quería tirar los penaltis, y parecía que se alegraba de que yo hubiera fallado.

Pensé que de verdad había sido mala suerte, y que un penalti lo falla cualquiera, y que nunca más fallaría un penalti.

Pero el siguiente penalti, contra el Teresa de Jesús, también lo fallé.

Y el siguiente, y el siguiente. Y otro más.

Fallé cinco penaltis seguidos, y perdimos los cinco partidos. Seguramente se trata de un récord mundial.

Y además, el padre de Toni los grabó con su iPhone, y luego Toni hizo un vídeo con los cinco penaltis, le puso una música y lo llamó «Pakete, deja de tirar penaltis, por favor», y lo colgó en tuenti, y todo el mundo del colegio y también muchos que no eran de mi colegio vieron el vídeo.

Y desde ese momento soy Pakete.

7



Quedan tres semanas para terminar la liga. El momento clave de todo el año.

Habíamos tenido una temporada bastante mala.

No empezamos mal. Empatamos algunos partidos, incluso ganamos a los del Luis Otero.

Pero después de la mala racha de los penaltis, habíamos perdido todos los partidos.

Así que ahora nos íbamos a jugar el todo por el todo. Podíamos conseguirlo.

No era tan difícil.

Con ganar uno de los tres partidos que quedaban, nos podíamos salvar, y así no bajaríamos a segunda, y la asociación de madres y padres de alumnos

no disolvería el equipo.

El más difícil de los tres partidos era el último, contra el equipo del Santo Ángel, que iban los primeros de la liga, y seguramente se jugarían todo en ese partido final.

—Tenemos que llegar al último partido con los deberes hechos —dijo Alicia.

—O sea, que tenemos que ganar un partido cuanto antes, y no esperar al último —dijo Felipe.

Alicia miró a Felipe.

—Eso es lo que yo acabo de decir —dijo Alicia—. Creo que ya lo habían entendido.

—Por si acaso, es mejor no dejar flecos sueltos —dijo Felipe.

—Muchas gracias por explicarlo otra vez —dijo Alicia.

¿Qué estaba pasando?

Alicia y Felipe nunca discutían ni se picaban; por lo menos, no delante de nosotros. Los dos eran entrenadores por igual, y parecía que se llevaban muy bien y que siempre estaban de acuerdo.

A lo mejor estaban nerviosos por el final de la liga.

Si bajábamos, el equipo desaparecería y ellos dejarían de ser los entrenadores.

Pero en realidad lo que les pasaba a Alicia y Felipe no tenía nada que ver con eso.

El día antes del partido, cuando estábamos en el vestuario, Marilyn dijo una cosa que era lo último que yo me esperaba.

Esto fue lo que dijo Marilyn:

—Alicia le ha pedido a Felipe que sean novios. ¿¿¿QUÉ???

—Pues lo que habéis oído —explicó Marilyn—: Alicia le ha pedido a Felipe que sea su novio, y él se lo está pensando, y por eso están así de raros.

—Eso te lo estás inventando —dijo Torneo, que casi nunca dice nada.

—No se lo está inventando, es verdad —dijo Helena.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Camuñas.

—Pues lo sé porque… porque… Alicia y mi madre son muy amigas, y ella se lo ha contado —dijo Helena.

—Exactamente —dijo Marilyn.

Todos nos quedamos callados sin saber qué decir.

—Es lo peor que nos podía pasar —dijo Angustias—, justo ahora, un día antes del partido.

—Pero a ver —preguntó Anita—. ¿Ella se lo ha pedido a él? ¿O él se lo ha pedido a ella?

—No, no —dijo Marilyn—. Alicia se lo ha pedido a Felipe.

—A mi no me gusta nada Felipe con esa barba —dijo Anita.

—Pues a mí me parece muy guapo —dijo Helena.

—Y es muy simpático —dijo Marilyn—, y además baila muy bien. Me acuerdo en las fiestas del colegio…

—Yo creo que hacen muy buena pareja —dijo Helena—. Ojalá que se hagan novios.

Un momento.

¿Éramos un equipo de fútbol o un grupo de cotillas hablando de novios y novias y otras cosas horribles?



—Lo importante es que ganemos al Axia —dijo Toni—, no las tonterías estas de noviecitos.

Por una vez en la vida, estaba de acuerdo con el superchulito.

Al día siguiente jugábamos con el Axia, un equipo bueno pero que estaba en la mitad de la clasificación y que no se jugaba nada en el partido; era nuestra mejor opción de ganar, porque después, el siguiente domingo, teníamos que jugar contra el lslantilla, un partido mucho más complicado porque ellos también tenían opciones de bajar a segunda y, claro, esos sí que iban a jugar a tope contra nosotros; y luego, contra el Santo Ángel, que lo dábamos por imposible porque el Santo Ángel es como el Real Madrid de la Liga Intercentros, y se jugaban la liga y en el partido de ida nos metieron 6-0.

—Lo importante es ganar al Axia —dije yo.

—Tú calla, Pakete —dijo Toni—. Y además, que sepas que si hay otro penalti, lo vaya tirar yo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso quién lo ha decidido? —pregunté. Entonces noté que todos me miraron.

Y se quedaron callados.

Estaba claro que lo habían hablado entre ellos.

—Muy bien, como queráis —dije—. Ah, y a mí Felipe y Alicia también me parece que hacen muy buena pareja.

No tengo ni idea de por qué dije eso.

A mí me da igual si hacen buena pareja o mala pareja o si son novios o lo que sea.

Lo dije por fastidiar a Toni. Creo.

Y luego me fui de allí.

Teníamos que ganar al Axia, y lo único que hacíamos era discutir entre nosotros.

Así no íbamos a conseguir nada. Esa noche recibí un wasap:

«Nos vemos en el campo de entrenamiento a las doce de la noche».

Firmado: Helena.





Estuve un rato mirando el mensaje. Lo leí varias veces, por si en realidad ponía otra cosa.

Pero no.

Por mucho que lo miraba, seguía poniendo lo mismo:

«Nos vemos en el campo de entrenamiento a las doce de la noche».

¿De verdad Helena quería verme?

¿¿A solas, en el campo de entrenamiento?? ¿¿¿Y a las doce de las noche???

Y… un momento: ¿¿a las doce de la noche??

¿Cómo iba a salir de casa yo a las doce sin que mis padres se enteraran?

Bueno, por lo menos mi padre tenía guardia esa noche. Así que solo tenía que escabullirme de mi madre.

O eso creía yo.

Se me había olvidado una cosa. O mejor dicho, una persona.

Un ser que también vive en mi casa. Mi hermano mayor.

—¡El enano tiene una cita, el enano tiene una cita! —se puso a reír y a gritar como loco.

Víctor es un supercotilla y había leído mi mensaje.

Yo le perseguí por la habitación intentando taparle la boca, pero Víctor me saca una cabeza y tiene tres años más que yo, y es bastante difícil taparle la boca.

—¡El enano tiene una cita, el enano tiene una cita! —siguió chillando y riéndose.

Si mi madre le oía, ya podía ir despidiéndome de ver a Helena esa noche.

Entonces, Víctor se paró y me miró a los ojos.

—¿Tú sabes lo que se hace en una cita con una chica, enano?

—¡No es una cita! —protesté yo.

—Entonces, ¿qué es…?

—Pues es… es… —no tenía ni idea de qué decir—, es… una reunión secreta. Eso es.

—Es una cita —insistió él—, y en una cita tienes que darle un beso.

—No es una cita —repetí yo—, y nadie tiene que besar a nadie.

Víctor cerró los ojos, juntó los morros y empezó a tirar besos haciendo mucho ruido.

—¡Pakete, bésame! ¡¡Te quiero!! Muaaaak, muaaaaak…



—¡¡Cállate, imbécil!! —Y me tiré encima de él.

Víctor no paraba de reír y de repetir:

—Pakete, bésame.

Y yo le gritaba que se callara de una vez.

Estábamos armando un buen escándalo, y era casi imposible que mi madre no nos hubiera oído. La única explicación es que ya se hubiera quedado dormida delante del televisor. Hay noches, sobre todo cuando mi padre tiene guardia, en que a mi madre le cuesta dormir, y entonces se toma una pastilla. Y ya no hay quien la despierte.

Con suerte, esa podía ser una noche de pastilla.

—Por favor, no le digas nada a mamá —le pedí a mi hermano.

—¿Y yo qué gano? —preguntó Víctor abriendo mucho los ojos.

—Pues que ayudas a tu hermano pequeño —dije yo sonriendo y poniendo cara de buena persona.

—Está bien —dijo él—. Yo me callo sí admites que es una cita y que te gusta la cría esa.

—Helena no me gusta —dije.

—En ese caso, tendré que hablar con mamá y contarle que te quieres escapar de casa y… —dijo mi hermano.

—Vale, vale, lo admito: es una cita y me gusta, lo que tú quieras —dije, esperando que me dejara en paz de una vez.

Aunque en realidad no me gusta Helena.

—No, así no vale —dijo Víctor—. Tienes que decirlo de verdad… Espera un segundo.

Mi hermano me enfocó con su teléfono móvil.

—¿Lo vas a grabar? —pregunté yo.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para nada —dijo—, para verlo cada vez que me dé la gana y partirme de risa. Venga, enano, mira a la cámara y di que tienes una cita con esa chica que tanto te gusta… o si no, iré a hablar con mamá.

No tenía muchas alternativas. Cerré los ojos un momento. Me armé de valor.

Respiré hondo.

Abrí los ojos de nuevo, miré a la cámara y dije:

—Helena es una chica muy… guapa y muy simpática y juega muy bien al fútbol… y a mí… bueno… a mí me gusta… Tampoco es que me guste mucho, pero vamos, que sí, que me gusta… y esta noche tengo una cita con ella en el campo de fútbol y estoy un poco nervioso. ¿Vale así?

—Perfecto —dijo mi hermano—. Ya te puedes ir.

Y se tiró en la cama, como si hubiera hecho una obra maestra o algo.

Yo me fui hacia el salón intentando no hacer ruido. Miré el reloj: las doce menos cuarto.

Mi madre estaba roncando en el sofá, con el canal de deportes puesto en la tele.

Crucé el salón con mucho cuidado.

—¿Adónde vas, Francisco?

Me giré.

Mi madre seguía con los ojos cerrados. Aun así, me estaba hablando.

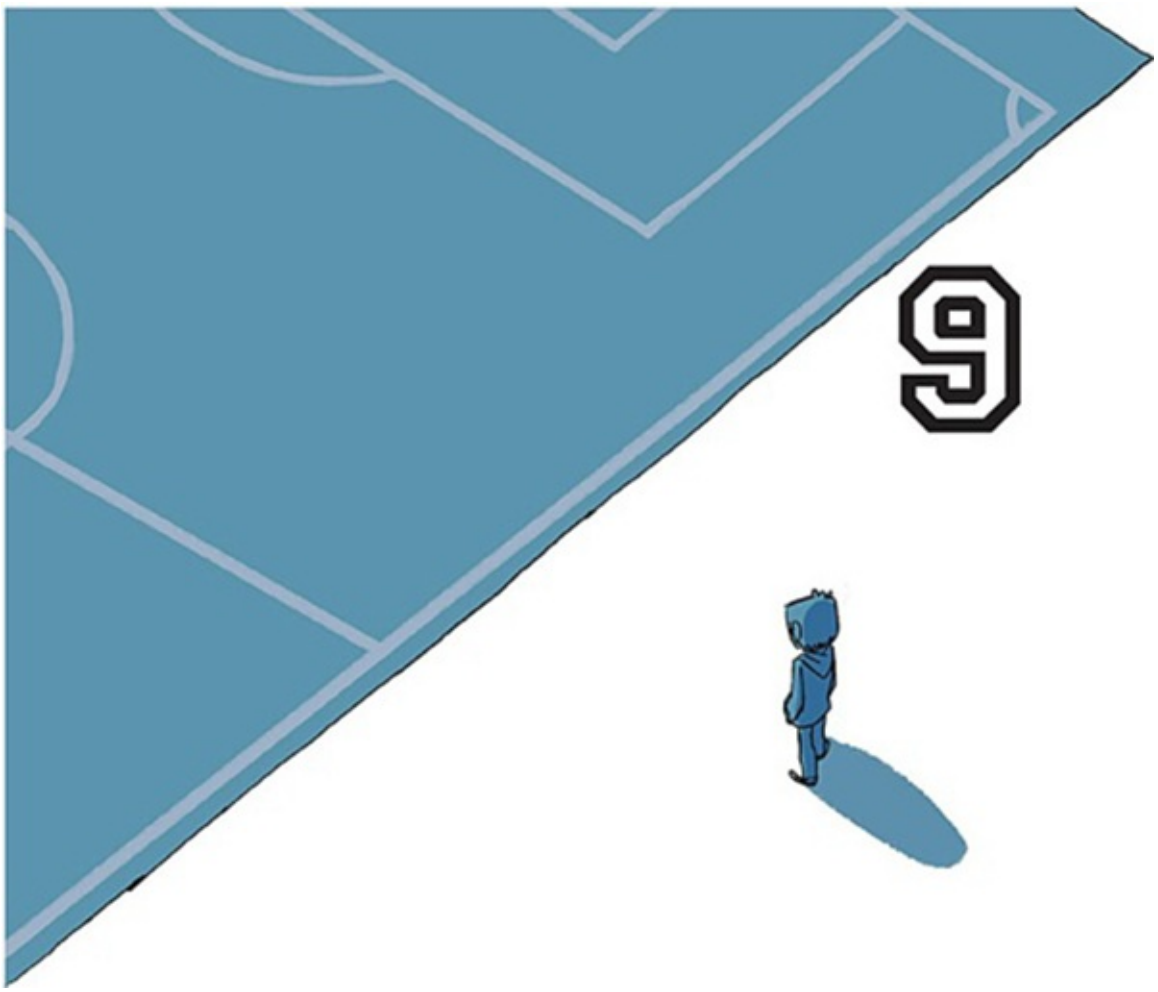
—Voy al servicio un momento, mamá —respondí.

—Hmmmmmm —dijo ella, y siguió durmiendo.

Abrí la puerta y salí a la calle.

Nunca había salido a esas horas yo solo.
Miré al cielo y vi la luna, arriba, en lo más alto. Y me puse en marcha.
Tenía que darme prisa sí quería llegar a las doce.





Cuando llegué al campo de entrenamiento, la campana de la iglesia estaba tocando las doce.

En realidad, lo que sonaba no era una campana. Mi padre dice que está grabado y lo echan por los altavoces que hay en el campanario, pero parece una campana de verdad.

El caso es que llegué a las doce en punto al campo. Y allí no había nadie.

Entonces se me ocurrió una cosa.

Se me ocurrió que quizá Helena no había podido venir. O algo peor: a lo mejor el mensaje no era para mí.

Ponía:

«Nos vemos en el campo de entrenamiento a las doce de la noche».

Pero no ponía mi nombre.

Muchas veces, la gente se hace un lío y le manda el mensaje a una persona equivocada.

A mí me pasó una vez.

Escribí un mensaje para Camuñas que decía: «No te olvides las chuletas para el examen de matemáticas». Y de tanto pensar que no quería que se enterasen mis padres, al final se lo mandé a mi padre por equivocación.

Así que mi padre estaba en su coche de policía y recibió un mensaje mío que ponía: «No te olvides las chuletas para el examen de matemáticas».

Por suerte, mi padre no se lo dijo a mi madre. Aunque es policía, no es un chivato.

Al volver a casa, lo único que me dijo fue:

—Ten mucho cuidado con los mensajitos, —y me lo dijo con una cara que no se me olvidará en la vida.

Él y yo sabíamos perfectamente lo que había pasado. Pero nunca lo hablamos. No hacía falta.

Total: que a lo mejor Helena había escrito el mensaje para otra persona y me lo había mandado a mí por error.

Estaba pensando a quién se lo podía haber escrito, cuando vi una luz que se acercaba a lo lejos.

Era el faro de una bicicleta.

Estaba muy oscuro y la luz me cegaba, así que no podía ver bien quién era.

Hasta que por fin pude escuchar su voz:

—¿Qué haces tú aquí?

—¿¡Eh!?

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —insistió.

Era Camuñas. En persona.

Paró su bicicleta justo a mi lado. ¿El mensaje era para Camuñas? ¿Nos lo había mandado a los dos?

¿Helena tenía una cita también con Camuñas? ¿Con el Orejas? No entendía nada.

—¿Y tú? —pregunté yo.

—Yo he venido a… una reunión secreta —dijo.

Los dos nos miramos un rato sin decir nada. Hasta que por fin le dije:

—¿Te ha mandado un mensaje Helena a ti también?

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó, y le enseñé el wasap de Helena en mi móvil. El Orejas se encogió de hombros.

—A lo mejor se ha equivocado —dijo.

Y me enseñó su teléfono: allí estaba el mismo mensaje que me había mandado a mí.

Exactamente el mismo.

«Nos vemos a las doce en el campo de entrenamiento».

—¿Qué hora tienes? —pregunté yo.

—Las doce y tres minutos —respondió, y justo a esa hora, a las doce y tres minutos, apareció Helena. Pero no venía sola. A su lado estaba Toni.

Y detrás de ellos también llegaron Angustias, Tomeo y Ocho, y muy poco después, Anita y Marilyn.

Allí estábamos todos los del equipo.

Los siete titulares y los dos suplentes.

¿Qué hacíamos todos allí?

—Os vaya decir por qué os he llamado a todos —dijo Helena.

—No os preocupéis, tarados. No es nada malo —dijo Toni, como si él ya lo supiera todo.

—¿Tú ya lo sabes, listillo? —preguntó Marilyn. Pero Toni no respondió.

Simplemente sonrió y puso esa cara que pone siempre, como si nos estuviera haciendo un favor por jugar con nosotros al fútbol y por estar a nuestro lado.

—Si mis padres se enteran de que estoy aquí, me van a castigar un mes sin salir de casa —dijo Ocho.



—Pues no haber venido —respondió Anita.

—No discutáis, por favor —dijo Helena—. Os voy a explicar por qué os he llamado.

Estaba claro que aquello no era una cita.

Helena había mandado el mismo mensaje a todos, no solo a mí.

La miré allí en medio, y por un momento pensé que no habría estado mal una cita con ella a solas.

No sé por qué, pero fue lo que pensé.

Helena siguió hablando.



—Nadie confía en nosotros —dijo—. Todo el mundo piensa que vamos a perder. Los del Axia no se juegan nada, y nosotros nos jugamos todo. Y aun así, todos creen que perderemos mañana. Y la semana siguiente. Y la otra. Y están convencidos de que el equipo va a desaparecer.

—Es que vamos a perder seguro —dijo Angustias, que parecía que estaba a punto de echarse a llorar—. Yo creo que me voy a marchar, porque es tardísimo y seguro que todo sale mal y nos van a pillar y se nos va a caer el pelo…

—Cállate, Angustias, por favor te lo pido, que me pones dolor de cabeza —dijo Marilyn.

—Os he llamado para que hagamos un pacto secreto —dijo Helena.

Y ahora sí, todos nos quedamos en silencio.

Allí, en la oscuridad de la noche, con la luna al fondo, íbamos a hacer un pacto secreto.

La cosa se ponía emocionante.

—Tenemos que prometer todos que, pase lo que pase, seguiremos juntos y jugando al fútbol —dijo Helena—. Tenemos que prometer que no nos separaremos nunca. Ganemos o perdamos, seguiremos jugando juntos. En esta liga. O en otra. En un campo. O en la calle. O donde sea. Pero juntos.

Todos nos miramos.

Helena estaba muy convencida de lo que decía.

Podían hacer desaparecer el equipo, pero no podían prohibirnos jugar al fútbol.

Miré a los demás, y ellos debían estar pensando algo parecido, porque estaban muy serios.

Bueno… Torneo estaba comiéndose una chocolatina, como siempre.

—Tengo el azúcar bajo —protestó cuando le miré.

—¿Quién está conmigo? —dijo Helena, y extendió su mano.

Inmediatamente, Marilyn también extendió su mano y agarró la de Helena.

Angustias y Camuñas se encogieron de hombros y también pusieron sus manos sobre la de Helena.

Y así todos los demás: Anita, Ocho, y hasta Tomeo, que se tragó la chocolatina y colocó su mano sobre las demás.

Solo quedábamos Toni y yo.

—Bueno, yo tengo ofertas para jugar en otros equipos. Tendré que pensarlo… —dijo Toni.

Pero luego miró a Helena y soltó una sonrisa. Parecía que era verdad que los dos ya habían hablado antes de venir al campo.

—Es broma —dijo Toni, y colocó su mano sobre el resto. Solo faltaba yo.

Pensé que lo que más me gustaría en el mundo sería jugar con Helena y con todos los demás.

Pero no soportaba a Toni, y aún menos que ahora fuera tan amiguito de Helena.

Y que me habría gustado que Helena me contara lo del pacto a mí antes, y no a él.

Pensé muchas cosas, hasta que ella me interrumpió.

—¿Estás o no estás? —me preguntó Helena.

Moví la cabeza y dije:

—Estoy —y puse mi mano sobre el resto de manos.

Allí estábamos los nueve. En mitad del campo de fútbol. A media noche.

Cogidos de la mano.

—A partir de este momento, nada ni nadie nos separará nunca —dijo Helena—. A partir de este momento, siempre jugaremos Juntos, en el colegio, en el patio, en el campo de entrenamiento, en la calle, en el parque o donde sea. Siempre juntos. A partir de este momento, somos los Futbolísimos. ¿Prometido?

—¡¡Prometido!! —gritamos todos al mismo tiempo, y así fue como hicimos el pacto de los Futbolísimos.



Los días que tengo partido, siempre hago las mismas cosas al levantarme.

Cuando salgo de la cama, procuro que el primer pie que toca el suelo sea siempre el derecho, porque es con el que le pego al balón.

Después le echo siempre tres cucharadas de cereales a la leche.

Y me bebo el cola-cao en siete sorbos exactos. Ni uno más ni uno menos.

Y lo que más le fastidia a mi madre: tengo que tocar con las manos todos los muebles de la casa.

Las sillas, las mesas, los armarios, los estantes… Todo.

Alicia y Felipe dicen que eso son manías de delantero. Todos los futbolistas del mundo las tienen.

Hasta Falcao.

Lo hago porque sí. Sin pensarlo.

Aunque ahora llevamos una racha tan mala que a lo mejor debería cambiar algo.

Pero no.

Yo seguí a lo mío.

Recorrí la casa y toqué todos los muebles.

Y cuando terminé, cogí mis cosas y las metí en la bolsa de deportes.

Los sábados son los días en los que mi madre tiene más trabajo, porque por lo visto la gente tiene más tiempo para hacer compras y regalos, y van a la

tienda. Así que pocas veces puede ir a verme jugar.

Quizá por eso estaba de mal humor. Yo sé que a ella le encantaría venir a verme jugar.

—A ver si os ponen algún partido en domingo —me dijo.

Y me dio un abrazo, como si me fuera a la guerra o algo así.

—¡Vete ya a jugar y a meter goles, que me tienes la cabeza loca! —dijo —. ¡Ah, y no se os ocurra perder!

El partido contra el Axia fue increíble.

Si mi madre hubiera venido, se hubiera quedado con la boca abierta, como todos los que estábamos allí.

Lo que pasó ese día yo creo que no había pasado nunca en ningún partido de fútbol.

Pero vamos por partes.

Ya he dicho que el Axia es un buen equipo. Van los séptimos de la liga, y si nos ganan a nosotros pueden quedar los sextos, y la verdad es que tienen buenos jugadores. Tienen un central que se llama Antonio pero al que todos llaman Morcillo, porque está gordo como una morcilla, y también por las morcillas que reparte con su padre en su furgoneta.

También tienen un delantero buenísimo, Domínguez, que dicen que va a hacer las pruebas para el Rayo Vallecano.



En el vestuario, Alicia y Felipe estaban muy serios. Nos dijeron que jugáramos sin presión. Que teníamos que pasarlo bien, y que en el fútbol los grandes equipos de la historia son los que mejor se lo han pasado jugando.

Pero yo creo que ni ellos mismos se lo creían. Ninguno estaba pensando en pasarlo bien. Solo pensábamos en ganar el partido.

—Bueno, y si tenéis dudas, pasadle la pelota a Toni —dijo Felipe.

—Eso —dijo Alicia, y se miraron de reojo.

Era muy raro imaginar que Alicia y Felipe podían ser novios, o mejor dicho: que Alicia le había pedido a Felipe que fuera su novio. Al verlos allí, en el vestuario, delante de nosotros, no podía quitármelo de la cabeza.

Y por fin salimos al campo y empezó el partido.

Emilio, mi padre, estaba en la grada con los otros padres, aunque él no gritaba tanto como el resto. Dice que como es policía municipal, no puede perder la compostura.

Mi padre no era el único adulto que estaba en la grada y no chillaba.

También había un hombre con gorra y bigote, muy serio, sentado solo sin hablar con nadie. Me sonaba mucho la cara de aquel señor, pero no caía.

El caso es que me llamó mucho la atención que estuviera tan serio y que estuviera sentado solo.



En la primera vuelta, el Axia nos había ganado por cinco a uno. Pero eso era agua pasada.

Ahora, nosotros nos jugábamos todo, y la cosa no empezó mal.

En los primeros minutos, empezamos jugando bastante bien. A lo mejor era por lo del pacto.

Todos estábamos muy concentrados, y cuando nos mirábamos, sabíamos algo que nadie más sabía. Sabíamos que éramos los Futbolísimos.

En la primera jugada de ataque, Helena le pasó el balón a Toni, él regateó a un defensa del Axia… y en lugar de seguir con la pelota él solo, ¡me la pasó!

Era una noticia: Toni me había pasado el balón en una jugada de ataque.

Yo creo que en toda la liga no me había pasado ni una sola vez. Controlé la pelota y encaré la portería contraria, pero antes de que pudiera levantar la vista, Morcillo me embistió, me tiró por los aires y se llevó el balón.

—¡Falta, árbitro! —protesté.

Pero nada.



El árbitro dijo:

—Siga jugando.

Y no pitó nada. Helena me dijo:

—Vamos, Pakete.

Y yo me levanté y seguí corriendo. Igual que todos los demás.

Por una vez, parecíamos un equipo de verdad.

Todos corríamos como locos detrás de cada jugada, íbamos todos al mismo tiempo, peleábamos cada balón…

Alicia daba botes en el banquillo y parecía muy contenta. Marilyn gritaba todo el tiempo:

—¡Corre, corre, corre! ¡Angustias, no pierdas la marca! ¡Vamos, Torneo, muévete, hombre!

Estaba claro que era la capitana del equipo, y así fue pasando toda la primera parte. Ellos atacaban.

Nosotros nos defendíamos bien, y hacíamos algunos contraataques bien organizados.

Así fue hasta el minuto 28, cuando solo quedaban dos minutos para el descanso.

En ese minuto cambió todo. El 28.


11
EN EL FÚTBOL 7, CADA TIEMPO DURA 30 MINUTOS. NI 29, NI 28. EXACTAMENTE 30. ES UNA PENA, PORQUE SI CADA TIEMPO DURASE 28 MINUTOS, NO HABRÍA PASADO LO QUE PASÓ.
TONI TENÍA EL BALÓN.
LEVANTÓ LA VISTA Y LE DIO UN PASE EN DIAGONAL A MARILYN, QUE CORRIÓ COMO UNA BALA POR LA BANDA DERECHA.
TODOS PENSÁBAMOS QUE NO IBA A LLEGAR.


PARECÍA IMPOSIBLE QUE LLEGARA.
PERO MARILYN SIGUIÓ Y SIGUIÓ CORRIENDO, CADA VEZ MÁS RÁPIDO...
... Y ALCANZÓ EL BALÓN JUSTO ANTES DE QUE SALIERA POR LA LÍNEA DE BANDA.
FUE UN PASE PERFECTO Y UN CONTROL PERFECTO. MARILYN CORRIÓ LA BANDA Y CENTRÓ AL ÁREA CON ROSCA.
FUE UNO DE ESOS PASES BUENÍSIMOS, EN LOS QUE EL BALÓN VA HACIA ADELANTE Y LUEGO TE VIENE DE CARA PARA QUE LO EMPUJES, Y LA GENTE DICE:
OH, QUÉ BUEN CENTRO.


YO VI VENIR EL BALÓN Y ME COLOQUÉ PARA REMATAR.
PERO ENTONCES MORCILLO ME DIO CON EL CODO ANTES DE QUE LA PELOTA LLEGARA, Y NO PUDE SALTAR A TIEMPO.
FUE UN PENALTI CLARÍSIMO, PERO EL ÁRBITRO NO LO PITÓ.
FUE LA OPORTUNIDAD MÁS CLARA QUE TUVIMOS EN LA PRIMERA PARTE.
PERO LO PEOR LLEGÓ JUSTO DESPUÉS.


EL AXIA MONTÓ UN CONTRAATAQUE RAPIDÍSIMO. Y COMO TONI, HELENA, MARILYN Y YO ESTÁBAMOS ARRIBA, NO NOS DIO TIEMPO A VOLVER.
EN TRES PASES YA ESTABA SU DELANTERO, DOMÍNGUEZ, EN NUESTRA ÁREA. TOMEO SE PUSO DELANTE DE ÉL PARA HACER BULTO, PERO YA HE DICHO QUE ES TAN MALO QUE YO CREO QUE A LOS DELANTEROS, CUANDO LE VEN, LES ENTRA LA RISA.
DOMÍNGUEZ NI SIQUIERA SE MOLESTÓ EN REGATEARLE.
SIN MOVERSE DE SU POSICIÓN, FUSILÓ A CAMIÑAS, Y EL BALÓN ENTRÓ EN NUESTRA PORTERÍA.
LA VERDAD ES QUE FUE UN GOLAZO.



Helena y yo siempre sacamos de centro. Es lo normal, que lo hagan los delanteros.

Pero cuando iba a empezar la segunda parte del partido contra el Axia, vi que Toni estaba en el círculo central con Helena. Pisaba el balón y hacía malabarismos con él, en plan chulito, como siempre.

No vaya decir que no me molestó ver a Toni y Helena juntos hablando en voz baja, como si fueran muy amigos o como si estuvieran tramando algo.

Porque sí me molestó. Y mucho.

Pero bueno, ahora eso era lo de menos.

Íbamos perdiendo por uno a cero.

Durante el descanso, Felipe había sacado la pizarra y había repetido mil veces que después de cada ataque teníamos que replegarnos.

Era una cuestión de orden.

—Llevamos todo el año con el mismo tema —dijo Felipe—. ¿Es que todavía no habéis entendido que cuando uno ataca luego tiene que bajar a defender?

Nadie dijo nada.

Es verdad que lo había repetido un millón de veces.

—Tengo la sensación de hablar para sordos —dijo Felipe.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Alicia, y le miró a él, no a nosotros.

Parecía que Alicia no se refería al partido, sino a otra cosa. Felipe iba a contestarle, pero en el último segundo se quedó callado y se fue de allí.

—Tú verás lo que haces —dijo Felipe según salía del vestuario. Alicia dijo que nos tranquilizásemos y que un fallo lo tenía cualquiera y que no pasaba nada y que lo importante no era ganar o perder, sino estar orgullosos del equipo, de nosotros mismos.

Pero la verdad es que yo no me sentía muy orgulloso precisamente.



Cada vez que me había acercado al área del Axia, Morcillo me había empujado, me había frito a patadas y me había quitado el balón.

Ya no sabía qué hacer.

Y ahora, encima, Toni y Helena estaban allí cuchicheando en el círculo central.



¿Por qué iban a sacar ellos dos? ¿Quién lo había decidido?

Los miré desde lejos y Toni se dio cuenta y me dijo:

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema?

Pues sí, tenía muchos problemas. Íbamos perdiendo. Y el equipo podía desaparecer. Y Helena y él parecían muy amiguitos de repente. Y yo siempre sacaba de centro, y ahora me había quitado el puesto.

Pero en lugar de eso, me encogí de hombros y dije:

—No.

El árbitro salió del vestuario, bebiendo de una botella de agua, y por fin empezó la segunda parte y ellos dejaron de cuchichear.

Había llegado mi momento.

Tenía que hacer algo en ese partido. Regatear a Morcillo. Meter un gol. O dar un pase. Algo importante para el equipo.

Yo no soy un paquete.

Me gusta el fútbol muchísimo más que a Toni, y se lo iba a demostrar.

Así que tomé el balón y me marché disparado hacia la portería del Axia.

Regateé al primer medio, y después al segundo, que era uno muy alto y muy rubio, y pensé: «¡Toma!».

Creo que era la primera vez que hacía dos regates seguidos en toda la liga.

Era mi momento.

Vi a los dos centrales del Axia delante de mí, y también vi a Helena a la derecha, que se estaba desmarcando y levantaba la mano para que le pasara el balón.

Tenía que seguir.

Podía hacerlo.

Visualicé la jugada en mi cabeza: iba a regatear al primer central, después le iba a hacer un caño a Morcillo, y por último le iba a dar un pase de gol a Helena para que solo tuviera que empujar la pelota dentro de la portería.



Lo vi clarísimo. Podía hacerlo.

Avancé unos metros con el balón pegado a los pies. Estaba preparado.

Dispuesto.

Todo iba a salir bien… y entonces ocurrió.

El público se puso en pie, y la gente empezó a gritar. Pero no a mí.

Estaban gritando y señalando hacia el centro del campo. Incluso el portero del Axia señalaba el centro del campo. Helena también se quedó parada.

¿Qué estaba pasando?

¿Por qué nadie seguía la jugada?

No tuve más remedía que pararme y darme la vuelta a ver qué ocurría, y allí en medio, pude ver al árbitro tirado en el suelo. Boca abajo.

¿Se había desmayado? ¿Alguien del público le había tirado algo? ¿Qué había pasado?

El médico del campo, que siempre está allí durante los partidos por si ocurre algo, salió corriendo hacia el árbitro.

Mi padre también bajó de las gradas. Y entró en el campo.

—Dejen sitio, que nadie se acerque —dijo mi padre.

Todos nos miramos asustados.

Nunca había visto nada igual.

El árbitro estaba tirado en mitad del campo. El médico le estaba examinando, y mi padre observaba la escena, mientras hacía gestos para que no nos acercásemos.

—¿Tú crees que está muerto? —me preguntó Angustias.

—No digas burradas —contesté yo.

Pasó un rato larguísimo, en el que solo se escuchaban murmullos. Nadie se atrevía a moverse.

Hasta que por fin el médico se puso en pie.

—¿Está grave? —preguntó mi padre.

El médico negó con la cabeza. Parecía desconcertado.

—¿Pero qué tiene? —insistió mi padre.

—Está dormido —dijo.

—¿Cómo?

—El árbitro está dormido —repitió el médico.



Lo voy a repetir por si alguien no lo ha entendido.

El árbitro se había quedado dormido en mitad del partido. Todavía tenía el silbato en la boca, y el brazo estirado señalando saque de puerta.

Pero estaba tumbado en el círculo central, durmiendo profundamente.

Incluso, si prestabas atención, roncaba ligeramente.

Los entrenadores de los dos equipos fueron los primeros que se acercaron e intentaron despertarle.

—Pero bueno, ¿entonces está bien o qué pasa? —preguntó el padre de Camuñas.



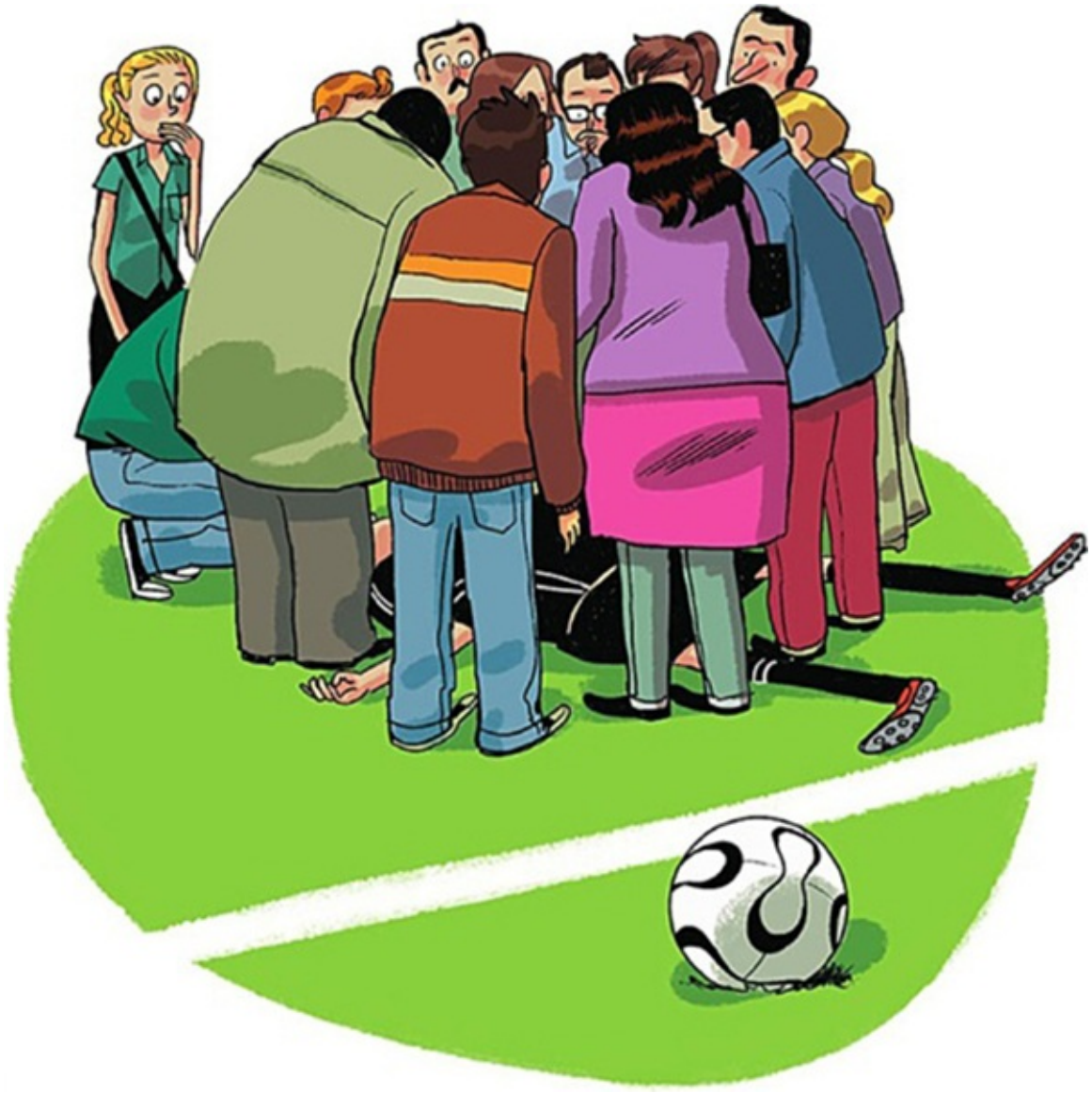
—Sí, está dormido —dijo mi padre.

—Hay que despertarle —respondió una señora muy gorda, que yo creo que era la madre de Morcillo.

Alicia se acercó y le echó agua sobre el rostro. Pero nada.

El hombre no se inmutaba.

Como no había forma de despertarle, algunos padres también entraron en el campo, y le sacudieron y le dieron golpecitos en la cara y por todo el cuerpo.



Casi todos los adultos acabaron allí, alrededor del árbitro. Todos menos uno: el hombre del bigote y la gorra. Cuando volví a mirar a la grada, había desaparecido.

Yo creo que, de los que estaban en el césped, algunos aprovecharon para darle una bofetada al árbitro.

Pero ni siquiera así. No hubo manera de despertarlo.

A mí me recordaba a cuando mi madre se queda dormida en el sofá, que a veces mi padre la tiene que coger en brazos para llevársela a la habitación cuando vuelve de trabajar.

Quizá llevaba muchos días sin dormir y estaba tan cansado que se había quedado dormido de golpe. Una vez leí en un libro que un hombre y una mujer habían estado ocho días seguidos sin dormir bailando tango, que es un

baile argentino. Después de eso, por lo visto, durmieron veinticuatro horas seguidas.

No creo que aquel árbitro hubiera estado bailando tango. Aunque nunca se sabe.

El caso es que, sin árbitro, el partido no podía seguir.

En la Liga Intercentros solo hay un árbitro por partido. No hay jueces de línea, ni cuarto árbitro, ni nada de eso.

Solo uno por cada partido.

Por fin, lo subieron a una camilla y se lo llevaron del campo. El árbitro seguía durmiendo, con un gesto de felicidad en la cara, y sonriente, y con el brazo todavía estirado señalando fuera de puerta.

Los demás nos quedamos allí, sobre el césped, esperando. Mi padre dijo que ya habían llamado a la central y que iban a mandar un árbitro suplente enseguida.

—Que nadie se preocupe —dijo.

Mi padre, a veces, más que policía municipal, parece el organizador general.

Siempre que hay un problema, sea de lo que sea, ahí está él.

—¿Pero cuánto tardará? —preguntó Felipe.

—Pues han dicho que muy poco, que ya está avisado el suplente y que es cuestión de un rato solamente —respondió mi padre.

Alicia y Felipe nos pusieron a hacer unos ejercicios en el campo para que no nos enfriásemos, y en menos de media hora, se presentó en el campo el árbitro suplente.

Ya venía vestido de árbitro y todo.

—Buenos días —dijo.

Era muy joven, bastante flaco, y tenía pinta de empollón. No parecía muy contento. Por lo visto, le habíamos pillado estudiando para un examen muy importante.

—Rubén Gordillo, para servirles. Vamos al tema —dijo—. Acababa de empezar la segunda parte cuando ocurrió el incidente, ¿verdad?

—Llevábamos exactamente un minuto —dijo Alicia—. Lo sé porque miré el reloj cuando vi al árbitro en el suelo.

—Es correcto —dijo el entrenador del Axia—. Un minuto.

—Muy bien. En ese caso, quedan 29 minutos de partido —dijo el árbitro suplente—. Vamos a empezar, que tengo un poco de prisa, —y se fue directo hacia el centro del campo con el balón.

Pero antes de que pudiera pitar, apareció otra persona más en el campo.

Era un tipo muy bajito y yo no le había visto en mi vida, pero al parecer era muy importante…

—Disculpen todas las molestias —dijo nada más llegar—. Jerónimo Llorente, presidente de la Liga Intercentros.

—Encantado de saludarle —dijo mi padre mientras le estrechaba la mano —. Sargento Emilio Jiménez, del cuerpo de la policía municipal.

Otra vez hubo que parar porque los entrenadores de los dos equipos y el presidente empezaron a saludarse y a hablar del extraño incidente del árbitro dormido.

Mientras, el árbitro suplente estaba a punto de subirse por las paredes.

Estaba impaciente.

—Perdonen que les interrumpa la tertulia, señores y señoras —dijo el suplente—, pero tenemos un partido que jugar.

—Claro, claro —dijo el presidente—. A eso hemos venido, —y por fin se reanudó el partido. Pero, claro, ya no era lo mismo. Yo no tenía el balón.

Y no tenía una oportunidad de gol.

Ni nada.

En lugar de eso, el árbitro suplente dijo que había que hacer un bote neutral en el centro del campo.

—¡Pero si el balón lo tenía yo! —protesté.

—Eso lo dice usted —me contestó el suplente—, pero yo no lo vi, y además el reglamento es muy claro en este punto.

—A lo mejor usted no lo vio —dije—, pero las doscientas personas que están aquí sí lo vieron. Pregunte a cualquiera.

—Verá, jovencito, un árbitro no pregunta a los jugadores ni al público lo que tiene que hacer —dijo muy seguro—. Y si continúa protestando, le sacaré tarjeta.

Me encogí de hombros.

Más valía que me callara si no quería buscarme un problema.



Y ya nada volvió a ser igual.

Yo creo que todos, los jugadores de los dos equipos, los entrenadores, el público, todos los presentes, parecían estar pensando más en lo que había ocurrido con el árbitro que en el partido en sí.

Toda la concentración con la que habíamos salido después del descanso desapareció.

Y encima, el árbitro suplente parecía que la había tomado con nosotros.

No nos pitó ni una falta a favor.

Y Morcillo se dedicó a darnos patadas a mí y a Helena ya Toni toda la segunda parte.

Pero nadie pareció darse cuenta.

El padre de Camuñas, que siempre está protestando, ese día no protestó ni una vez.

En lugar de eso, se pasó toda la segunda parte hablando con el presidente de la Liga Intercentros, y con mi padre, y con otros padres del Axia, comentando lo increíble que era lo que había ocurrido con el árbitro.

Es verdad que ver un árbitro dormido en mitad de un partido es muy raro.

Pero nosotros nos estábamos jugando mucho, y todo el mundo parecía que se había olvidado.

Así que, casi sin darnos cuenta, el árbitro suplente pitó el final del partido.

Axia, 1 - Soto Alto, 0. Helena y yo nos miramos.

Habíamos perdido el primero de los tres partidos. La cosa se ponía cada vez más difícil.


M
El árbitro dormido
Cae rendido en medio del campo

14

El árbitro dormido se hizo muy famoso durante aquella semana. Se llamaba Telmo Ruiz y era su segundo año en la Liga Intercentros, y llamó tanto la atención que el lunes siguiente vino la televisión regional a hacer un reportaje. Y luego sacaron una página entera en Marca con un titular muy grande que decía: «El árbitro dormido». Y también salió en muchos más sitios.

Telmo decía en todas las entrevistas que no recordaba nada de lo que pasó. Solo que, de repente, se quedó dormido.

—Hay una enfermedad que se llama narcolepsia, que de repente la gente se queda dormida sin venir a cuento —dijo Angustias, que conoce todas las enfermedades del mundo.

Pero en el reportaje de la tete decían que en el hospital le habían hecho un montón de análisis y pruebas al árbitro, y que no encontraron nada. Ni tenía ninguna enfermedad ni había ninguna razón médica. Nada.

Nadie se explicaba cuál podía ser la causa.

—Quizá tiene un problema del corazón, como mi abuela, que también se queda dormida —dijo Tomeo.

—El árbitro tiene veinte años, atontado. ¿Cómo va a tener problemas del corazón? —le respondió enseguida Anita.

Era un verdadero misterio lo del árbitro dormido.

Cada uno tenía su propia teoría.

—Lo mismo es que tenía sueño y se echó a dormir, y ahora le da vergüenza decirlo —dijo Camuñas.

Por un momento, todos nos quedamos pensando que era una posibilidad.

Camuñas casi siempre dice lo primero que se le pasa por la cabeza, y alguna vez tiene que acertar.



Entonces llegaron Felipe y Alicia. Parecían de mal humor.

—Dejaos de árbitro. Os estáis olvidando de lo más importante: que perdisteis el partido —dijo Felipe.

Lo dijo muy serio y todos nos callamos. Cuando Felipe habla sería, parece que tiene un montón de años más. Supongo que será por la barba yeso.

Pero Alicia sonrió y dijo que todavía nos quedaban dos partidos y que podíamos salvar al equipo. Que habíamos jugado bien, y que confiaban en nosotros.

—Los dos confiamos en vosotros —dijo ella—. ¿Verdad, Felipe?

—Verdad —dijo.

Pero Felipe seguía muy serio.

—Os vaya contar una historia —dijo Felipe—. ¿Conocéis la historia de la rana y el escorpión?

Todos nos miramos.

Yo nunca había oído esa historia.

—Yo me sé la historia de la rana Gustavo —dijo Toni, que siempre tenía que hacerse el gracioso.

—Pues esta es mucho mejor —dijo Felipe, y nos contó que, al parecer, había un escorpión que quería cruzar un lago muy profundo. Estaba en la orilla mirando el agua, cuando vio una rana nadando, y el escorpión le preguntó:

—Rana, ¿me podrías llevar hasta la otra orilla?

—Lo siento, escorpión, pero no me fío de ti. Si te llevo encima, seguro que me picas con tu veneno y me hundiré.

—No, no, no puedo picarte —dijo el escorpión—. Si te pico con mi veneno y te hundes en el agua, moriríamos los dos.

La rana se quedó pensando y se dio cuenta de que el escorpión tenía razón.

—Está bien —dijo la rana—. Sube, —y el escorpión subió encima de la rana.

Cuando ya iban por la mitad del lago, y la rana iba nadando, entonces el escorpión la picó con su veneno, y la rana se quedó perpleja.

—¿Por qué me has picado, escorpión? Ahora me hundiré y los dos moriremos.

A lo que el escorpión contestó:



—No he podido evitarlo. Es mi carácter, y esa es la historia de la rana y el escorpión.

—¿La habéis entendido? —preguntó Felipe.

—Sí —dijo Angustias—. Nosotros somos el escorpión y nos vamos a hundir porque es nuestro carácter.

—¿Y la rana quién es? ¿El Axia? —preguntó Torneo.

—No, porque el Axia no se ha hundido —dijo Helena.

—Entonces la rana somos nosotros y el escorpión es la asociación de madres y padres, que nos han picado y por su culpa nos vamos a hundir —dijo Camuñas.

—Pero todavía podemos salvarnos si ganamos un partido —dije yo.

—Entonces no somos rana ni escorpión —dijo Anita.

—A ver, a ver —dijo Felipe—. Solo quiero que penséis en una cosa. ¿Cuál es nuestro carácter? ¿Vamos a dejar que el equipo desaparezca, o vamos a hacer algo para evitarlo? ¿Queremos seguir jugando igual porque es nuestro carácter, o vamos a ser capaces de cambiar?

Todos nos quedamos pensando.

¿Cuál era nuestro carácter como equipo? Alicia se acercó a Felipe y le dijo algo al oído.

Por primera vez en mucho tiempo, parecía que los dos entrenadores volvían a llevarse bien.

Entonces Marilyn levantó la mano.

—¿Qué pasa, Marilyn? —le dijo Felipe.

—Pues que estaba pensando una cosa, y a lo mejor no viene a cuento, pero yo la digo. Estaba pensando que a lo mejor tú eres el escorpión y Alicia es la rana, y tú te empeñas en que os hundáis porque es tu carácter —dijo del tirón Marilyn—. O sea, dicho con otras palabras: que a lo mejor no quieres ser novio de Alicia porque es tu carácter, aunque en el fondo lo estés deseando.

Felipe se puso rojo como un tomate, y Alicia empezó a reírse.

—Bueno, bueno, no cambiemos de tema, ¿eh? —dijo Felipe.

—Si no han cambiado de tema. Siguen con la rana y el escorpión —dijo Alicia, que parecía muy divertida.

Me entraron ganas de decirle a Felipe que yo tampoco quería tener novia y que no se preocupara tanto, que nosotros éramos los Futbolísimos y que, pasara lo que pasara, seguiríamos jugando juntos siempre.

Pero luego pensé que teníamos un pacto secreto y que no se lo podíamos decir a nadie.

Entre las risas y las bromas, se acabó el entrenamiento.

—Muy bien —dijo Felipe—. No quiero ninguna distracción más esta semana, ¿estamos? Os quiero cien por cíen con el equipo.

Eso estaba muy bien.

Cien por cien con el equipo.

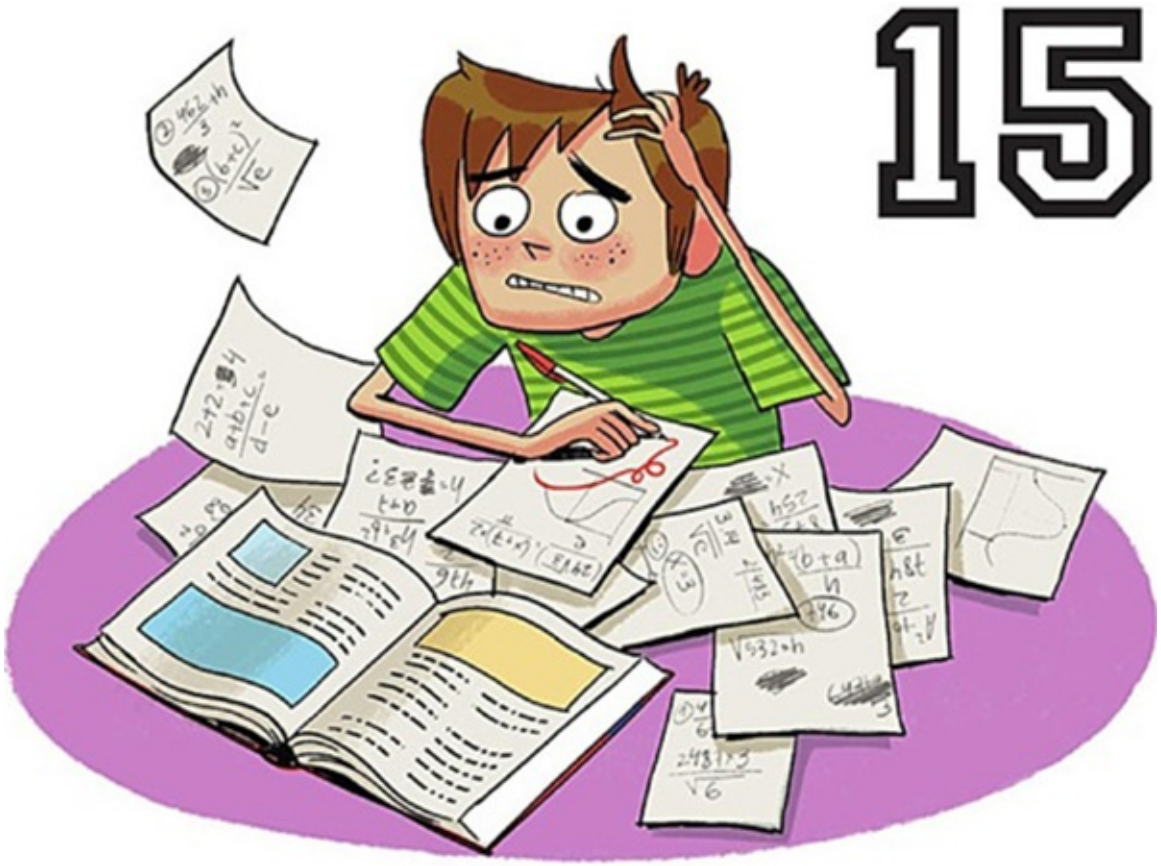
Sin distracciones de ninguna clase.

Con lo que Felipe no contaba era con dos cosas:

Mi madre.

Mi examen de matemáticas.

15



Yo no sé si el problema está en que no entiendo las matemáticas, o que las matemáticas no me entienden a mí.

El caso es que casi siempre suspendo, y mira que lo intento, pero no consigo que me interesen lo más mínimo.

—Está bien. Entiendo que tenga que aprenderme los ríos y las ciudades y los países. Incluso comprendo que es importante saber hablar y escribir bien —dije—. También, por supuesto, sumar y restar y multiplicar y todo eso… Pero ¿a quién le importa qué área tiene un círculo o un triángulo isósceles, o la longitud de una circunferencia, o yo qué sé?

—A los de la NASA que mandan robots a Marte les importa —respondió enseguida mi madre—… Vaya si les importa el área de un círculo, porque sin

eso no se puede mandar un robot ni se puede mandar nada.

—Pero yo no quiero mandar un robot a Marte, mamá. Yo lo que quiero es ganar el partido del sábado contra el Islantilla.

—Tú sabrás lo que haces. Si no estudias ahora, tendrás que pasarte el verano metido en casa con las matemáticas —dijo ella.

—¿Sabes para lo que sirven las matemáticas? —soltó Víctor—. Para hacer la raíz cuadrada de cero y saber que esa es la posibilidad de que ganéis el partido, enano.

A Víctor se le dan muy bien las matemáticas.

Es un bruto para muchas cosas. Pero, por algún motivo que no entiendo, siempre saca buenas notas en matemáticas.

—¿Ya ti qué te importa si ganamos o perdemos? —dije yo.

—Por mí, como si os tiráis de un puente —dijo mi hermano.

—Víctor, haz el favor de no hablar así —dijo mi madre.

—Pero si no he dicho ninguna palabrota —protestó él.

—Sabes de sobra que has dicho una burrada, así que no me calientes —dijo mi madre.

Y luego me miró a mí.

—Mira, Francisco —dijo mi madre—, el sábado he pedido el día libre en la tienda, para ir a verte jugar. Pero ahora, durante la semana, haz el favor de centrarte con las dichosas matemáticas. Estudia y aprueba. Y luego, ya llegará el partido.

La cosa está así:

A mí no me gustan las matemáticas. Me gusta mucho más el fútbol.

Sin embargo, si suspendo matemáticas, este verano no podré jugar al fútbol, porque ya me ha dicho mí madre que tendré que estudiar y nada de salir a jugar.

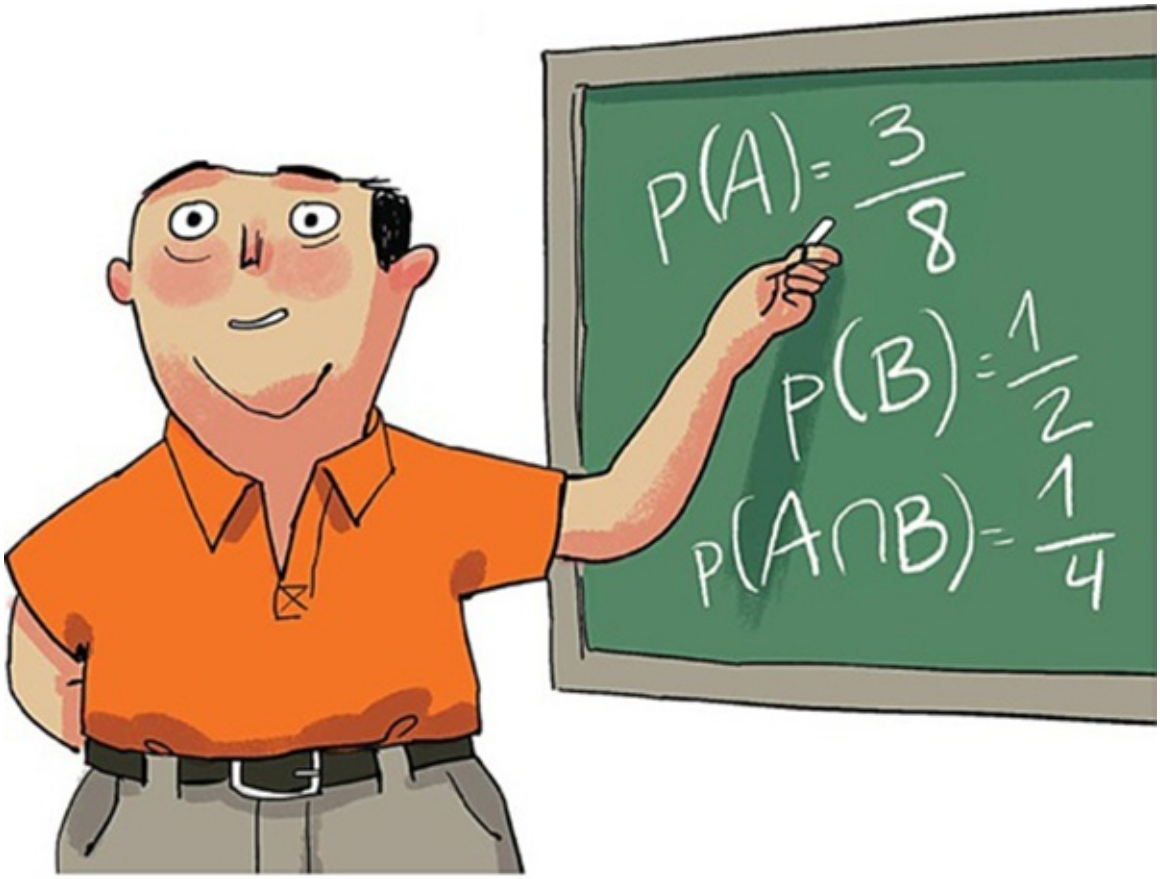
Así que las matemáticas y el fútbol ahora están directamente relacionados.

—Pues sí, señoritos, las matemáticas y el fútbol están más relacionados de lo que os imagináis —dijo el Tábano.

El Tábano era mi profesor de matemáticas.

Cada vez que habla parece que está haciendo un ruido como si fuera una mosca volando: «ZZZZZZZZZZZZZ».

Por eso le llaman el Tábano.



—¿Pero qué tiene que ver una cosa con la otra? —preguntó Camuñas.

—Pues mucho —dijo el Tábano. Con la probabilidad podríamos saber qué posibilidades tiene un equipo de ganar la liga, por ejemplo. O de ganar un partido. O de meter un número determinado de goles…

—Perdón —volvió a decir Camuñas, que cruzó una mirada conmigo y luego volvió a mirar al Tábano—. Entonces, con la probabilidad, ¿podríamos saber qué posibilidades tenemos de ganar el partido de este sábado?

Todos miramos muy fijamente al Tábano.

Yo creo que era la primera vez en todo el curso que realmente me interesaba lo que iba a decir.

Por un momento, pareció dudar.

—Zzzzzzzzzzzzzzzzzzz —dijo—. No lo podemos saber con seguridad, pero podemos calcular un porcentaje aproximado de posibilidades. Es decir, podemos saber la probabilidad en función de un número de factores. Y cuantos más factores tengamos en cuenta, más fiable será esa probabilidad.

Total: que podíamos saber aproximadamente qué posibilidades teníamos de ganar el partido.

Le pedimos al Tábano que, por favor, hiciéramos la cuenta ahora mismo.

Al principio dijo que íbamos atrasados con el temario, y que no podíamos perder el tiempo con un partido de fútbol.

Pero como nos vio tan interesados, al final dijo:

—Bueno, señores, vamos a hacer el ejercicio entre todos. A ver, factores que debemos tener en cuenta… y por una vez en la vida, las matemáticas me empezaron a parecer interesantísimas.

Nosotros íbamos los últimos de la liga. Y los del Islantilla iban los terceros por la cola, y si perdían, todavía podían bajar a segunda. Ese era un factor muy importante.

Otro factor clave era que jugábamos en su campo. Y todos los puntos que habían conseguido ellos, menos uno, justamente contra nosotros en la primera vuelta, habían sido en los partidos en su propia casa.

Más factores a tener en cuenta:

Nosotros llevábamos una racha malísima de seis partidos seguidos perdiendo.

Ellos, sin embargo, habían mejorado en los últimos partidos y habían conseguido dos empates y una victoria.

También estaba el factor climatológico. Por lo visto, según las predicciones del tiempo, el sábado iba a llover, y cuando llueve se meten menos goles.

Por último, tuvimos en cuenta el factor suerte, que es una incógnita que se reparte en un porcentaje igual entre todos, y el Tábano echó las cuentas.

—Según estos factores, el Islantilla tiene una probabilidad de ganar el partido del 50% —dijo el Tábano—. El empate tendría una probabilidad del 35%. Y por último, la victoria del Soto Alto tiene una probabilidad del 15%, o sea, que dicho de otro modo, de cada cien partidos que jugásemos contra el lslantilla, ganaríamos 15.

Algo es algo.

—¿Y ahora qué hacemos con estas probabilidades? —preguntó Camuñas, que no parecía muy satisfecho.

—Pues sacar cada uno sus propias conclusiones —dijo el Tábano—. Pero, sobre todo, saber que aunque las matemáticas y la probabilidad no son infalibles, nos pueden ayudar a entender mejor las cosas que nos suceden en la vida.

Camuñas, Angustias y yo nos miramos.

—Ya sabía yo que teníamos muy pocas posibilidades —dijo Angustias.



—Un 15% no está mal —dije yo tratando de animarme.

—Y además hay muchos factores que no hemos podido meter en esta probabilidad, como, por ejemplo, el estado físico de cada jugador, o la calidad individual, o muchas otras cosas —dijo Camuñas.

—Seguro que si metiéramos más factores, nuestra probabilidad sería más pequeña todavía —volvió a decir Angustias.

Desde luego, por algo le llamaban Angustias.

Un 15%.

Ese era nuestro porcentaje.

Después de la clase de matemáticas, llegaron los besos.


15%



Torneo llegó con la noticia durante el recreo.

Estábamos todos los del equipo hablando del partido del sábado y del lslantilla, y Camuñas estaba contando lo de la probabilidad, y entonces apareció Tomeo corriendo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Marilyn.

—Pues que… que… —dijo Torneo, que no podía ni respirar de la carrera que se había pegado—, que… Alicia y Felipe se han besado.

—¿¡Qué!? —dijo Camuñas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Toni.

—Lo sé porque mi padre en la panadería se entera de todo —dijo Torneo.

El padre de Torneo es el dueño de la panadería que hay en la plaza de Sevilla la Chica, y es verdad que por allí pasa mucha gente y todo el mundo habla de sus cosas y a veces parece que van a la panadería a charlar más que a comprar el pan.

—¿Y de qué se ha enterado? —preguntó Anita.

Torneo estaba en medio de todos nosotros, y entre la carrera que se había pegado y que casi no le dejábamos ni moverse, parecía muy agobiado.

—Yo solo os cuento lo que ha dicho mi padre —dijo Tomeo.

—Pero a ver —dijo Helena—. ¿Tu padre te ha dicho: «Alicia y Felipe se han besado»?

—No lo ha dicho así —explicó Tomeo—. Estábamos desayunando, y entonces mi padre ha dicho: «Y ahora esos dos andan por ahí dándose besos, con la que tienen encima que a lo mejor se quedan sin equipo, y lo único que se les ocurre es liarse delante de todo el mundo, lo que faltaba», Y yo le pregunté que de quién estaba hablando, y él me dijo: «De esos dos entrenadores tuyos, el barbas y la flacucha, que ya dije yo que no era buena idea tener dos entrenadores para un equipo, y encima hombre y mujer. ¿Dónde se ha visto algo así?».

Y yo volví a preguntar: «¿Pero tú les has visto besándose, papá?», Y él estaba muy enfadado, y me dijo que los había visto todo el pueblo la noche anterior, dándose besos en el parque, y por la calle, y por todas partes, y que si este sábado perdemos el partido, vamos a ser el hazmerreír de todo el mundo… Y dijo algunas cosas más que ahora mismo no me acuerdo, pero eso es lo más importante, me parece.

Torneo se quedó sin aire después de su parrafada, y los demás nos quedamos mirándole y preguntándonos cómo había sido capaz de decir tantas cosas en tan poco tiempo.

—Qué desastre —dijo Angustias.

—Pues a mí me parece muy bonito —dijo Anita.

¿Bonito?

Solo hay una cosa peor que las matemáticas. Los besos.

—Pero a ver, ¿fueron besos con lengua o solo piquitos? —preguntó Toni.

—¿Y qué más da eso? —dijo Camuñas.

—Pues no es lo mismo, porque cualquiera que haya dado un beso en su vida sabe perfectamente que una cosa es un beso de verdad, y otra un beso sin importancia —dijo, como si fuera un auténtico experto en besos.

—Parece que sabes mucho de besos —dijo Helena. Y entonces él se rio.

Y ella también.

Y yo les miré y pensé: «¿De qué se ríen estos dos?».

Y no pudimos seguir hablando, porque había que volver a clase.

Cuando sonó el timbre, Toni me cogió aparte y me dijo que tenía que hablar conmigo un momento.

Era muy raro, porque Toni nunca habla conmigo.

—¿Qué opinas de los besos, Pakete? —me preguntó.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Pero de los besos en general, o de los besos de Alicia y Felipe? —pregunté.

Y Toni se rio, como si yo hubiera dicho algo muy gracioso.

—Vamos a ver, Pakete. Supongo que ya te habrás dado cuenta, ¿no? —dijo Toni.

—¿De qué? —pregunté yo, que no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Pues ya sabes, de lo de Helena y yo —dijo él. ¿Qué significaba «Helena y yo»?

Ya me había dado cuenta de que ahora se llevaban muy bien y que se reían mucho y todo eso.

Pero seguía sin saber qué quería decir.

—No sé de qué hablas —dije.

—Pues hablo de que Alicia y Felipe no son los únicos que se han dado un beso —dijo él tan tranquilo.

—Quieres decir… —dije yo, y no pude terminar la frase porque él me interrumpió.

—Quiero decir que Helena y yo nos hemos dado un beso —dijo—. Bueno, más de uno, pero eso ahora no viene a cuento.

Sentí que me temblaban las piernas y que la tierra se abría delante de mí. ¿Helena y Toni?

¿Se habían besado?

—Y a mí qué me importa —dije.

—Ya, ya, seguro que no te importa —dijo—. Yo solo quería que lo supieras, como somos del mismo equipo y eso.

Y se fue.

Yo me quedé solo allí, en medio del patio.

Durante unos segundos, no fui capaz de moverme.



17



¿¿¿¿Helena y Toni????

¿Helena y Toni metegoles chupóptero y superchulito? No era posible.

—¿Qué pasa, estás celoso? —me preguntó Camuñas.

—¡Yo no estoy celoso! —dije—. Solo que… que me preocupo por Helena, porque es mi amiga, y porque seguro que ese Toni… pues que luego Helena se va a dar cuenta de que no vamos, que no. ¿Cómo va a besarse con Toni?

—Van a hacerse novios y se van a casar y tener hijos, Pakete —dijo Angustias.

A mí me daba igual lo que hiciera Helena porque Helena no me gusta, aunque tenga los ojos más grandes que he visto en mi vida y sea la más guapa de quinto A y quinto B y de todos los quintos de Sevilla la Chica y alrededores.

—Pero Toni… ¿Por qué Toni?

—A ver, ¿te lo explico? —preguntó Camuñas.

Pero el que empezó fue Angustias.

—Porque es el mejor del equipo y del colegio y puede que sea el mejor de todo el pueblo —dijo.

—Y porque es guapo —siguió Camuñas.

—¿Y tú qué sabes si es guapo o no? —protesté yo.

—Es guapo, eso lo sabe todo el mundo —dijo.

—Y porque es el más popular del colegio y porque su tuenti es supergracioso y tiene más visitas y más amigos que nadie.

—Y porque su padre tiene una fábrica de patatas fritas, y las patatas fritas le salen gratis.

—Y tiene una Play y una XBox y una tele de mil pulgadas.

—Y porque…

—Vale, vale —dije yo—. Será todo eso, pero es Toni metegoles chupóptero superchulito.

—A mí no me parece que sea tan chupóptero —dijo Camuñas.

—A mí tampoco.

—Pero bueno, ¿vosotros de parte de quién estáis? —pregunté.

—¿Es que hay dos partes? —dijo Angustias.

—Yo creía que a ti te daba igual lo que haga Helena.

—Me da exactamente igual —dije—. Pero no me lo creo.

Era imposible que Helena estuviera por ahí dándose besos con Toni.

Pero para estar seguro de ello solo había una persona a la que se lo podía preguntar.

La propia Helena.

Esa tarde, casi no me pude concentrar en el entrenamiento porque estuve todo el rato pendiente de Helena y Toni.

Parecían portarse como siempre, pero no les quité ojo.

No les vi hacer cosas distintas de lo habitual. Hablaban y eso, pero no les vi hacer nada especial.

Aunque, pensándolo mejor, yo no tengo ni idea de qué hacen los que se han dado un beso, así que no sé de qué cosas debería darme cuenta.

Estaba tan concentrado mirándolos todo el rato, que no presté atención a Felipe y Alicia. Aunque tos demás sí que lo hicieron.

—Fíjate, no se hablan entre ellos —dijo Marilyn.

—Son como Cristiano y Messi. Ni se miran cuando se encuentran —siguió Ocho.

Por lo visto, tenían razón. Felipe y Alicia estaban muy tensos. Era el mundo al revés.

O sea, que primero se besaban y luego se ponían serios. No hay quien entienda esto de los besos.

Nunca, nunca en mi vida, quiero besar a ninguna chica. Después del entrenamiento, Helena y yo volvimos andando a casa. Como siempre.

No la acompañaba Toni. La acompañaba yo.

Y todo parecía tan normal como cualquier otro día.

Íbamos los dos caminando hacia casa tan tranquilos, y por un momento pensé que Toni se había inventado eso de los besos, con toda seguridad.

Pero, de todos modos, tenía que aclararlo.

—Helena, te quería preguntar una cosa.

—¿Sí?

Ella me miró, esperando. Y cuando Helena te mira no es como si te mirara cualquiera, porque tiene esos ojos tan enormes que parece que te pueden leer la mente.

Así que no me salía nada. Y ya estábamos llegando.

—¿Me vas a preguntar algo, Pakete?

Ya estábamos en la puerta de su casa.

Ahora o nunca.

—Bueno, di, ¿qué querías preguntarme?

—Yo… Bueno, no era nada importante —dije.

Si le preguntaba si se había besado con Toni, iba a quedar como un idiota, y si no se lo preguntaba, me iba a quedar con la duda toda la semana.

La tenía delante. Estábamos solos. Era ahora o nunca.

—Me tengo que subir a casa —dijo ella.

—Vale, ya te lo preguntaré otro día, si es una tontería —dije.

—Como quieras —dijo.

Helena sonrió.

Y entró en el portal.



18



Los del Islantilla son de un pueblo que se llama Robledo de la Sierra.

Como somos siete más dos suplentes, más los entrenadores, solemos ir en minibús cuando tenemos un partido en otro pueblo.

Los viajes en minibús suelen ser muy divertidos porque Felipe pone música y el conductor, que se llama Gervasio, se pone a cantar, y Alicia cuenta chistes y los cuenta muy bien y nos partimos de risa.

Dicen que ese tipo de cosas «hacen equipo».

Pero esta vez el ambiente era totalmente distinto. Todo el mundo iba serio y callado. Y no había música.

Alicia y Felipe no se hablaban entre ellos. El conductor no cantaba, y nosotros íbamos mirando por la ventanilla. Excepto Camuñas, que iba jugando con su Nintendo.

El Islantilla no era tan bueno como el Axia, ni mucho menos tan bueno como el Santo Ángel. De hecho, ya he dicho que ellos también podían descender si perdían los últimos partidos.

Precisamente por eso era un partido tan peligroso. Se estaban jugando el descenso, igual que nosotros.

Y además jugaban en casa, que es un factor que influye mucho, como ya había dejado claro el Tábano.

Además, los padres del lslantilla tienen fama de ser los más gritones y protestones de todos los padres de la Liga Intercentros.

Hay un rumor de que una vez le tiraron a un árbitro un botijo. Lleno de agua.

Yo no me lo creo porque, además, hoy en día nadie usa botijos. Pero eso es lo que dicen.

Lo que sí es seguro es que, al principio de liga, los espectadores del Islantilla invadieron el campo porque el árbitro les pitó un penalti en contra.

El comité los castigó a jugar la mitad del año sin público, y les dio el partido por perdido.

Pero ahora eso ya había pasado.

Cuando el minibús se acercaba al campo del lslantilla, ya se oían los gritos de los padres y las madres y todos los seguidores de Robledo que habían ido a animar.

Se oía un tambor y un montón de cánticos y de gritos.

Yo pensaba que esas cosas solo ocurrían cuando uno va al Calderón, o al Bernabéu, o al Camp Nou, que es el campo más grande de España y caben cien mil personas, y Camuñas dice que cuando la gente grita gol se oyen los gritos desde Francia.

Pero, al parecer, en Robledo de la Sierra también hay mucha afición.

Por nuestro equipo fueron los padres de Camuñas, los de Toni y los de Anita, que no les gusta el fútbol y son de los que propusieron que desapareciera el equipo si perdíamos, pero que van a todos los partidos. Y otros que también son de la asociación de madres y padres de alumnos, y que no tenían ningún hijo en el equipo, y que no sé qué pintaban allí, la verdad y también fueron mis padres.

Mi madre había pedido la mañana libre en la tienda.

Se sentó al lado de mí padre y, cuando vio todo el lío que estaban montando los del Islantilla, dijo:

—Prepárate, Emilio, que a lo mejor tienes que detener a alguien.

Mi padre le dijo que no exagerara, pero aquello era lo más parecido a un partido de alto riesgo, y por eso hasta Jerónimo, el presidente de la Liga Intercentros, estaba también por allí. Aunque esta vez se sentó solo y no saludó a mis padres ni a nadie y parecía muy serio y concentrado.

Y entonces volví a ver al hombre del bigote y la gorra.

Y supe por qué me sonaba cuando lo vi en el partido contra el Axia.

¡Era Chacón, el entrenador del Islantilla!

Estaba allí en la banda, dando instrucciones a sus jugadores. Pero tenía la misma cara seria, como si no le importara nada de lo que pasaba a su alrededor.

Cuando empezó el partido, solo se oía el tambor y los gritos de la afición del Islantilla.

El ruido era ensordecedor.

Ni siquiera podíamos hablar entre nosotros.

Alicia estaba de pie y nos hacía gestos para que jugásemos juntos, y también decía algo, pero no tengo ni idea de qué era, porque no la oía.

El caso es que jugamos la primera parte en medio del griterío.

—¡No les dejéis respirar! —gritó uno de los padres del lslantilla.

—¡A muerte! —gritó otro.

—¡Que no puedan ni moverse! —gritó una madre que llevaba una trompeta y que, entre grito y grito, no dejaba de levantarse.



La verdad es que asustaba un poco tanto grito.

En los primeros minutos, en cuanto teníamos el balón, doscientos aficionados del Islantilla se levantaban y nos gritaban y nos insultaban y parecía que nos iban a comer vivos.

Así que no dábamos pie con bola.

Pero entonces me di cuenta de una cosa.

Uno de los jugadores del Islantilla, el número 4, tenía la cara desencajada.

Parecía estar temblando.

Miré a otro y también parecía muy nervioso.

Y la chica que estaba de portera, más todavía. ¡Eso es!

¡Los Jugadores del Islantilla estaban más asustados incluso que nosotros!

La presión de sus padres gritando y todo el mundo allí en el campo, hacía que estuvieran muy nerviosos.

Cuando me di cuenta de eso, todo cambió.

Pasé al lado de Helena y se lo dije.

—Fíjate en ellos —dije—. Están más asustados que nosotros.

Era normal.

Ellos también se jugaban el descenso, y encima estaban en su propio campo.

Y todos sus padres, familiares y conocidos estaban allí.

Y parecía que estaban dispuestos a lo que fuera con tal de verles ganar.

Helena se lo dijo a Marilyn, y esta a Camuñas… y así hasta que todos en el campo nos miramos y entendimos que no teníamos que tener miedo.

Por mucho que nos gritaran o nos dijeran de todo, éramos siete contra siete.

Y ellos tenían más que perder que nosotros.

Así que a partir de ese momento empezamos a jugar al fútbol.

De verdad.




TONI LE HIZO UN «SOMBRERO»
AL NÚMERO 4 DEL ISLANTILLA.
19
DESPUÉS SE LA PASÓ A HELENA,
QUE SE LA DEVOLVIÓ AL PRIMER TOQUE,
Y ÉL TAMBIÉN SE LA DEVOLVIÓ
A LA PRIMERA.
HELENA ENCARÓ EL ÁREA
CON EL BALÓN CONTROLADO.
LEVANTÓ LA VISTA HACIA LA PORTERÍA
Y LA PASÓ JUSTO HACIA EL OTRO LADO,
SIN MIRAR.
Y ALLÍ APARECÍ YO.


COGÍ LA PELOTA Y ME QUEDÉ SOLO DELANTE DEL PORTERO.
NO PODÍA FALLAR. TENÍA QUE METERLA.
ESTABA PISANDO EL PICO DEL ÁREA.
PENSÉ EN TIRAR CON TODAS MIS FUERZAS.
AAAAA
PERO ENTONCES VI QUE EL PORTERO CORRÍA HACIA MÍ COMO UN POSESO.
ASÍ QUE LEVANTÉ EL PIE COMO SI LE FUERA A HACER UNA VASELINA. EL PORTERO DEL ISLANTILLA TAMBIÉN LO VIO.
SALTÓ...


... Y YO APROVECHÉ PARA PASAR EL BALÓN ENTRE SUS PIERNAS.
LE HICE UN CAÑO IMPRESIONANTE.
Y YA ESTABA SOLO DELANTE DE LA PORTERÍA, SIN DEFENSAS, SIN PORTERO. SOLO TENÍA QUE METER GOL SIN NADIE QUE ME LO IMPIDIERA...
... Y EN ESE MOMENTO SENTÍ QUE ALGUIEN EMPUJABA SU HOMBRO CONTRA EL MÍO. ME GIRÉ Y VI A MI LADO A... TONI. NO SÉ DE DÓNDE HABÍA SALIDO.


EL CASO ES QUE ÉL ME EMPUJÓ, ME QUITÓ LA PELOTA... Y SE METIÓ DENTRO DE LA PORTERÍA CON EL BALÓN.
GOOOOL
HABÍA SIDO UN GOLAZO...
... DE TONI.
A MÍ NO ME IMPORTABA QUE TONI ME HUBIERA QUITADO LA PELOTA Y HUBIERA METIDO EL GOL. LO IMPORTANTE ES QUE HABÍAMOS MARCADO.
POR UN INSTANTE, LOS SEGUIDORES DEL ISLANTILLA SE HABÍAN QUEDADO EN SILENCIO.
SOTO ALTO, 1. ISLANTILLA, 0.



En la segunda parte pasó algo increíble. Esto es lo que ocurrió.

Felipe y Alicia, que estaban muy contentos, dijeron que los teníamos muy tocados, y que el gol que habíamos marcado había sido psicológico y que había que aprovechar el efecto y meter otro, y sentenciar el partido.

También felicitaron a Toni por el gol.

La jugada había sido mía y Toni me había robado descaradamente el gol, pero le felicitaban a él.

Solo Camuñas y Angustias me dieron una palmada en la espalda, y Helena me dijo: «Buena jugada», y después le dio un abrazo a Toni.

No un abrazo en plan abrazo de compañeros de equipo. Era un abrazo distinto.

No sé cómo explicarlo.

A lo mejor estuvieron dos o tres segundos abrazados, pero a mí me pareció que estaban una hora abrazados allí en medio.

En la segunda parte iba a demostrar que yo era tan bueno como Toni.

Que además de chupóptero y chulito, había demostrado ser un robagoles.

Los jugadores del lslantilla salieron también mucho más fuertes que en la primera parte.

Pero nosotros estábamos lanzados.

A los cuatro minutos ocurrió una cosa que nunca antes ni después he visto: Torneo paró un balón y dio un pase perfecto.

Luego nos explicó que no, que él la quería echar fuera de banda, pero el caso es que le salió un pase casi perfecto a la espalda de los centrales del Islantilla.

Yo me desmarqué, les gané la espalda, y el balón me llegó justo a la bota.

Tomeo había dado un pase como los de Xavi… sólo que era Tomeo.

Pero allí estaba yo, entrando en el área, solo otra vez. Y Toni no estaba cerca para quitarme el gol.

El que sí estaba era el central del Islantilla, que me pegó un empujón y al mismo tiempo me hizo la zancadilla justo cuando entré en el área.

Era penalti y expulsión clarísima. Todo el mundo lo vio. Esta vez sí que sí.

Miré al árbitro desde el suelo.

Pero el árbitro no estaba por ninguna parte.

—¡Árbitro, ha sido penalti! —grité.

Pero el hombre no me oyó.

Porque estaba…

TUMBADO EN EL SUELO, EN MITAD DEL CAMPO.

¡El árbitro del partido se había quedado dormido otra vez! ¿Cómo podía ocurrir algo así?



¿Era una broma?

¿Qué estaba pasando allí?

Era un árbitro completamente distinto al del partido del Axia, pero había pasado lo mismo.

Al poco de empezar la segunda parte, ZAS. Dormido.

¿¿Otra vez??

Era imposible que pudiera estar ocurriendo de nuevo. Pero el caso es que estaba ocurriendo.

Felipe y Alicia corrieron hacia donde estaba el árbitro. También Chacón, el entrenador del, Islantilla, se acercó, aunque este caminaba sin ninguna prisa. Y con el mismo gesto serio, sin mover un músculo de la cara.

Algunos de los padres que hacía un momento chillaban tanto, se callaron de golpe, y también se acercaron al árbitro.

El presidente de la Liga Intercentros, Jerónimo Llorente, también se acercó, y parecía tener cara de preocupación.

—Ay, dios —dijo.

El médico de Robledo se acercó para examinar al árbitro, pero era un señor muy mayor, creo que era abuelo de uno de los jugadores, y caminaba muy lento, muy lento, y al final fue el mismo Chacón el que le tomó el pulso al árbitro.

—Está dormido —dijo, igual de serio.

Pero eso ya lo sabíamos todos.

Por eso, cuando por fin llegó el médico, examinó al árbitro y se volvió hacia todo el mundo diciendo:

—Está dormido.

A nadie le pilló de sorpresa.

Todo el mundo hablaba de lo mismo.

—Una vez puede ser un accidente. Pero dos, ¡es una conspiración! —dijo el padre de Camuñas mirando a mi padre, con los ojos muy abiertos.

—No nos precipitemos, por favor —respondió mi padre—. Lo primero es lo primero, y hay que llevarse a este joven de aquí.

—Y después hay que Jugar el partido —dijo el entrenador del Islantilla.

Chacón tenía una voz muy grave, como esos personajes de las películas de dibujos que parece que se han tragado una radio.

Pero tenía razón. El partido debía continuar.

—Ya he llamado al árbitro suplente —dijo enseguida Jerónimo Llorente, el presidente de la Liga Intercentros—. Por favor, que no cunda la alarma.

—Esto es muy raro —insistió el padre de Camuñas, muy enfadado.

—Camuñas, haz el favor —dijo mi padre—. Aún no sabemos qué puede haber pasado.

—Pues lo que ha pasado es que alguien quiere que perdamos —dijo de nuevo el padre de Camuñas, totalmente convencido.

—Esa es una acusación muy grave —dijo Jerónimo Llorente.

—Eso es una tontería como una catedral de grande —dijo Chacón, el entrenador del Islantilla.

—Sin faltar, eh —respondió el padre de Camuñas, y parecía que la cosa se iba a liar más, y que todos estaban muy nerviosos.

—A ver, tranquilidad todo el mundo —dijo mí padre—. Es un juego, señores, y tenemos que dar ejemplo a los niños.

—Muy bien dicho, Emilio —dijo mi madre, que ya me estaba pareciendo muy raro que hubiera estado callada todo este tiempo—. Si alguien vuelve a ponerse violento, lo detienes y santas pascuas.

—Aquí los únicos que se han puesto violentos son los del Soto Alto —dijo Chacón.

—Exactamente —dijo otro padre del Islantilla Y de nuevo empezaron todos a gritar.

—Yo creo que lo más responsable sería suspender el partido, y si no lo hacen ustedes, debería hacerlo la autoridad competente —dijo la madre de Anita, que siempre hablaba así de raro.

Lo malo es que estaba hablando de mi padre.

—En primer lugar, no tengo autoridad para suspender ningún partido —dijo mi padre—. Y en segundo lugar, no creo que haya motivo para suspender nada, porque al árbitro no le ha pasado nada, ni nadie le ha agredido ni nada. Solo está dormido.

—Pues si te parece poco… —dijo el padre de Camuñas.

El árbitro tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras dormía allí en medio.

Al final, Felipe y Alicia nos pusieron otra vez a calentar, y aunque los mayores seguían discutiendo, nosotros nos dedicamos a lo nuestro.

Durante todo ese rato, yo seguía en el área del Islantilla sin moverme, con cara de no entender nada.

—¿Es que nadie se acuerda de mi penalti? ¡Ha sido penalti! —protesté yo.

Pero nadie me hizo ni caso.



—En los dos años que llevo como árbitro suplente, nunca me habían llamado ni una vez. Y ahora, dos semanas seguidas. ¿Qué le estáis haciendo a los árbitros?

El árbitro suplente era el mismo de la semana anterior: Rubén Gordillo, el empollón.

—¿Hoy también estabas estudiando? —pregunté yo.

—Hombre, el listillo —dijo—. Pues, para tu información, te diré que sí. Estamos en época de exámenes en la universidad y estoy preparando el final de curso. Pero bueno, aquí estoy. ¿Estamos todos listos para reanudar el partido?

—Yo no —dije.

Todos me miraron.

—¿Va empiezas? —me preguntó el árbitro suplente. VA cogí aire, tenía que darme fuerzas.

—Árbitro, le prometo que esta vez sí que ha sido penalti y lo ha visto todo el mundo y tiene que pitarlo, porque el otro árbitro iba a pitarlo —dije de carrerilla.

—¿Pero lo pitó o no lo pitó, caballero? —preguntó Gordillo.

—Pues… estaba a punto, pero…

—No pitó nada —dijo Chacón, el entrenador del Islantilla.

—Pero iba a pitarlo —insistí.

Todos empezaron a discutir otra vez. Alicia dijo que se había oído el silbato, y los del lslantilla, como es normal, decían que no.

—Ya está, se acabó la discusión. Bote neutral —sentenció el árbitro suplente—. A ver, caballeros, un poco de espacio…

—Pero qué dices, hombre. Si cuando se desmayó tenía el brazo estirado hacia el punto de penalti. Qué disparate —protestó Felipe.

Y entonces el árbitro se giró hacia él muy serio… y le sacó tarjeta roja.

—Expulsado por menosprecio.

No me lo podía creer. El árbitro nos acababa de quitar un penalti, ¡y además expulsaba a nuestro entrenador!

Alicia se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero qué está haciendo? —protestó ella—. Si no le ha insultado ni nada. ¡No hay derecho, nos está robando el partido!



Entonces el árbitro abrió mucho los ojos… ¡Y también le sacó tarjeta roja a Alicia!

Los padres del Islantilla lo celebraron. El del tambor empezó a darle como loco. Y todos gritaban de nuevo como si hubieran recobrado el entusiasmo gracias a las tarjetas rojas.

Y Chacón hasta movió un poco el bigote mientras sonreía.

Mi madre protestó como si estuviera en el Calderón.

—¡Arbitro, ladrón! —dijo.

—Juana, por favor —dijo mi padre.

Y luego se levantó él también.

—¡Arbitro, ladrón! —dijo él.

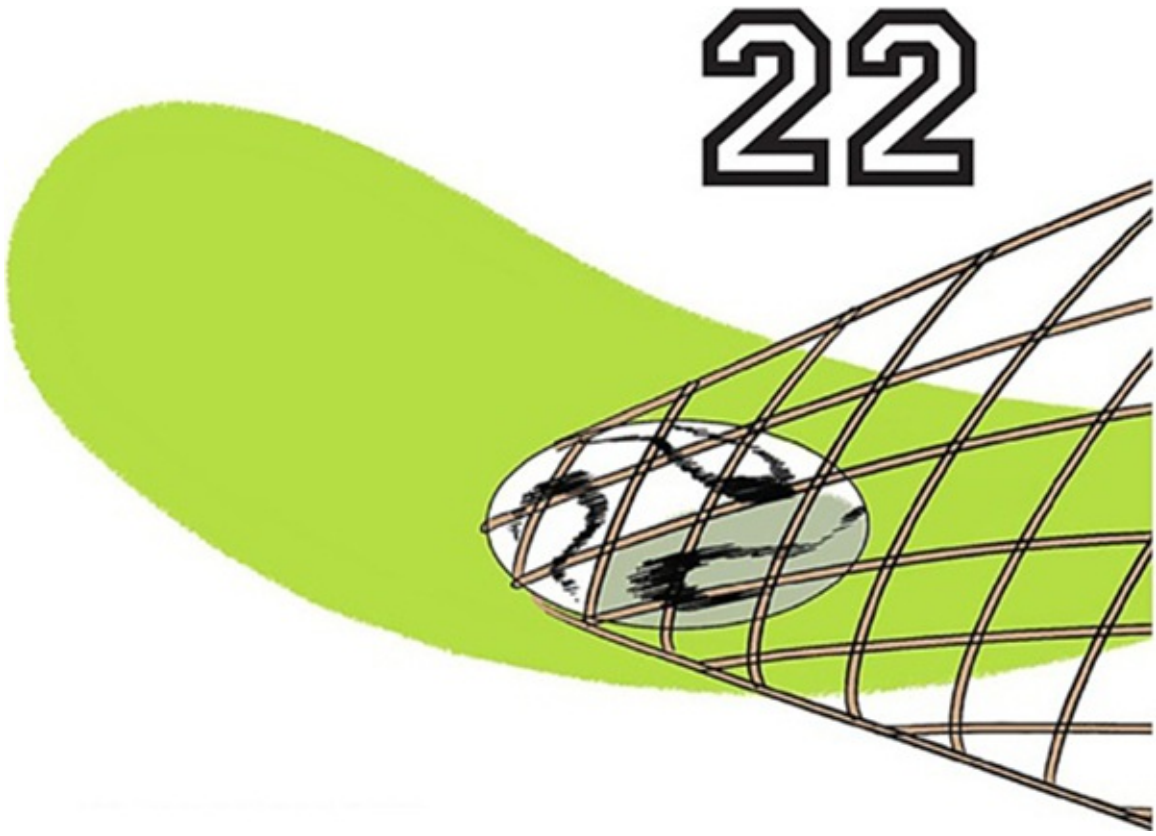
Mi madre le miró con los ojos muy abiertos, y él se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? —dijo mi padre—. Además, yo la he dicho más bajito, sin ánimo de insultar.

Felipe y Alicia se fueron a los vestuarios expulsados, y nos quedamos allí solos.

Sin entrenadores.

A partir de ese momento, todo fue un desastre.



¡GOOOOOOOOOOL!

Todos en la grada gritaban como locos.

El del tambor le daba tan fuerte que parecía que lo iba a reventar.

¡¡Gooooooooooooooooool del lslantilla!! Los gritos se debían oír en toda la sierra.

El número 8 del Islantilla había regateado a Tomeo y Marilyn, y había metido un golazo.

Empate a uno.

Nosotros estábamos sin entrenador, y bastante desanimados, la verdad.

En la grada, el padre de Camuñas nos dijo que no nos pusiéramos nerviosos, que todavía teníamos tiempo de ganar, y mi madre también nos animó:

—¡Vamos, Soto Alto! ¡Todavía podemos!

Pero la verdad es que no teníamos ni idea de qué hacer. Podíamos intentar defender el resultado: un empate no era tan malo, teniendo en cuenta cómo habían ido las cosas. Aunque con el empate no nos salvábamos, por lo menos sumábamos un punto.

O podíamos ir de nuevo al ataque, intentar ganar el partido. Suponiendo que nos dejaran.

—Quita, espabilao, que todo ha sido por tu culpa. Me di la vuelta y allí estaba Toni.

—¿Por mi culpa? —pregunté.

—Si no hubieras empezado a protestar con la tontería esa del penalti, no habrían echado a Felipe y Alicia —dijo Toni.



Por un momento, no supe qué decir.

Miré a Helena, que estaba un poco más allá.

—¿Tú también crees que ha sido por mi culpa? —pregunté. Ella se encogió de hombros.

—Venga, vamos a jugar —dijo.

Eso fue todo lo que dijo.

No dijo: «Eso no ha sido culpa de nadie», o «No digas tonterías, Toni». Lo único que dijo fue:

—Venga, vamos a jugar.

El árbitro hizo sonar el silbato y dijo:

—Vamos, Soto Alto, saquen de una vez o le doy el balón al Islantilla.

Así que sacamos de centro, y el partido continuó.

Pero yo ya no me enteré de nada. Solo podía oír el tambor.

Y los gritos.

Y todo el tiempo pensaba en la mirada de Helena. Creo que no toqué el balón durante el resto del partido. Solo corría de un lado a otro.

Sin saber qué hacer.

Chacón, el entrenador del Islantilla, no dejaba de gritar con su vozarrón y de moverse de un lado a otro dando instrucciones a los suyos.

En nuestro banquillo, sin embargo, no había nadie. Bueno, estaban Anita y Ocho, con cara de asustados.

Como si supieran que aquello no iba a terminar bien. El lslantilla atacaba sin parar.

Una y otra vez.

Camuñas hizo un par de buenas paradas. Pero ellos seguían y seguían, y cuando el partido estaba a punto de acabar, sacaron un córner.



Yo creo que no había sido córner, pero el árbitro parecía que la había tomado con nosotros y dijo que sí.

No quedaba casi tiempo.

Así que nos metimos todos en el área a defender.

Que es una cosa que Alicia y Felipe siempre nos dicen que no hagamos, que es mejor dejar por lo menos un jugador fuera para el contraataque, porque además así ellos tienen que quedarse con un defensa o dos, y no pueden ir todos a rematar.

Pero Alicia y Felipe no estaban allí, y no había tiempo para organizarse. Nos metimos todos a defender…

El número 8 del Islantilla sacó el córner. Camuñas salió a despejar de puños. Pero chocó con Angustias y no le dio. Había demasiada gente dentro del área.

Por suerte, el balón le cayó delante a Torneo para despejar.

—¡Vamos, Torneo! —gritó mi madre desde la grada.

Pero Torneo hizo una de las suyas.

Se resbaló y ni siquiera le dio al balón.

Viendo lo que estaba ocurriendo, Marilyn se tiró en plancha para mandar la pelota lo más lejos posible.

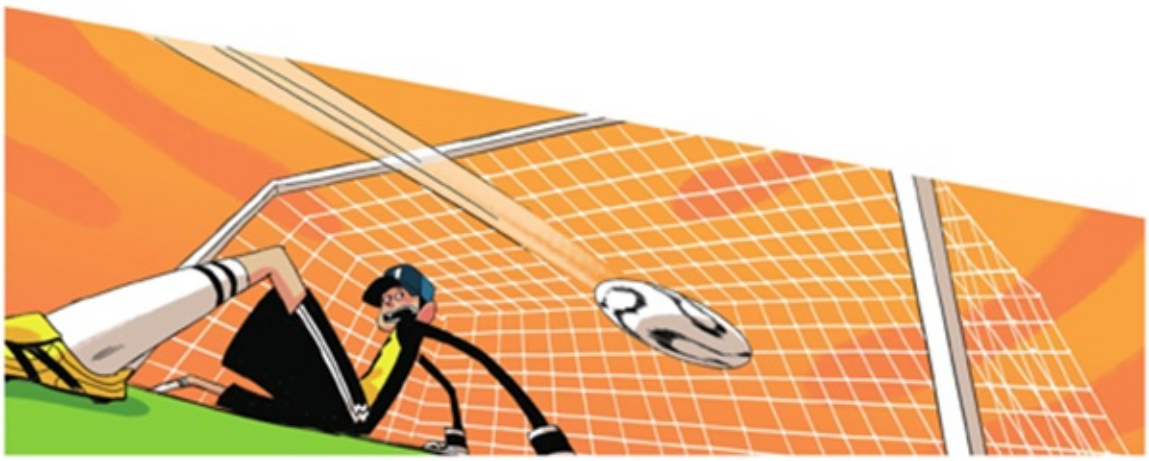
Pero por muy poco no llegó, y entonces apareció el número 10 de ellos. Uno con rizos que no olvidaré nunca.

Cerró los ojos, y le dio al balón.

Con todas sus fuerzas. Que salió disparado.

Parecía que iba a cámara lenta. Camuñas estaba tirado, y los demás mirábamos el balón que iba directo hacia nuestra portería.

Yo intenté saltar para darle de cabeza, pero no llegué. El balón subió y subió y…



Entró en la portería. Gol.

Del Islantilla.

Ahora sí que los gritos de la grada eran atronadores. Parecía que hubieran ganado la Champions.

—¡Oé, oé, oé, oé!

Y el del tambor estaba como loco, y todos se abrazaban y se daban besos.

Nosotros nos quedamos tirados sin saber qué hacer ni qué decir.

El árbitro pitó el final del partido. Islantilla, 2. Soto Alto, 1.

Solo quedaba un partido.

23



Veintitrés preguntas sin respuesta.

¿Cómo se puede quedar dormido un árbitro en mitad de un partido?

¿Cómo se pueden quedar dormidos dos árbitros en dos partidos?

¿Cómo es posible que esos dos partidos sean de la misma liga?

¿Y cómo es posible que esos dos partidos los juegue el mismo equipo, o sea, el nuestro?

¿Qué le había pasado al primer árbitro? ¿Y al segundo?

¿Se conocían?

¿Tenían la misma enfermedad? ¿Les había ocurrido lo mismo? ¿O era una pura casualidad?

¿Había pasado alguna vez algo parecido en algún lugar del mundo?

¿Cómo habíamos tenido tan mala suerte y justo se habían quedado dormidos cuando estábamos dominando los dos partidos?

¿O no era mala suerte? ¿Alguien lo había preparado? ¿Pero quién?

¿Y cómo?

¿Y por qué?

¿Quién era el más interesado en que perdiésemos los partidos?

¿En el tercer y último partido de la liga también se iba a dormir el árbitro?

¿Alguien iba a hacer algo para descubrir qué pasaba? ¿Nos íbamos a quedar cruzados de brazos?

¿La policía iba a investigar el caso?

Y lo más importante de todo: ¿Toni y Helena eran novios?

24

—Le están haciendo más pruebas que si fuera un extraterrestre —dijo mi padre mientras cenábamos.

Por lo visto, al árbitro del segundo partido le hicieron pruebas en el hospital durante todo el día.

Al final, tampoco le encontraron nada de nada.

El segundo árbitro estaba sano como una manzana. Igual que el primero.

Y eso que esta vez hicieron pruebas en todos sitios: en el vestuario, en su casa, en su coche… Investigaron el agua de su casa, la botella de la que había bebido durante el partido y el descanso…



Nada de nada.

Y la noticia no salió solamente en el informativo regional y en el Marca.

Salió hasta en el telediario.

Salieron un montón de noticias y artículos en todas partes y #arbitrosdormidos fue trending topic mundial en twitter durante dos días seguidos.

Un programa de televisión llevó a entrevistar a los dos árbitros. Les hicieron un montón de preguntas absurdas.

El segundo árbitro tampoco recordaba nada.

Sí yo hubiera estado en ese programa de televisión, solo le habría preguntado una cosa.

Le habría preguntado si recordaba mi penalti.

Pero en lugar de eso, les preguntaron tonterías sobre su vida y sus familias, y sí tenían novia, y que qué les decía la gente por la calle.

Ellos dos sonreían mucho y repetían una y otra vez que no recordaban nada.

En el entrenamiento del lunes por la tarde, Alicia y Felipe estaban muy serios.

—Ya solo queda un partido —dijo Alicia.

—Contra el Santo Ángel, los primeros de la liga —dijo Felipe.

Los del Santo Ángel tenían que ganar para ser campeones de liga.

Y nosotros teníamos que ganar sí no queríamos bajar. Así que el empate no valía para ninguno de los dos. Angustias levantó la mano.

—¿Sí? —dijo Alicia.

—Yo creo que lo mejor es que no juguemos. Total, para hacer el ridículo, mejor quedarse en casa —dijo Angustias.

—Angustias, por favor —respondió enseguida Alicia—. Contra el Islantilla jugasteis muy bien. Yo diría que fue el mejor partido de la temporada, hasta que…

—Hasta que se durmió el árbitro —dije yo.

—Exactamente. Hasta que se durmió el árbitro, y Felipe empezó a hablar, y nos echaron a los dos… —dijo Alicia.

—Ahora resulta que la culpa fue mía —dijo Felipe.

—Si hubieras tenido la boca cerrada…

—Y si tú no le hubieras insultado… y volvieron a enzarzarse.



Toni me miró como diciendo: «Ya sabes de quién fue la culpa». Pero no dijo nada.

Felipe y Alicia eran nuestros entrenadores, y teníamos que hacerles caso.

Pero resulta que en el último partido no podían sentarse en el banquillo.

—Nos han puesto un partido de sanción —explicó Felipe. Todos les miramos intentando entender qué significaba eso.

—Pero no pasa nada —dijo Alicia—. Porque prepararemos muy bien el partido durante la semana… y luego, en el partido, pues ya se sentará alguien en el banquillo.

—¿Cómo alguien? —preguntó Helena.

—¿Y vosotros? —preguntó Camuñas.

—Estaremos en la grada, pero no podemos deciros nada durante el partido, porque estamos sancionados —dijo Alicia.

Por si teníamos pocos problemas, ahora eso.

—Si es lo que yo digo: mejor no vamos al partido —dijo Angustias. Por una vez, yo creo que tenía razón.

—¿Y quién se sentará en el banquillo? —preguntó Toni.

Todos nos quedamos en silencio mirando a Alicia y Felipe.

—Pues… una persona que sabe mucho de fútbol y que os conoce muy bien… —dijo Felipe.

—La entrenadora durante el último partido será… Juana —dijo Alicia.

¿Juana?

¿Qué Juana?

—La madre de Pakete —aclaró Alicia…

¿¿¿¡¡¡Qué!!!???

¿¿¿¿Mi madre????

Todos me miraron de inmediato. Yo quería que la tierra me tragara.

—Yo no sé nada —dije.

Y era verdad. No tenía ni idea.

—¿Tu mamá viene para cuidarte? —dijo Toni mientras se reía.

—¿Pero esa señora tiene el título de entrenadora? —preguntó Camuñas—. Perdona, Pakete, no tengo nada contra tu madre, pero es que no me parece muy serio.

«Ni a mí tampoco», pensé.

Aunque no dije nada.

—Para la liga infantil lntercentros no hace falta el título de entrenador —dijo Felipe—. Basta con una autorización del colegio y de la liga.

—¿Entonces vosotros tampoco tenéis el título de entrenador? —preguntó muy asustado Angustias, como si acabara de descubrir algo terrible.

—Bueno… —dijo Alicia—. Yo me lo estoy sacando este año.

—Y yo me he apuntado a un cursillo para el año que viene —dijo Felipe.

—Ay, señor —dijo Angustias—. Jugamos contra los primeros de la liga, que son mucho mejores que nosotros. Los árbitros se duermen. El árbitro suplente parece que la tiene tomada con nosotros. Nuestros dos entrenadores, que en realidad ni siquiera son entrenadores de verdad, están castigados, y de remate, se va a sentar la madre de Pakete en el banquillo durante el partido a decirnos cómo tenemos que jugar.

Así dicho, la cosa no pintaba muy bien.

—Ese es un poco el asunto —dijo Alicia.

Y de nuevo todos nos quedamos en silencio y nos miramos unos a otros.
Yo pensaba qué podíamos hacer, y no se me ocurría nada.
Así que esa noche hice lo que cualquier otro habría hecho en mi lugar.
Convoqué el pacto de los Futbolísimos.





Era noche cerrada.

El campo de fútbol estaba a oscuras.

Pero si te fijabas bien, en un extremo del campo, junto a una portería, había alguien.

Exactamente, nueve niños.

Nosotros nueve.

Los miré a todos y dije:

—Vamos a descubrir por qué se quedan dormidos los árbitros.

Todos me miraron sin creérselo.

—Nadie ha descubierto nada. ¿Cómo lo vamos a descubrir nosotros? —preguntó Marilyn.



—No lo han descubierto porque nadie ha investigado. Nosotros sí que vamos a hacerlo —dije, como si estuviera muy seguro.

—Ah, sí. ¿Ahora vamos a ser detectives? —siguió Toni.

—No somos detectives, solo somos un equipo de fútbol que tenemos que ganar el último partido si no queremos que se carguen el equipo —dije.

—Pues entonces lo que tenemos que hacer es entrenar y dejarnos de árbitros dormidos —dijo Anita.

—Ya, claro. Pero por mucho que entrenemos, si luego llega el partido y se duerme el árbitro cuando mejor estamos jugando y encima viene ese suplente que nos tiene manía, pues no tenemos nada que hacer —dije.

—En eso tiene razón Pakete —dijo Torneo.

—Bueno, y suponiendo que investiguemos lo que ha pasado con los árbitros, ¿por dónde vamos a empezar? —preguntó Marilyn.

—Lo único que necesitamos es seguir las pistas —respondí yo enseguida.



—¿Qué pistas? —preguntó Camuñas. Esa era una buena pregunta.

—Lo que hacen siempre los detectives es ir al lugar del crimen —dijo Helena.

Tenía razón.

—¿Y cuál es el lugar del crimen? —preguntó Toni.

—Yo prefiero no saberlo —dijo Angustias.

—Pues está clarísimo —dijo Helena—. El lugar del crimen es este. Aquí, donde estamos ahora mismo.

Estábamos en nuestro campo de fútbol. Donde habíamos jugado contra el Axia.

—Es verdad —dije yo—. Aquí empezó todo: aquí se durmió el primer árbitro. Y aquí tenemos que empezar nuestra investigación.

Y entonces me puse en medio de todos y dije que éramos los Futbolísimos y que teníamos que descubrir qué había pasado con esos árbitros, y también dije que, mientras estuviéramos unidos, nadie podría con nosotros.

Y después extendí la mano y la puse en medio, como la había puesto Helena la noche que hicimos el pacto.

—¿Estamos juntos en esto? —pregunté.

Solo que esta vez nadie puso su mano.

—Vale, vale.

—Que sí, hombre.

—Vale, venga. Mañana empezamos a investigar.

—Sí, eso, que ahora es muy tarde…

—Hasta mañana.

Y todos se fueron.

Y yo me quedé allí en medio, con la mano extendida y cara de bobo.



Pero entonces alguien puso su mano sobre la mía. ¿Quién era?

¿Helena?

Me giré y vi… A Angustias.

—Gracias, Angustias. En el fondo, sabía que podía contar contigo —dije.

—No, no —dijo—. Si yo te doy la mano porque está muy oscuro y tengo miedo. ¿Te importa si vamos juntos de la mano hasta que salgamos de aquí?



—Si no hay pruebas, no hay pruebas, Francisco —dijo mi padre—. Hay que aceptar que las casualidades ocurren.

Estábamos desayunando en la cocina.

Mi hermano no paraba de hacer ruidos con la leche. Se la metía en la boca y hacía gárgaras.

Era asqueroso.

Como casi todo lo que hacía mi hermano.

—¿Cómo va a ser una casualidad, papá? ¿Tú sabes cuál es la probabilidad de que dos árbitros se queden dormidos dos partidos seguidos?

Mi padre se me quedó mirando.

—¿Y tú sí?

—Pues mira, sí, porque lo he estudiado en clase —dije.

Entonces entró mi madre en la cocina.

—Francisco, ¿tú estudiando matemáticas? No me lo puedo creer —dijo mientras me ponía la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

—Hola, mamá —dije—, ¿o debería llamarte «entrenadora»?

Mi madre se río y dijo:

—Alguien tenía que sentarse en el banquillo el sábado con vosotros —dijo ella—. ¿Te da vergüenza que tu madre esté de entrenadora?

—No, no, no es eso —mentí—. Es solo que me ha sorprendido.

—Vais a perder, enano. Da igual que mamá esté allí o no —dijo Víctor.

Había decidido no contestar a mi hermano, dijera lo que dijera.

Así es que eso es lo que hice.

Miré a otro lado y no le hice ni caso.

—Ya verás como ganamos el partido, Francisco —dijo mi madre—. Bueno, ¿y qué es eso de la probabilidad que estabas diciendo?

A ver.

Habíamos calculado la probabilidad en clase del Tábano aquel día.

—La probabilidad de que dos árbitros se queden dormidos en dos partidos seguidos es tan baja como la de romperse un tobillo en la Luna —dije yo.

En realidad, lo que el Tábano había dicho era:

—Es una posibilidad cercana a cero, ínfima. Pero lo de la Luna me sonó mucho mejor.

—Anda, termínate los cereales y déjate de astronautas —dijo mi padre.

—Vamos a bajar a segunda y el equipo va a desaparecer por culpa de los árbitros dormidos —dije.

—Por eso —dijo Víctor—, y porque sois unos paquetes, Pakete.

—Vamos a ganar el último partido con el Santo Ángel, ya verás —respondió mi madre—. Nada es imposible. Mira al Atleti.

Pero nosotros no somos el Atleti, somos el Soto Alto.

Y ellos son los primeros de la liga.

Y nosotros, los últimos.

Necesitábamos un milagro.

O, al menos, necesitábamos resolver el misterio de los árbitros dormidos.



Radu es el encargado del campo de fútbol del colegio.

Es el que corta el césped y pinta las líneas del campo y vigila que todo esté bien.

Tiene las llaves de los vestuarios y de la calle. Y también es un tío muy raro, que habla poco y cuando le miras parece que siempre tiene un secreto.

Radu es rumano, de Bucarest.

Cuando habla guiña mucho los ojos, tiene como un tic. Yo creo que por eso habla tan poco, porque sabe que lo de guiñar los ojos es bastante ridículo.

Y es que la gente tiene mala idea a veces.

—Hola, Radu —dije.

—Hola, Radu —dijo Camuñas.

Miramos a Angustias, que también estaba a nuestro lado, y al fin también dijo:

—Hola, Radu.

Yo creo que Radu enseguida se dio cuenta de que algo raro estaba pasando, porque nunca hablamos con él y ahora, de pronto, estábamos allí los tres sonriendo y haciéndonos los simpáticos.

Bueno, Angustias no sonreía.

Los tres habíamos decidido empezar la investigación por nuestra cuenta y luego se lo contaríamos a los demás.

Radu cogió una cesta con herramientas, dijo algo en rumano y empezó a guiñar los ojos muy rápido.

Sin dejar de murmurar, empezó a caminar en dirección contraria.

Nosotros le seguimos.

—Radu, tenemos que preguntarte una cosa importante —le dije.

—Yo no sé nada, no sé nada —dijo mientras se alejaba todavía más rápido.

—Pero si aún no te hemos preguntado nada —dijo Camuñas.

—Ya, pero se lo huele —dijo Angustias—. Mejor vamos a dejarle en paz. ¿No veis que no quiere hablar con nosotros?

Pero Camuñas se puso en medio, le cortó el paso y dijo:

—Por favor, Radu, escúchanos un momento.

Se paró y nos miró de arriba abajo, como si fuera la primera vez que nos veía en su vida, aunque en realidad nos veía todos los días.



—Radu, piénsalo bien —dije ayer. ¿Viste algo raro o a alguien que no conocieras entrar en los vestuarios el día del partido del Axia?

—Yo no vi entrar a nadie. Dejadme en paz —volvió a decir Radu mientras intentaba escabullirse, guiñando tos ojos cada vez más deprisa—. No vi entrar a nadie, no vi entrar a nadie.

Parecía que no iba a decirnos nada.

Pero entonces Angustias dijo:

—Si perdemos el siguiente partido, que yo creo que lo vamos a perder, el equipo de fútbol va a desaparecer y ya no podrás volver a pintar las líneas del campo, ni arreglar la red de la portería, ni nada. Por favor, ayúdanos.

—¿Entró alguien en el vestuario del árbitro durante el descanso? —volví a preguntar—. ¿Entró alguien justo antes de que el árbitro se quedara dormido?

Entonces Radu se rascó la cabeza, parpadeó muy rápido y dijo:

—El hombre del bigote, y se fue corriendo.

Eso fue todo lo que dijo. Camuñas y yo nos miramos.

—¡El hombre del bigote! —dije.

—¡Chacón, el entrenador del lslantilla, tiene un bigote enorme! —dijo Camuñas.

Y estaba en el partido contra el Axia —dije—. Yo le vi en la grada. ¡Chacón es el hombre del bigote! ¡Y el más interesado en que perdiésemos el partido para que su equipo no bajara a segunda!

Ya teníamos la primera pista.

Y además era una pista muy gorda.

Chacón, el entrenador del Isla Antilla, había entrado en el vestuario del árbitro en el primer partido.

—¡Gracias, Radu! —grité.

—¡Eres el mejor, Radu! —gritó Camuñas.

Y no solo teníamos una pista. Además teníamos un sospechoso. Un pedazo de sospechoso, diría yo.

Primero, porque le habían visto meterse en el vestuario.

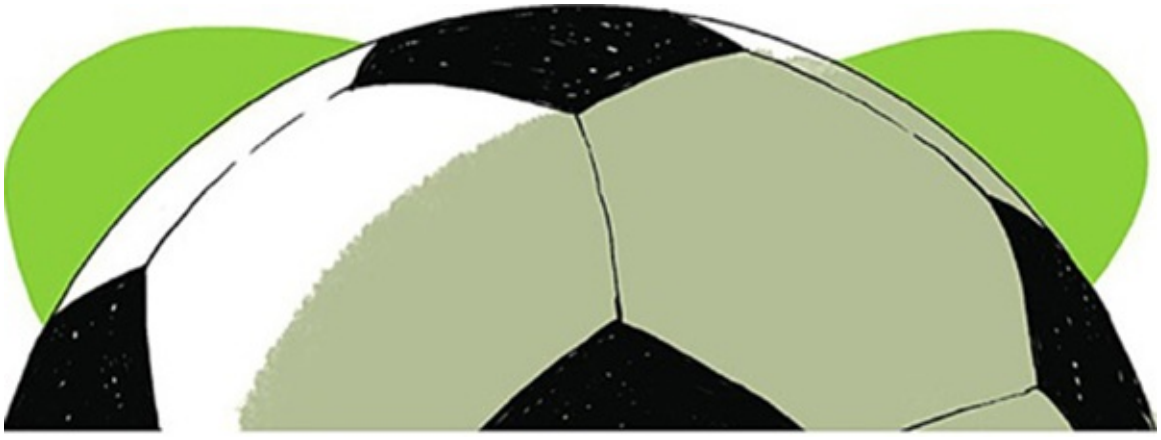
Y segundo, porque tenía un buen motivo para dormir a los árbitros: fastidiarnos a nosotros. El lslantilla iba detrás de nosotros en la clasificación, estaba todavía más fastidiado, casi no tenía posibilidades de mantener la categoría.

Ahora solo teníamos que descubrir cómo lo había hecho. Y obtener alguna prueba.

Teníamos que contárselo a los demás cuanto antes.

—Esto se pone interesante —dijo Camuñas.

—Yo diría que esto se pone fatal —dijo Angustias.





El revisor estaba en el vagón de al lado, cada vez más cerca. Se dirigía hacia nosotros.

Y Tomeo seguía sin encontrar los billetes.

—Nos van a echar. Nos van a tirar del tren en marcha, y aquí se acabó todo —dijo Angustias, que estaba empezando a sudar.

Torneo siguió rebuscando en sus bolsillos.

—¡Pero si los había guardado aquí mismo! —dijo.

—¡Busca, Tomeo, busca! —dijo Marilyn, que estaba todavía más asustada que él.

—Ya os dije que teníamos que haber venido en autobús —dijo Toni.

—¡Lo que teníamos que haber hecho es quedarnos en casa! —insistió Angustias.

Mientras tanto, Camuñas y yo repasábamos una cosa.

—A ver, el equipo de investigadores —le dije yo.

—¿¿Otra vez??

Cuando les contamos a los demás lo que nos había dicho Radu, todos estuvieron de acuerdo en que había que seguir adelante con la investigación.

Así que organizamos el viaje a Robledo para espiar al entrenador del lslantilla y demostrar que había sido él. Robledo es un pueblo que está cerca de Sevilla la Chica, pero no tan cerca como para ir andando.

Así que cogimos el tren de cercanías.

Yo había ido una vez con mis padres. Pero no había ido nunca solo.

Bueno, ahora tampoco iba solo íbamos los nueve en el tren.

Lo que quiero decir es que no venía ningún adulto con nosotros.

Antes de subir al tren, Helena se había acercado a mí y me había dicho que estaba muy orgullosa de nuestra investigación.

—Estoy muy orgullosa —dijo Helena mirándome con sus enormes ojos.

—Gracias —dije yo, que habría querido decir algo más interesante, pero no me salió.

—Habéis descubierto una pista muy importante —dijo—, y además Toni me ha dicho que, aunque no descubramos nada en Robledo, él se encargará de solucionar todo este lío.

¿Toni? ¿De qué estaba hablando? Entonces, ¿estaba muy orgullosa de nosotros o de Toni? ¿De qué estaba hablando? ¡Ya está bien! ¿Qué le pasaba a Helena con Toni?

—¿Toni? —pregunté.

—Sí, ya sabes —dijo ella—. Es muy majo.

¿Toni el chupóptero es muy majo? ¿Toni el robagoles? ¿El superchulito?

—Ya, ya —dije yo. Y no dije nada más.

El caso es que compramos un equipo de investigación y nos fuimos a Robledo.

Este era el equipo de investigadores que llevábamos:



Una lupa.
Un micro con amplificador de sonido para escuchar a distancia.
Un cuaderno de notas.
Una grabadora.
Un pequeño pincel de maquillaje para buscar huellas.
Polvos de talco.
Papel adhesivo transparente.
Tarjetas para guardar las huellas.
Guantes y pinzas para recoger pelos.
Tijeras y cinta adhesiva.
Bolsas de plástico para guardar pruebas.
Cinta métrica.
Una cuerda larga y fuerte, y un botiquín, por si alguien salía herido.
Todo iba dentro de una mochila grande.

La mochila la llevaba Camuñas, porque todas las cosas menos el botiquín las habíamos comprado por Internet con la tarjeta de crédito de su padre.

—No pasa nada. Mi padre no se va a enterar hasta el mes que viene —dijo Camuñas—. Pero cuando terminemos la investigación, yo me quedo con todo el equipo.

—A mi me da igual —dije.

—Y a mí —dijeron todos.

—A mí no —dijo Angustias—. El botiquín lo tengo que devolver a la piscina de mi casa, porque lo he cogido del puesto del socorrista.

—Vale, vale…

Mientras tanto, el revisor se acercaba. Estaba a punto de llegar a nuestra altura.

Y Tomeo seguía sin encontrar su billete.

—Nos van a detener a todos y nos van a castigar todo el verano por subirnos al tren sin billete —dijo Marilyn.

—Pero si hemos comprado los billetes… —protestó Anita.

—Ya, pero si este no los encuentra, es lo mismo que si no los hubiéramos comprado —dijo Ocho—, o incluso peor.

—¿Cómo va a ser peor? —preguntó Angustias. Tomeo estaba cada vez más desesperado.

Los billetes no aparecían por ninguna parte.

—¿Has mirado bien? —preguntó Helena.

Pero no había manera.

Torneo estaba muy nervioso.

—Tenemos que escapar —dijo Torneo al fin.

Y sin esperar más, se levantó rápidamente del asiento, y salió corriendo, y se chocó de bruces con el revisor.



—¿Estás bien, chaval? —preguntó el hombre. Torneo tragó saliva.

Y explotó:

—Lo siento mucho, señor revisor —dijo—. ¡No tenemos billetes, o sea, sí que tenemos, pero los he perdido y ahora, por mi culpa, mis compañeros y yo podemos ir a la cárcel o algo peor!

El hombre le miró detenidamente, y después nos miró a nosotros.

—Ya veo —dijo—. No tenéis billetes, ¿eh? Tomeo negó con la cabeza, a punto de llorar. Los demás nos quedamos en silencio.

No teníamos escapatoria.

—Pues tened cuidado, no os pille el revisor —dijo, y empezó a reírse.

Y así, riéndose, aquel hombre se fue pasillo adelante.

—Pero… —dijo Torneo.

Entonces nos dimos cuenta.

No era el revisor.

Iba vestido con un uniforme azul… porque era un cartero. ¿Eh?

—¿Pero desde cuándo los carteros viajan en tren? —preguntó enfadado Torneo, que no sabía qué cara poner.

—¡Torneo, que no te enteras! —dijo Marilyn—. ¿Qué pasa, que los carteros no pueden subir a un tren? —y todos nos tiramos encima de Torneo, allí en mitad del pasillo, a darle collejas.



—¡Tomeo, hay una carta para ti!
—¡Torneo, corre, que ahora viene un bombero! —y otra colleja.
Y por fin llegamos a Robledo.



Teníamos un objetivo. Teníamos un plan.

Y ahora había que cumplirlo, que era lo complicado.

—Somos demasiados —dijo Marilyn cuando llegamos a la estación—. Hay que dividirse.

—¿Para qué? —preguntó Camuñas.

—Pues para pasar desapercibidos —contestó ella.

Marilyn tenía razón. Nueve niños investigando al mismo tiempo llamaban demasiado la atención.

De modo que los Futbolísimos decidimos repartirnos en dos equipos: el equipo A y el equipo B.

El equipo A iría a investigar al campo del Islantilla, y el equipo B iría a un sitio mucho más peligroso. La casa de Chacón.

—¿Estáis locos? ¿Cómo vamos a entrar en su casa? ¡Yo me vuelvo a casa en el próximo tren! —protestó enseguida Angustias.

—Las pruebas tienen que estar en su casa o en su despacho del campo, así que tenemos que ir a los dos sitios —dije yo rápidamente.

—¿Y si no encontramos ninguna prueba? —preguntó Anita.

—¿Cómo sabemos que algo es una prueba? —preguntó Torneo.

—Pues muy fácil —dijo Toni—, porque tendrá encima una etiqueta que ponga «prueba».

Helena, Marilyn y Anita se partían de risa con la tontería de Toni y Ana.

A lo mejor Toni tiene un sentido del humor que solo entienden las chicas.

O a lo mejor es un idiota rematado y por eso no me hace gracia.

—Sabrás que es una prueba en cuanto la veas —dije yo—. No te preocupes por eso.

A continuación, hicimos los dos equipos. En uno irían Toni, Helena, Marilyn y Anita.

En el otro, Camuñas, Angustias, Ocho, Torneo y yo.

O sea, Toni se iba con las chicas. Y yo me quedaba con los demás.

—Ahora queda por decidir quién va a la casa y quién al campo —dijo Marilyn.

—Nosotros, al campo —dijo Toni.

—¿Y eso por qué? —preguntó Camuñas.

—Pues porque lo he dicho yo antes —dijo Toni.

Era una buena respuesta.



—Entonces yo me voy con vosotros, si no os importa —dijo Angustias.

—Y yo también —dijo ocho—. Es que a mí me ha dicho mi madre que no entre nunca en casa de un extraño.

—Chacón no es un extraño —dijo Torneo—. Ya le conocemos desde hace mucho tiempo de la liga.

—Me da igual: yo voy con el equipo de Toni —insistió Ocho.

—Esto no es serio. Para algo hemos hecho dos equipos —dijo Marilyn—. A ver si ahora nadie va a querer ir a la casa.

—No importa —dije yo—. Yo voy a casa de Chacón. ¿Quién me acompaña?

Todos me miraron por un instante, ¿y si nadie quería venir conmigo?

¿Tendría que ir yo solo a la casa del entrenador? ¿Para qué había abierto la boca?

—Muy bien dicho, Pakete —dijo Helena—. Si quieres, yo voy contigo.

¡Toma ya!

Si Helena venía conmigo, ya no me importaba que nadie más viniera.

—Vamos a ver —dijo Toni—. Para algo hemos hecho dos equipos. Esto no se puede estar cambiando así como así, porque entonces no hay manera de organizarse. Helena, Marilyn y Anita, conmigo. Los demás, con Pakete a la casa. Y no hay más que hablar.

—Oye, que tú no eres el jefe —dijo Camuñas.

—Corno si lo fuera —contestó Toni—. ¿Tienes algún problema?

Por un momento, las orejas de Camuñas empezaron a moverse. Parecía que iba a echarse a volar. Pero no. En lugar de eso, se quedó callado y no dijo nada.

—Toni tiene razón —dijo Marilyn—. Es mejor que cada uno vaya con su grupo y ya está. Es la única forma de organizarnos.

—Vale —dijo Helena.

—Está bien —dijo Ocho.

—De acuerdo —dijo Camuñas.

—Si nos pasa algo en la casa, por favor, decidle a mis padres que les quiero mucho —dijo Angustias—, y que vosotros me obligasteis.

Y nos pusimos en marcha.

Mi grupo se dirigió al centro del pueblo, que es donde estaba la casa de Chacón.

Lo sabíamos porque Anita, que es la experta informática del grupo, había buscado en internet la dirección.

Mis amigos me miraban como si fueran a matarme.

—La próxima vez tienes que elegir tú primero —me dijo Camuñas.

—Lo intentaré —dije.

—¿Nos vamos a colar en casa del entrenador? —preguntó Tomeo mientras íbamos caminando.



La verdad es que no tenía ni idea de lo que íbamos a hacer. Pero pensé que era mejor no decir nada.

Lo que no podía imaginarme era lo que íbamos a encontrarnos aquel día

en Robledo.

Algo totalmente inesperado.

Voy a decir una cosa que puede que parezca una tontería. Entrar en casa de alguien no es fácil.

Por lo menos, entrar a escondidas.

Ya sé que en las películas la gente entra en casa de los demás como si fuera la cosa más normal del mundo.

Una cosa es verlo en la tele o en el cine, y otra muy distinta hacerlo.

Pero nosotros estábamos decididos a llegar hasta el final.

—Podemos usar la cuerda para entrar por la ventana —dijo Camuñas, que llevaba la mochila con el equipo de investigador dentro.



—También podemos intentar colarnos por el garaje —dijo Tomeo.

—O podemos intentar saltar desde el jardín —dije yo.

Angustias nos miró, y emitió un sonido.

Algo así como un suspiro.

Y sin decir nada, caminó directamente hacia la casa. Se plantó en la entrada.

Y llamó al timbre de la puerta.

Los demás le miramos sin saber qué hacer o decir.

—Ha llamado a la puerta —dijo Camuñas, admirado.

—¿Vamos? —preguntó Ocho.

Yo me encogí de hombros y dije:

—Vamos.

Por fin, abrieron la puerta. Era una señora muy amable.

—Hola, ¿está el señor Chacón?

—Pues no, no —dijo la señora—. Está en el polideportivo, creo.

—Ahhhh… Es que nos había dicho que le esperásemos aquí —dijo Angustias.

—¿Sois del equipo de fútbol? —preguntó la señora.

—Sí, eso es —dijo Angustias—. Somos del equipo de fútbol.

Angustias no había mentido. Aunque tampoco había dicho toda la verdad. Éramos del equipo de fútbol.

No de su equipo.

Pero ella no lo había preguntado.



—Entonces, ¿podemos pasar? —preguntó Angustias.

Estaba lanzado. Yo nunca había visto así a Angustias. Yo creo que tenía tanto miedo a saltar por una ventana, que prefería hacer cualquier cosa y entrar por la puerta principal.

Por fin, la señora sonrió y nos dejó entrar.

—Pero con cuidado, que acabo de limpiar —dijo.

La señora dijo que ella iba a limpiar allí los martes y los jueves, y que el señor Chacón era muy ordenado y muy cuidadoso, y que hiciéramos el favor

de no tocar nada, y nos dejó en el salón y dijo que esperásemos allí.

Había una pantalla de televisión muy grande, y un montón de estanterías que estaban llenas de deuvedés con partidos de fútbol. Camuñas cogió uno.

—Real Madrid-Inter de Milán, 1986. ¿Para qué quiere un partido tan antiguo? —preguntó Tomeo.

—Pues para dormir a los árbitros y que bajemos a segunda —dije yo—. ¡Y yo qué sé! Dejaos de tonterías y vamos a buscar algo que nos sirva.

—La señora simpática ha dicho que no toquemos nada —dijo Angustias.

—La señora simpática no sabe que Chacón es un criminal peligroso —dije yo.

Empezamos a revolver en los cajones como locos.

—¿Qué es lo que estamos buscando exactamente? —preguntó Camuñas.

—Una pista —dije.

—Yo creía que buscábamos una prueba —dijo Torneo.

—¿Qué más da? —dije yo—. Una pista, una prueba o lo que sea.

Algo que tenga que ver con el caso.

—¿Y si cogemos las huellas dactilares? —preguntó Ocho.

—¿Para qué queremos las huellas de la casa? —preguntó Camuñas—. Aquí habrá un montón de huellas de Chacón.

—¿Y qué? Además, no vaya gastar los polvos del equipo de investigador así como así.

—Oye, habíamos dicho que el equipo de investigador era de todos —dijo Tomeo.

—Ya, pero yo decido cuándo lo usamos —dijo Camuñas—, que para eso lo ha pagado mi padre.

—Tu padre lo ha pagado, pero no lo sabe —protestó Torneo.

—Pero yo sí —dijo Camuñas. ~Hay que registrarlo todo ~dije. Buscamos por todas partes. Sin saber qué buscábamos.

Incluso salimos al pasillo y subimos a las habitaciones. La señora simpática estaba en la cocina.

Yo estaba en la habitación de arriba cuando me asomé por la ventana, y lo que vi me dejó helado.



¡Chacón estaba delante de la casa, a punto de entrar! Estaba saliendo de su coche y tocándose el bigote.

En unos pocos segundos estaría dentro, y nos pillaría y esta vez no era como lo del revisor.

Era Chacón en persona. No un cartero ni alguien que se parecía a Chacón. No. Era él. Con su bigote. Y con su gesto siempre serio.

Salí de la habitación y dije en susurros:

—Oye vieeeene.

Y ya no pude decir nada más. Porque se abrió la puerta de la casa, y apareció Chacón en persona.

Allí estaba.

—Marieta, estoy en casa —dijo.

Yo me escondí en la parte de arriba de las escaleras. La señora simpática le contestó desde la cocina.

—Muy bien, señor —dijo—. Le están esperando.

—¿Qué? —preguntó Chacón, y entró en la cocina.

Entonces pude verlos a todos: Angustias, Camuñas, Torneo y Ocho saliendo del salón de puntillas, intentando no hacer ruido y con cara de pánico.

Miraron hacia arriba y les hice gestos para que salieran a toda prisa por la puerta principal.



—Venga —dije murmurando, casi sin hacer ruido.

Se oían ruidos de la conversación entre Chacón y la señora simpática, que al parecer se llamaba Marieta, que venían de la cocina.

—Lo tengo —dijo Camuñas.

—¿Qué tienes? —le pregunté.

Camuñas tenía algo en la mano y me iba a contestar, pero en ese momento se oyeron pasos en la cocina, y mis cuatro compañeros salieron disparados… hacia el salón otra vez.

En el descansillo aparecieron Chacón y Marieta.

—¿Pero de qué niños me estás hablando? —preguntó el entrenador.

—Han dicho que eran del equipo de fútbol —dijo Marieta—. Están aquí mismito, en el salón, —y el entrenador y la señora simpática entraron al salón. Aquello iba a terminar mal, seguro.

¿Iban a pillarlos en el salón?

¿Qué haría Chacón cuando los viera? ¿Qué tenía Camuñas en la mano? ¿Qué había encontrado?

No sabía qué hacer.

Así que bajé las escaleras de la casa muy despacio.

Pensé que en cualquier momento empezaría a oír gritos, pero no fue así.

No se escuchaba apenas nada, o mis amigos seguían escondidos. O Chacón los había silenciado.

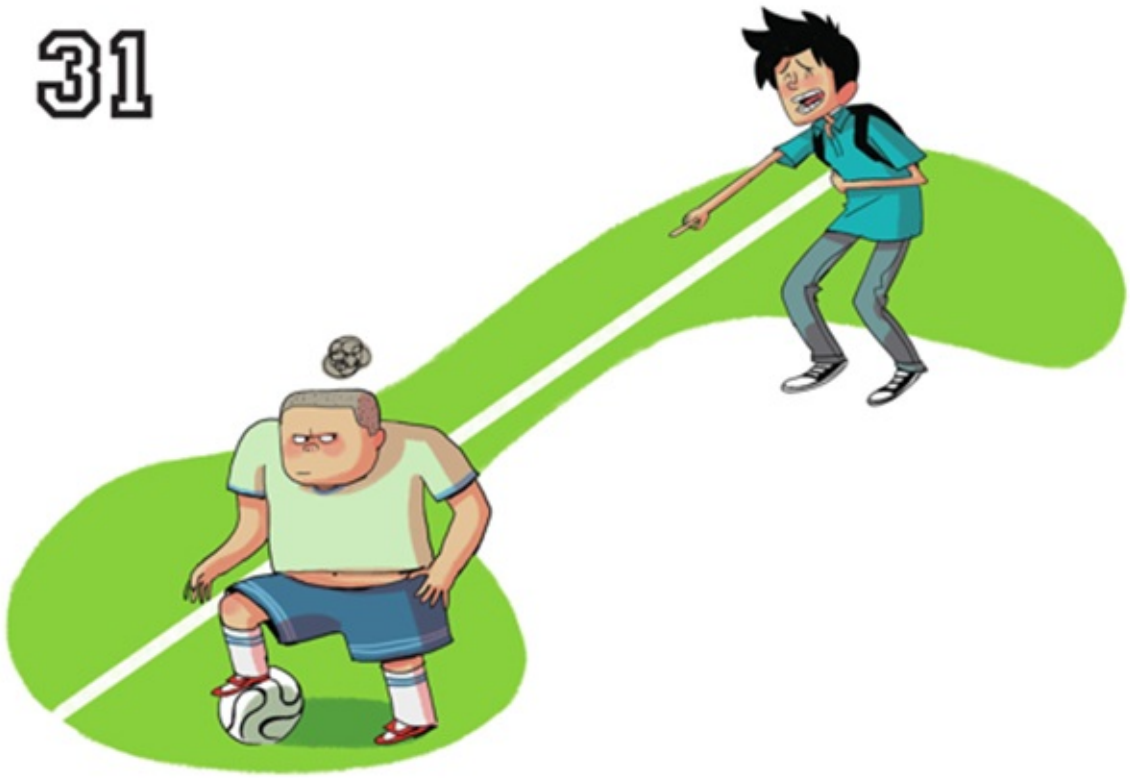
Crucé el descansillo con mucho cuidado. La puerta del salón estaba entornada.

Pude ver por la rendija a Chacón, que hacía aspavientos.

La verdad es que el salón había quedado muy desordenado después de nuestro registro.

Pero no había ni rastro de mis amigos.

Sin pensarlo más, salí de allí por la puerta, y la cerré intentando que no hiciera ruido. Al pisar la calle, respiré hondo.



Esto es lo que pasó en el campo del Islantilla, al mismo tiempo que nosotros estábamos en casa de Chacón.

A los cinco minutos, ya los habían descubierto.

Y todo, por culpa de Toni.

En cuanto entraron al polideportivo de Robledo, en lugar de intentar no llamar la atención, Toni se fue directo hacia el campo, donde estaban entrenando, y se puso a reírse del número 4 del Islantilla.

—Cuatro, gordo, menudo sombrero te hice el otro día —dijo.

El numero 4 miró un instante hacia donde estaba Toni, pero no le hizo ni caso y siguió jugando.

A los pocos segundos, el 4 le hizo una entrada al suplente de su equipo.

Toni se echó a reír.

—¡Será zoquete! —dijo.

Al que no le hizo nada de gracia aquello fue al padre del número 4 del lslantilla, que estaba allí, en la grada, y que además era uno de los que casi se pegan con el padre de Camuñas el día del partido.

—Tú, chaval, ¿se puede saber qué haces aquí? —le preguntó aquel hombre a Toni.

—Este es un país libre —dijo Toni, que siempre tiene respuesta para todo, aunque sea para decir tonterías.

Pero el hombre se fue a por Toni.

—Te voy a dar yo libertad, hombre —dijo el hombre. Intentó agarrarle por el cogote, pero Toni se escabulló.

El número 4 le dijo a su padre que no montara un follón en el entrenamiento, y el padre le dijo que solo quería defenderle.

Y el entrenador Chacón le gritó y le dijo que se fuera de allí, y se montó un lío tremendo.

Así que nadie se dio cuenta de que Helena, Marilyn y Anita habían entrado en el despacho del entrenador, dentro del vestuario del lslantilla.

Según Toni, era un plan premeditado.

Él los distraía fuera, y ellas entraban en el despacho.

Pero yo creo que no.

Yo creo que Toni se puso a hacer el idiota con el número 4 porque no puede evitarlo.

Es su carácter.

Como el escorpión.

Se cree que es el más gracioso del mundo, y el mejor jugador, y el más listo.

Eso es lo que él se cree.

El caso es que, por una vez, la cosa le salió más o menos bien. Y las chicas se metieron en el despacho del entrenador, y lo registraron todo.

Y también encontraron una cosa. Que no era una prueba.

Pero que era una pista importante.

A ellas no estuvieron a punto de pillarlas, porque fueron más rápidas que nosotros.

Y se fueron de allí enseguida con lo que habían encontrado. Por culpa del lío que se había montado, el entrenamiento se suspendió por aquel día.

Y Chacón se marchó a su casa, y fue cuando casi nos pilla y pasó todo lo que ya he contado.





Tiene tres mensajes nuevos. Mensaje número uno.

Chacón, soy yo, tu amigo Jerónimo Llorente, que eres más pesado que… Bueno, que a ver si contestas las llamadas al móvil o al fijo o las que te dé la gana… y que a ver sí nos vemos, que estoy un poco preocupado ya con este tema de los árbitros. ¿No crees que se ha salido un poco de madre la cosa? Esto no es lo que habíamos hablado… ¿Te acercas mañana por el despacho y lo hablamos? Abrazos, campeón. Píiiii.

Mensaje número dos.

Chacón… ¿Estás ahí…? Coge el teléfono. ¿Chacón? ¡Contesta ahora mismo! Bueno, ya no te vuelvo a llamar… Ah, que soy yo, Laura… Laurita… Chacón, devuélveme las llamadas, que la tenemos, por las buenas te lo digo. Piiiíií.

Mensaje número tres.

¿Chacón? Me estoy empezando a enfadar… Contéstame de una vez. Ah, que soy Laura. Piiiií.

Los nueve nos quedamos mirando el aparato con los ojos muy abiertos.

—¿Habéis robado el contestador automático del despacho de Chacón? —preguntó Camuñas, alucinado.

—Sí —dijo Helena.

Estábamos en el tren de vuelta, y Marilyn sostenía el contestador automático como si fuera un tesoro.

—Escuchamos los mensajes y pensamos que eran importantes para la investigación —dijo Marilyn.

Desde luego podían ser muy importantes.

—¿Y vosotros qué habéis encontrado? —preguntó Toni.

Ocho contó que nosotros nos habíamos metido en casa del entrenador y que todo había sido muy emocionante, y que ellos cuatro se habían tenido que escapar por la ventana, y que pensaban que a mí me habían pillado, pero que luego me vieron salir por la puerta y entonces se dieron cuenta de que, por suerte, todos habíamos escapado, aunque fuera por los pelos.

—Por los pelos —repitió Ocho.

—Ya, ya, muy bonito —dijo Toni—, pero ¿habéis encontrado algo?

—Pues sí —dijo Camuñas, y sacó de la mochila un bote.

—¿Qué es esto? —preguntó Marilyn.

—Lee lo que pone aquí —dijo Camuñas.

Toni se acercó al bote y leyó:

—«Pastillas para dormir».



—¿Y…? —preguntó Helena.

—Pues está clarísimo —dijo Tomeo—. El principal sospechoso de dormir a los árbitros tiene un bote enorme de pastillas para dormir en su casa.

—Pues muy bien, hombre —dijo Toni—. Hay un millón de personas que tienen pastillas para dormir como estas. Eso no significa nada, y además, si les hubiera dormido con las pastillas, eso habría salido luego en los análisis.

Así dicho, tenía sentido.

—Pues anda que vosotros —se defendió Camuñas—. Habéis robado un contestador automático con mensajes de un amigo suyo y de una señora que está un poco histérica…

~No hables así de la señora de los mensajes —dijo Anita.

—¿Porqué?

—Pues porque no está bien hablar así de la gente —dijo ella.

—Venga, vale, ¿y qué más? —preguntó Camuñas.

Todos miramos a Anita.

—No me miréis así —dijo ella.

—Si no te miramos de ninguna manera —dijo Angustias.

—¡Está bien! ¡La señora de los mensajes es mi madre! —dijo Anita.

¿¿QUÉ??

—Pero…

—¿Tu madre y el entrenador Chacón son amigos? —preguntó Torneo.

—¡No tengo ni idea! —protestó ella.

Helena y Toni se miraron alucinados.

—No nos habías dicho nada —dijo Helena.

—Porque me daba vergüenza —dijo Anita, que parecía muy alterada.

—A lo mejor son novios —dijo Marilyn.

—¡No vuelvas a decir eso! —saltó Anita, y se fue a por Marilyn.

¡Mi madre nunca ha engañado a mi padre, para que te enteres!

Entre Tomeo y Camuñas tuvieron que sujetarla.

Nunca había visto tan enfadada a Anita.

—A ver, a ver, un momento —dije yo—. Ya lo tengo: la madre de Anita y Chacón no son novios.

—Eso es lo que yo digo —dijo Anita.

—Tu madre es ahora la presidenta de la asociación de madres y padres de alumnos de nuestro colegio, ¿verdad? —pregunté yo.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo Anita.

—Pues está clarísimo —dije yo poniéndome en pie.

—¿El qué? —preguntó Tomeo.

—Pues que lo de los árbitros dormidos lo han organizado el entrenador Chacón, el presidente de la Liga Intercentros, Jerónimo Llorente, y la presidenta de la asociación de madres y padres de nuestro colegio, o sea, la madre de Anita —dije yo, que de pronto lo veía todo clarísimo.

—Es una conspiración a varios niveles —dijo Camuñas, dándome la razón entusiasmado.

—¿Puedes explicarte, por favor? —preguntó Helena.

—Eso, ¿puedes explicarte? —preguntó Camuñas.

—Yo no sé si quiero oírlo —dijo Angustias y entonces les conté mi teoría.

Lo importante era encontrar el motivo. Los tres tenían buenas razones para querer que nuestro equipo bajara a segunda. El entrenador Chacón, por una razón obvia, porque si nosotros bajábamos, su equipo se salvaba. El presidente de la Liga Intercentros era amigo de Chacón y, además, el Islantilla siempre había sido un equipo importante de la liga y eran los que más aficionados tenían, y seguro que prefería que bajásemos nosotros. Y por último, la madre de Anita era la que había propuesto que sí bajábamos a segunda división, nuestro equipo desaparecería y harían otra actividad en el colegio.

Los tres estaban unidos por una misma razón: querían que perdiésemos.

—Y por eso han tramado lo de los árbitros dormidos, para así conseguir que nos perjudicasen los arbitrajes y que perdamos —dije—. Y además tenemos pruebas: Hadu vio entrar a Chacón en el descanso del primer partido en el vestuario del árbitro. ¡Todo encaja!

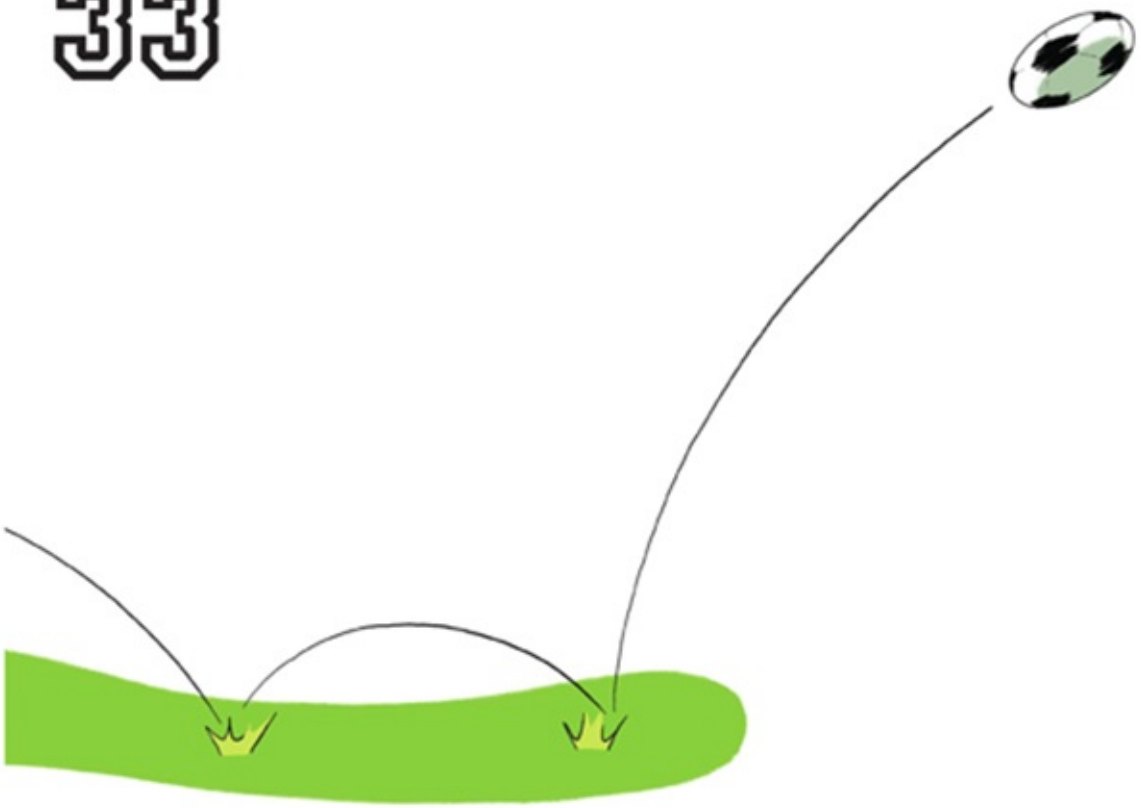
¡¡¡Chacón y Llorente y la madre de Anita lo habían organizado todo!!!

—¿Pero cómo han dormido a los árbitros? —preguntó Marilyn.

—Eso todavía no lo sé —dije.

Camuñas enseñó su bote de pastillas para dormir. Pero eso era demasiado fácil. Tenía que ser otra cosa, y fuera lo que fuera, teníamos que averiguarlo.

33



Era nuestro segundo viaje de investigación en la misma semana.

El sábado teníamos el partido definitivo, donde nos jugábamos todo.

Y estábamos entrenando todos los días con Alicia y Felipe, y también con mi madre.

Pero aparte de eso, estábamos avanzando en la investigación de los árbitros dormidos.

Éramos los únicos que podíamos resolver aquello. Parecía que al resto del mundo le daba igual.

Anita había prometido que, de momento, no le contaría nada a su madre.

No le hacía mucha gracia que su madre estuviera metida en la conspiración de los árbitros dormidos. Pero yo creo que prefería eso a que

fuera novia de Chacón. Eso le parecía más horrible. Así que no le diría nada de lo que habíamos averiguado.

En este nuevo viaje, fuimos al epicentro de la conspiración. A la sede de la Liga Intercentros.

En Collado Pequeño.

Allí se tramaba todo lo que tenía que ver con los partidos y los árbitros. Y allí tenía que haber un montón de pruebas.

Yo le había vuelto a mentir a mi madre para escaparme.

Le dije que estaba estudiando matemáticas en casa de Camuñas. Y él dijo que estaba en mi casa, claro.

Durante ese viaje en tren, Helena se sentó conmigo. Yo no dije nada.

Cuando subimos al cercanías, yo me senté al lado de la ventanilla, y ella vino y, en vez de sentarse con Toni, se puso a mi lado y empezó a hablar como si tal cosa sobre la investigación y sobre todo lo que estaba pasando.

—Entonces, ¿tú crees que es una gran conspiración para acabar con nosotros? —me preguntó Helena.

—Eso parece —dije.

—Qué emocionante —dijo ella—. ¿Y tú crees que lo conseguirán?

—No lo sé —dije yo.

—No creo —dijo ella—, porque nosotros tenemos algo que los demás no tienen.

—¿El qué? —pregunté muy interesado.

Vi en el asiento de atrás a Toni, que no me quitaba ojo.

—Pues… el pacto de los Futbolísimos —dijo ella—. Nadie puede acabar con nosotros. Lo hemos prometido.

En ese momento pensé que le prometería cualquier cosa que ella quisiera.

Me sentía muy bien con Helena.

—¿Te puedo contar un secreto, Pakete? —me preguntó entonces.



—Claro, me puedes contar lo que quieras —contesté yo.

—Es que me da un poco de vergüenza —dijo—. Verás… resulta que… bueno, no es lo que parece, pero…

—¿Pero qué? —pregunté yo.

—Pues que… Toni y yo… o sea, que nos hemos besado —dijo.

Y lo dijo así sin más.

Toni y ella se habían besado. Pues muy bien.

¿Y por qué me lo contaba a mí? ¿Por qué?

—¿Sabes por qué te lo cuento a ti? —me preguntó, como sí me estuviera leyendo la mente.

—No tengo ni idea —dije.

Yo me había quedado petrificado en el asiento.

—Pues porque eres mi mejor amigo, y a tú te lo puedo contar todo —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Pues claro —dijo Helena—. Quiero que seamos los mejores amigos toda la vida.

—Qué bien —dije yo. «Los mejores amigos».

Y mientras tanto, andaba por ahí dándole besos a Toni. Estupendo.

Fenomenal.

No estaba enfadado.

Por mí, podía besar a quien le diera la gana.

Aunque Toni fuera un idiota y nos hubiéramos reído de él un millón de veces.

Al fin y al cabo, ¿a mí qué me importa?

—¿¿¿Pero cómo puedes haber besado a Toni??? —pregunté.

—¿Te molesta? —dijo ella.

—No, no, no —contesté yo—. Puedes besar a quien tú quieras, ¿pero a Toni?

Y ya no pudimos seguir hablando, porque el tren llegó a Collado Pequeño.

Tenía que olvidarme de Helena y Toni, y todo eso. Había un plan.

Y teníamos que descubrir qué estaba pasando con Llorente y los árbitros.

Pero el plan se fue a la porra en cuanto llegamos a la sede de la Liga Intercentros.

Porque allí estaba… Alicia.

Nuestra entrenadora.

Y estaba haciendo algo que no podíamos imaginar. Se estaba besando con alguien.



—¿Habéis visto eso? —preguntó Camuñas con los ojos muy abiertos.

—Habría que estar ciego para no verlo —respondió Tomeo. Alicia estaba en la puerta de la Liga Intercentros. Besándose con…

Jerónimo Llorente.

Y no era un beso de amigos.

Se estaban besando en la boca. Como se besan los novios. ¿Qué les pasaba a las chicas?

¿Por qué todas besaban a la persona equivocada?

—Es un beso muy largo —dijo Anita.

—¿Tú crees que Felipe sabe esto? —preguntó Marilyn.

Alicia y Llorente por fin dejaron de besarse y se fueron juntos de la mano.

—¿Les seguimos? —preguntó Torneo.

—Pues claro —dijo Toni.

—A lo mejor Alicia también está metida en la conspiración —dijo Camuñas.

—¿Cómo va a estar Alicia metida? —dijo Ocho—. Si el equipo desaparece, ella se queda sin trabajo.

—Nunca se sabe —dijo Camuñas.

Estuvimos siguiendo a Alicia y Llorente por las calles de Collado Pequeño.

Hasta que entraron en un parque y se sentaron en un banco.

—Como empiecen a besarse otra vez, yo me voy. Me pongo malo —dijo Angustias…

—¿Has traído el equipo de escucha? —le pregunté a Camuñas.

—Pues claro —dijo él—. Lo llevo en la mochila con las demás cosas.

—¿Vamos a espiar la conversación? —preguntó Marilyn, muy animada.



Preparamos el equipo de escucha y mandamos a uno del grupo cerca de donde ellos estaban para que colocara el aparato.

—Debería ir el más pequeño, para que no le vean —dijo Camuñas y todos miramos a Ocho.

—Está bien —dijo—, pero si me pillan, lo pienso contar todo. Yo no sé resistirme a los interrogatorios.

—Venga, nadie te va a pillar —dijo Helena.

Los demás nos colocamos a bastante distancia, detrás de una zona de juego infantil.

Y Ocho se acercó por detrás de los arbustos con el aparato receptor.

Iba arrastrándose por el césped, y parecía que tardaba una eternidad.

—A este paso, cuando llegue ya se habrán ido —dijo Marilyn y tenía razón.

Alicia y Llorente estaban sentados en el banco, hablando, y mientras, Ocho se arrastraba lentamente.

Hasta que por fin llegó detrás de ellos.

Le dio al interruptor.

Soltó el aparato junto al banco y salió corriendo de allí.

Entonces pudimos oír lo que estaban hablando.

—No… no… no puedo —dijo Alicia, y luego se escucharon unas interferencias.

—Ella no quiere unirse a la conspiración —dijo Marilyn. De pronto volvió a escucharse:

—Te ofrezco todo lo que tengo —dijo él.

—Ya, ya, pero… —dijo Alicia.

Y otra vez se cortó.

—Está clarísimo: Llorente es el jefe y quiere que ella se una a la banda —insistió Marilyn.

—¿Y los besos? —preguntó Anita.

Nadie tuvo respuesta para eso.

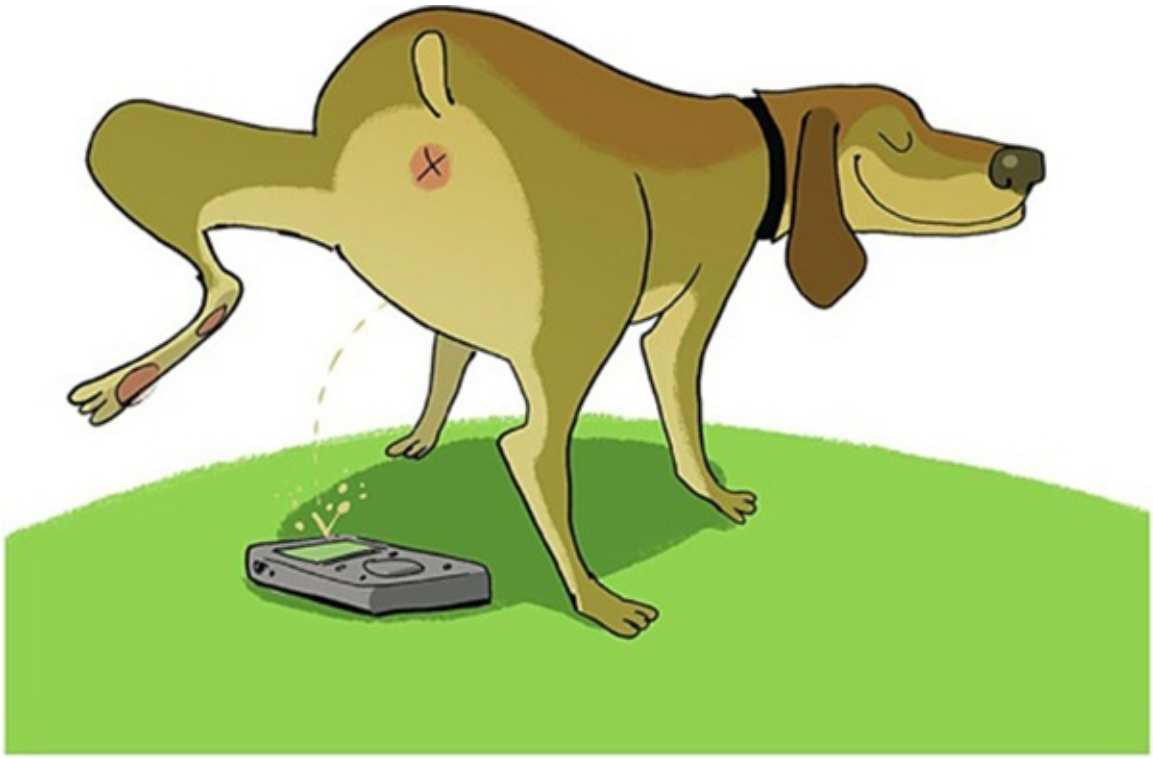
De nuevo llegaron sus voces.

—Tienes hasta el sábado —dijo él—. Si no tengo una respuesta, entenderé que es un no…

Y hasta ahí pudimos escuchar.

Porque después pasó una cosa que no estaba prevista.

Un perro que estaba jugando en el parque se acercó al aparato receptor de escucha. Lo olisqueó… y después se puso a hacer pis encima.



—No, no, no —protestó Camuñas, pero ya era demasiado tarde. El perro se quedó bien a gusto.

Y lo único que se oía era un chorro de pis cayendo y luego, ya nada.

Son gajes del oficio. Un investigador tiene que estar preparado para todo.

Al menos habíamos oído lo del sábado. Llorente le había dado un ultimátum a Alicia.

El sábado era el día de nuestro partido definitivo contra el Santo Ángel.

Todo encajaba.

Sí no fuera por un detalle: los dichosos besos.



El día antes del partido pasaron cosas muy, muy extrañas. La más extraña de todas fue la primera.

Porque, atención: ¡aprobé matemáticas!

Lo voy a repetir porque seguramente no todo el mundo se lo crea.

Yo, Francisco García Casas, había aprobado matemáticas. Con tanto hablar de la probabilidad que teníamos de salvarnos, y de meter goles y de no bajar de categoría, al final me habían acabado gustando las matemáticas. Bueno, tampoco hay que exagerar… No es que me gusten como el fútbol y eso. Simplemente, ya no me parecen tan horribles.

Al Tábano le sorprendió mucho que hiciera tantas preguntas en clase sobre la probabilidad, y dijo que le agradaba que hubiera puesto en práctica lo que estudiábamos.

—Me agrada —dijo, y al final me puso un cinco raspado.

Lo que importaba era que no iba a tener que pasar el verano estudiando matemáticas.

Algo es algo.

Ahora solo faltaba descubrir el misterio de los árbitros dormidos y ganar el último partido de liga.

Después del entrenamiento, nos quedamos a solas con Felipe. Estábamos Camuñas, Toni, Helena, y yo, y al final también estaba Angustias, porque siempre tarda muchísimo en ducharse. Y aunque habíamos dicho que era mejor que solo nos quedáramos nosotros cuatro para no agobiar a Felipe, pues Angustias también estaba.

—Felipe, tenemos que contarte una cosa —dijo Helena.

—Muy bien, pues venga, rapidito, que tengo prisa —dijo él.

Felipe nos miró, pero ninguno se atrevía a empezar. Estuvimos unos segundos en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Felipe—. ¿Es que os ha comido la lengua el gato?

Toni miró a Helena, yo miré a Camuñas, Camuñas miró a Angustias… y al final todos me acabaron mirando a mí.

—Felipe, creemos que hemos encontrado a los culpables del misterio de los árbitros dormidos —dije yo.

—¿Qué? —dijo él—. No sabía que había un misterio.

—Bueno, el caso es que hemos investigado el asunto —dijo Camuñas—, y sabemos quién está detrás de todo. Díselo, Pakete.

—¿Por qué yo? —protesté.

—Porque tú eres el que se ha empeñado en investigar —dijo Toni.

—Eso es verdad —añadió Angustias.

—Bueno. ¿Me lo vais a decir de una vez o qué? —preguntó Felipe.

—Muy bien, ya está bien de tonterías —dijo Helena—. Esa persona… es… Alicia.

Felipe se quedó callado un instante.

—¿Cómo Alicia? ¿Alicia-Alicia? —preguntó.

—Es un poco complicado —dijo Camuñas.

—Sí —dije yo—. Hay una conspiración para dormir a los árbitros, y hay muchos implicados y ramificaciones, como en un gran caso de espionaje…

—Pero lo importante es que Alicia está metida en el lío —dijo Helena.

—Ayer la vimos con Jerónimo Llorente, y como él y Chacón están compinchados… pues está claro que Alicia también lo está —remató Camuñas.

—No sé de qué estáis hablando —dijo Felipe—. ¿Qué conspiración? ¿Qué ramificaciones? Y lo más importante: ¿Alicia y Jerónimo Llorente estaban juntos ayer? ¿Los visteis? ¿Qué estaban haciendo?

La cosa se estaba complicando.

Habíamos decidido contarle todo a Felipe porque es nuestro entrenador, y aunque no es de los Futbolísimos exactamente, seguro que estaba de nuestra parte.

Nosotros solo queríamos hablar de la investigación, no de los besos.

Pero claro, una cosa tenía mucho que ver con la otra.

—Da igual lo que estuvieran haciendo —dije—. El caso es que está compinchada con él y tenemos que hacer algo.

Pero a Felipe parecía que ya solo le interesaba una cosa.

—¿Cómo que da igual? —dijo Felipe—. ¿Dónde los visteis? ¿Qué hacían exactamente?

—Pues hablaban por la calle, y en un parque también —dijo Helena.

—Sí, parecía que estaban conspirando —dijo Camuñas.

—Aunque no pudimos oír todo lo que decían porque un perro se meó encima del transmisor espía —dijo Angustias.

Felipe nos miró fijamente.

—¿Y qué más?

Nos quedamos callados. Hasta que Toni dijo:

—Bueno, ya está bien de tonterías. Se estaban besando. Alicia y Jerónimo Llorente se estaban besando. No una vez ni dos, sino un montón de veces. Se besaban por la calle, en el parque y en todas partes.

Felipe se quedó paralizado al escuchar aquello.

—¿Estáis seguros? —preguntó, Todos dijimos que sí.

—¿Y fue ayer?

Todos volvimos a decir que sí.

—Ay —dijo Felipe.

Parecía que le dolía el estómago o el pecho o algo, y se dio media vuelta y se fue de allí diciendo:

—Ay, ay, ay.

—Felipe, no te vayas así. Necesitamos hacer algo —dije yo.

Pero Felipe se fue de allí, y parecía que ya no nos oía.



—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Camuñas.

—Esto cada vez tiene peor pinta. No teníamos que haberle dicho nada —dijo Angustias.

—Tienes razón —dijo Helena—. Pobrecillo, mira lo mal que se ha quedado.

—Y todo por tu culpa, Pakete —dijo Toni.

—Yo solo he dicho la verdad, y además el que le ha contado lo de los besos has sido tú, por si no te acuerdas —dije yo.

—Yo se lo he contado porque tú eres un cobarde y no te atrevías —dijo Toni, y me dio un empujón.

—Eh, eh, no peleéis —dijo Helena.

—Le voy a pegar una paliza a este mocoso —dijo Toni, y vino directo hacia mí.



Yo pensé en salir corriendo, pero luego pensé que no iba a huir de Toni ni de ningún matón nunca más.

En el último momento, Helena se puso en medio.

—No —dijo ella—. Primero, porque somos los Futbolísimos y entre nosotros no peleamos. Y segundo, porque tenemos que hacer algo y solucionar esto.

—¿Pero qué podemos hacer ahora? —preguntó Camuñas.

—¿Pues qué vamos a hacer? ¡Seguir a Felipe! —dije yo.

Me había salvado de los golpes de Toni por muy poco. Aunque sabía que las cosas no habían terminado ahí, y que Toni volvería a la carga muy pronto.



A veces, uno hace las cosas sin pensar.

Como, por ejemplo, cuando le rompí el elefante de escayola a Murillo en cuarto.

O cuando me tiré vestido a la piscina de mis tíos en Alicante. O cuando dije que teníamos que seguir a Felipe.

Lo dije sin pensar.

Tal vez así Toni se olvidaría de pegarme.

Pero el caso es que, gracias a eso, descubrimos algo muy importante.

Cuando salimos del vestuario, Felipe estaba subiendo a su coche.

Rápidamente, fuimos corriendo hacia las bicicletas para seguirle.

Yo ya he dicho que no tengo bicicleta, y que mientras en la tienda de mi madre no les dé por vender bicicletas, creo que vaya seguir así una buena temporada.

Normalmente me toca ir de paquete con Camuñas.



Ese día, también.

Me subí a la bici de Camuñas y me agarré con fuerza. Y, claro, empezó el cachondeíto.

—¡Pakete de paquete, Pakete de paquete! —gritaba Toni sin parar.

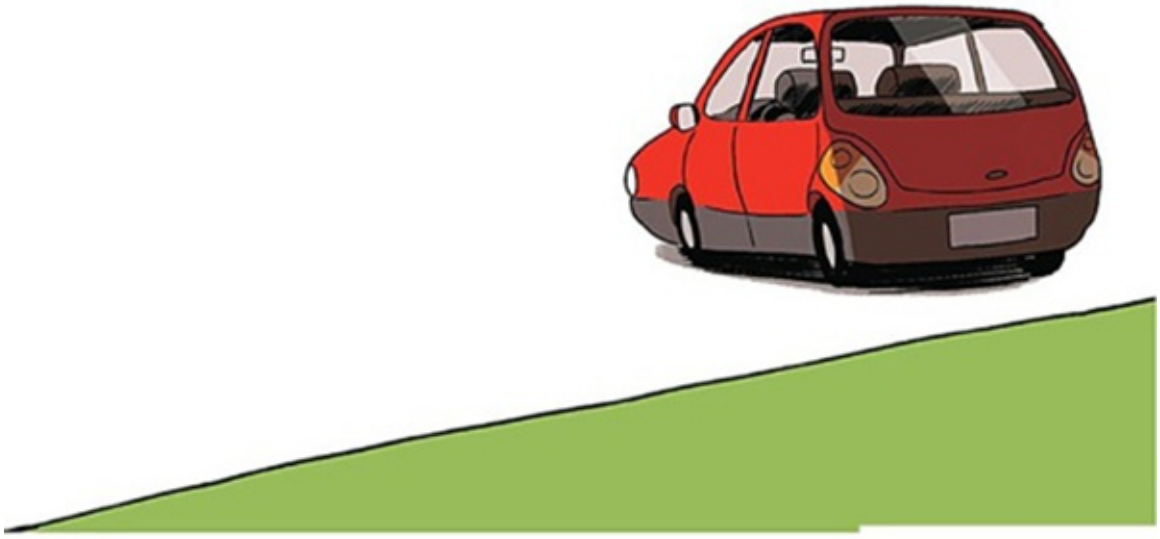
Y lo dijo como un millón de veces aproximadamente.

—¡Pakete de paquete, Pakete de paquete!

—¡Cállate, que nos van a descubrir! —dije yo.

—¡Pakete de paquete, Pakete de paquete! —respondió él.

Y se moría de risa.



Y Camuñas también empezó:

—¡Pakete de paquete!

—Pero bueno, ¿tú de parte de quién estás? —le pregunté.

—Es que es muy gracioso: ¡Pakete de paquete! —dijo él, y los demás también se rieron.

Y al final, hasta yo también me reí un poco. Hay que reconocer que tenía gracia.

Fuimos por varios calles detrás de Felipe. Como Sevilla la Chica está llena de pasos de peatones y de chinchetas en el suelo para que los coches no corran mucho, pues pudimos seguirle sin muchos problemas.

—Tened cuidado, no nos vaya a atropellar un coche —dijo Angustias.

—Que sí, que sí —dijo Toni.

Por lo menos, gracias a Angustias se olvidaron un rato de mí. Le seguimos hasta el bar de la plaza.

Felipe aparcó en la puerta, y nosotros dimos la vuelta para que no nos viera, y aparcamos las bicis justo al otro lado de la plaza.

—Uf, ya no podía más —dijo Camuñas.

—Si quieres, luego conduzco yo y tú vas detrás —dije.

—Lo siento, pero nunca le dejo la bici a nadie. No es algo personal, es que no me gusta que me muevan el sillín o el manillar o lo que sea —dijo Camuñas muy serio—. Si no te importa, es mejor que luego vuelvas andando.

Miré a Angustias, que apartó la vista, y pensé que tampoco estábamos tan lejos y que si tenía que volver andando, no pasaba nada.

Desde nuestro lado de la plaza, vimos que Felipe entraba al bar y a los pocos segundos volvía a salir… con Alicia.

Yo pensé que iban a tener una pelea terrible.

Que Felipe empezaría a gritar. Y que Alicia lloraría, como en los culebrones.

Y que nunca volverían a hablarse.

Y que todo el mundo les diría que era una pena que acabaran así.

Pero en lugar de eso, lo que ocurrió fue justo lo contrario. Alicia y Felipe salieron del bar…

Y SE DIERON UN BESO EN MEDIO DE LA PLAZA. Y después se dieron otro beso.

Y se abrazaron.

—Qué bonito —dijo Helena.

Yo no entendía nada, y creo que los demás tampoco.

Esto de los besos es muy complicado.

¿Felipe se acababa de enterar de que Alicia había besado a Llorente el día anterior y, en lugar de enfadarse… se abrazaba y se besaba con ella?

¿Alguien me lo puede explicar?

—No entiendo ni jota —dije.

—Eso es porque tú nunca has besado a una chica —dijo Toni, y todos se empezaron a reír.

Ya estaba cansándome de tantas risitas.

—¿Y tú de qué te ríes? —le pregunté a Camuñas.

—No sé —dijo.

Y siguió riéndose.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunté.

—Yo me voy, que todo esto es muy raro —dijo Angustias.

—A lo mejor Felipe también está metido en la conspiración de los árbitros —dijo Toni.

—¿Cómo va a estar metido Felipe? —preguntó Helena—. Que le dé un beso a Alicia no significa nada.

Yo creí que cuando le contáramos las cosas a Felipe, todo se iba a arreglar.

Que él nos iba a ayudar a solucionar todo. Es un adulto, y también, nuestro entrenador.

Pero en lugar de eso, lo único que le preocupaba, por lo visto, era besar a Alicia.

Aquello empezaba a parecer una competición de besos.



Y así no había forma de resolver ningún misterio. El partido era al día siguiente.

Y la situación era esta: nuestros dos entrenadores estaban sancionados, y encima a lo mejor estaban metidos en la conspiración para dormir a los árbitros, y para colmo estaban venga a besarse como si fuera lo único que les importara en el mundo.



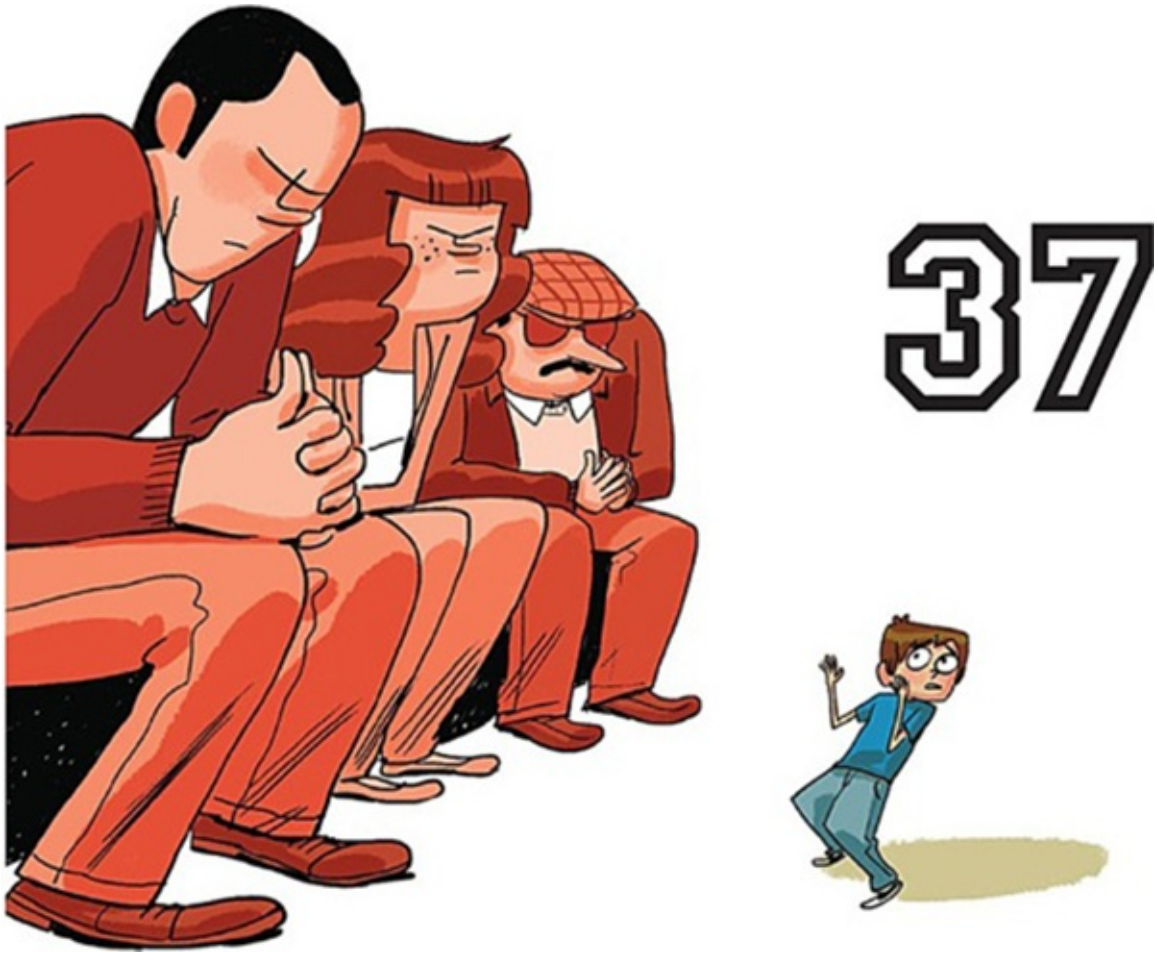
Luego estaba mi madre, que nunca había sido entrenadora, pero que se iba a sentar en el banquillo y era la que nos iba a dar las órdenes.

Y encima no habíamos resuelto el tema de los árbitros, y podía pasar cualquier cosa en el partido.

Parecía que las cosas no podían ponerse peor. Pero sí podían.

Al volver a mi casa, mis padres me estaban esperando con cara de enfado.

Y a su lado estaba el entrenador Chacón.



Diego Armando Maradona es uno de los mejores futbolistas de la historia. Según algunos, el mejor de todos.

Al final de su carrera, sin embargo, le acusaron de haber hecho muchas cosas ilegales.

De haber tomado drogas.

De haber amañado partidos. De haberse dopado.

Cuando todo este escándalo salió al aire, Maradona no dijo que fuera verdad ni que fuera mentira.

Simplemente dijo:

—Es una acusación muy grave. —Y no dijo nada más.

Yo estaba en el salón de casa, y tenía delante a mis padres, y a su lado estaba el entrenador Chacón.

Los tres me miraban como si yo fuera un criminal.

—El señor Chacón dice que os colasteis en su casa, Francisco —dijo mi padre.

—Entrasteís sin permiso en su casa —dijo mi madre.

Y volvieron a mirarme los tres muy fijamente. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿Confesar todo?

¿Pedir perdón?

El entrenador Chacón era nuestro enemigo, y además, teníamos pruebas en su contra:

El bote con las pastillas para dormir.

Y, lo que era más importante, el contestador automático de Llorente con su mensaje de voz.

Le miré de arriba abajo.

Y luego miré a mis padres. Y dije lo único que podía decir en un caso así.

—Es una acusación muy grave.

Eso fue lo que dije.

Mi padre meneó la cabeza. Chacón suspiró y dijo:

—Alguien tiene que enseñarte modales.

—Discúlpeme, señor Chacón, pero yo enseño modales a mi hijo —dijo mi madre—. Aquí de lo que se trata es de saber si se ha metido en su casa o no.

—La chica que viene a limpiar les dejó entrar porque dijeron que eran de mi equipo de fútbol —dijo Chacón.

—Mentira —dije yo—. Nosotros solo dijimos que éramos «del equipo de fútbol», sin especificar de cuál. Ella nos dejó pasar porque quiso. Así que técnicamente no nos colamos en su casa, sino que nos invitaron a entrar…



Nada más terminar, me di cuenta de que acababa de confesar.

Mi padre me miró con los ojos muy abiertos.

—Francisco, no esperaba esto de ti.

—Ni yo tampoco —dijo mi madre.

—Si me permites una sugerencia, Emilio, este chico necesita un castigo ejemplar —dijo Chacón—. Pensaba denunciarlos a la policía a él y a sus amiguitos, pero dado que tú mismo eres un agente de la autoridad, creo que es mejor que esto quede entre nosotros.

—Esta vez te has pasado, Francisco —añadió mi madre. A lo mejor tenía razón.

Meternos a registrar la casa de Chacón no había estado bien, pero era la única forma de averiguar algo.

Mi padre se quedó callado.

Chacón se rascó la nariz y dijo:

—Creo que el único castigo que entenderían estos chiquillos es prohibirles jugar el partido de mañana.

En ese momento, sentí que la tierra me tragaba. ¡Castigarnos sin jugar el último partido de liga!

—¡Lo que quiere es que no juguemos mañana el partido para que descendamos nosotros en vez de ellos! —proteste.

—Francisco, haz el favor de callarte, que bastante has hecho ya —dijo mi madre.

—Pero es que… —intenté decir.

—Ni pero ni pero —dijo ella.

Entonces mi padre dio un paso al frente. Yo creo que nunca le había visto tan serio en toda mi vida.

—A ver si lo entiendo bien —dijo—. Entrasteis en casa de Chacón haciendo creer a la chica de la limpieza que erais del equipo del Islantilla. Una vez dentro, revolvisteis toda la casa, y luego, cuando llegó el señor Chacón, salisteis corriendo.

—Más o menos —dije yo—. Primero Camuñas, Angustias, Torneo y Ocho se escaparon por la ventana. Y luego yo estaba registrando el piso de arriba y salí huyendo por la puerta aprovechando que entraron al salón.

—¿¡Y se puede saber por qué hicisteis todo eso!? —preguntó mi padre—. ¿¡Es que os habéis vuelto locos!?

Pensé que había llegado el momento de decir la verdad y nada más que la verdad.

Así que les conté todo lo que habíamos averiguado.

Lo que nos había contado Radu sobre el descanso del partido. Los mensajes de Laura y de Llorente en el contestador.

Las pastillas de dormir en casa de Chacón.

Los besos de Alicia.

Los besos de Felipe.

Los besos de Llorente.

—Lo de los besos aún no sabemos muy bien qué significa —dije yo—, pero está claro que se trata de una gran conspiración para que perdamos los partidos y bajemos a segunda y el equipo desaparezca, y que el Islantilla no baje, y el Santo Ángel gane la Liga, y la asociación de madres y padres de alumnos haga un grupo de guitarra, y muchas más cosas que aún no sabemos.

Pensé que después de aquello, mi padre iba a detener a Chacón y le iba a interrogar.

Pero en lugar de eso, pasó una cosa que no me esperaba. Chacón empezó a reírse.

Y venga a reírse.

—Emilio, perdona, pero me tengo que ir —dijo Chacón.

—Papá, ¿vas a dejar que se vaya así como así? —pregunté, y Chacón volvió a reírse más y más, y no paró de reírse hasta que se fue a la calle.

Cuando nos quedamos solos, mi madre y mi padre hablaron un momento entre ellos.

Después me miraron muy serios, y mi padre dijo:

—Francisco, estás castigado. Mañana no vas a jugar el partido.

—¿¿¿Qué???



El sábado por la mañana, me levanté de la cama y apoyé el pie derecho en el suelo en primer lugar.

Después le eché tres cucharadas de cereales a la leche. A continuación, me bebí el cola-cao en siete sorbos, y por último, toqué con las manos todos los muebles de la casa.

Solo que ese día no era día de partido. Al menos para mí.

Estaba castigado.

Pero aun así, hice todo aquello.

No sé por qué, pero lo hice.

Mi madre me dijo que la acompañara al partido.

—Y si yo no juego, ¿a quién vas a poner? —pregunté.

—Ya veremos —dijo ella—. Tenemos dos suplentes, así que lo hablaré con Alicia y Felipe y tomaremos la mejor decisión para el equipo.

Mi madre y yo subimos al coche y fuimos al campo. Una vez allí, vi algo que no había visto nunca.

El campo de fútbol del Soto Alto estaba lleno. Totalmente lleno.

No cabía ni un alfiler.

Había gente sentada en las gradas. Y mucha otra gente de pie, apoyada en las vallas, e incluso fuera del campo.

Había venido muchísima gente del pueblo.

Y también habían venido muchos hinchas del Santo Ángel, que se jugaba la liga.

Y lo más increíble:

Había por lo menos una docena de periodistas. Yo creo que era un récord mundial.

¡Una docena de periodistas en un partido infantil de la Liga Intercentros!

Estaba claro que todo lo de los árbitros dormidos había llamado mucho la atención.

Al bajar del coche, miré las gradas y vi a toda aquella gente. Gritando.

Con banderas.

Por si eso fuera poco, además habían colocado un enorme videomarcador detrás de una de las porterías.

Lo habían traído solo para este partido.



Por lo visto, lo habían pagado los comerciantes de Sevilla la Chica.

Decían que un partido como este necesitaba un patrocinador. Así que colocaron el videomarcador en el campo y además del resultado del partido, iban a poner publicidad de los comercios y las tiendas del pueblo.

Viendo aquello, la gente, las banderas, el videomarcador… Viendo todo eso, solo pude pensar una cosa:

Yo no podía jugar.

Al entrar en el vestuario del equipo, me crucé con Helena.

—Anoche te mandé un mensaje —dijo ella.

—Anoche no pude ver mensajes, ni llamar por teléfono, ni ver la tele, ni hacer nada de nada —dije.

—¿Y eso por qué? —me preguntó Helena.

Mi madre apareció detrás de mí y dijo:

—Estaba castigado. Por eso.

Helena vio que mi madre estaba muy seria y decidió no preguntar más.

Dentro del vestuario estaban Felipe, Alicia y todos los demás. Mi madre les contó a Felipe y Alicia que yo estaba castigado, y después de mucho

hablar, Felipe dijo que tenían que decirnos algo.

—Venid aquí —dijo. Todos nos acercamos.

—Alicia quiere hablar con vosotros —dijo Felipe.

—En primer lugar, quiero que sepáis que no estoy enfadada porque me hayáis seguido —dijo Alicia—. En segundo lugar, han pasado muchas cosas estas últimas semanas que ahora no vienen a cuento, pero el caso es que Felipe y yo… bueno, que Felipe y yo…

—¿Sois novios o no sois novios? —preguntó Marilyn, y todos nos echamos a reír.

—¡Eso no es asunto vuestro! —dijo Felipe.

—Normal que tengan curiosidad los críos —dijo mi madre—. Si hasta yo misma también quiero saberlo…

Y otra vez, todos nos reímos.

—Bueno, sí somos novios —dijo Alicia—, pero eso es lo de menos… y además, que yo tenía muchas dudas porque Felipe no se decidía, y había otra persona que también estaba ahí, pero que ya no…

—¡Llorente! —dijo Camuñas.

—¡Toma, claro, si os besabais que parecía que os ibais a ahogar! —dijo Torneo.

Y más risas.

—No, no, no, eso no fue así exactamente —se disculpó Alicia mientras miraba a Felipe—, o sea, que hubo beso, y quizá: más de uno, no te digo yo que no, pero porque yo estaba muy perdida entonces…

—Si fue hace tres días… —dijo Toni.

—Ya, ya —dijo Alicia—, pero en tres días pueden pasar muchas cosas. Y además, que ahora está todo claro, y que lo de Llorente ya ha quedado en el pasado, y ahora Felipe y yo somos novios, aunque eso a vosotros no tiene que importaros.

—¿Cómo no nos va a importar? —dijo Marilyn—. Si últimamente estabais insoportables, que si sí, que si no…

—Eso es verdad —dijo el propio Felipe—. Ahí tienen razón. Alicia se puso un poco nerviosa.



—Bueno, pues ya pasó —dijo ella—. Asunto zanjado. Y ahora vamos a lo tercero y último, que es lo importante. Han pasado muchas cosas en estas tres últimas semanas. Hemos perdido dos partidos fundamentales. Se han dormido los árbitros. Ha habido muchas cosas raras. Pero el caso es que todo eso ya pasó. Ahora solo estamos nosotros y el Santo Ángel. Ellos se juegan la liga, y nosotros, algo muchísimo más importante…

—Bajar a segunda —dijo Ocho.

—Desaparecer como equipo —dijo Anita.

—No —dijo Alicia—. Nos jugamos que algún día, dentro de muchos años, podamos recordar que hoy jugamos como un verdadero equipo… Da igual que ganemos o perdamos… Lo único importante es que en el futuro recordemos el partido de hoy, y que podamos decir: «Jugamos como un auténtico equipo», Unidos. Sin peleas. Sin celos. Sin envidias. Sin miedos. Somos un equipo. Vamos a salir ahí fuera. Y lo vamos a demostrar. ¿Estamos?

Y puso su mano extendida en el medio, Los demás nos miramos sorprendidos, y todos pusimos la mano.

Incluso mi madre.

—¿Estamos juntos, equipo? —preguntó Alicia.

—¡Sí! —gritamos todos.

—¿Vamos a salir a jugar como un equipo?

—¡Sí!

—Pues venga —dijo ella—. Salid ahí fuera a jugar. Y haced todo lo que os diga Juana, que hoyes nuestra entrenadora.

—¡Exactamente! —dijo mi madre.

Todos se fueron hacia el campo gritando y armando mucho ruido.

Felipe me miró y me dijo:

—¿Qué haces que no te has cambiado?

—Es que estoy castigado.

—Anda, cámbiate, que aunque no juegues tenemos que estar todos Juntos.

Así que me puse corriendo la equipación y salí al campo.





La primera parte contra el Santo Ángel fue increíble.

Cuando saltamos al campo, vimos que había muchísima gente. Si sumáramos los espectadores de todos los partidos del año, probablemente no llegarían a los que habían venido hoy.

Había periodistas, había cámaras, había radios, había gente haciendo fotos y vídeos con los móviles.

Estaban todas nuestras familias.

Estaba medio pueblo.

Y, por supuesto, también estaban allí nuestros «amigos» Chacón y Jerónimo Llorente.

Estaba todo el mundo menos una persona. Mi padre.

El caso es que yo empecé el partido en el banquillo de los suplentes.

En mi lugar jugó Ocho. Que estaba muy contento.

El partido empezó y enseguida pasó una cosa íncreíble:

Jugamos muy bien. Hacíamos paredes.

Nos pasábamos el balón. Presionábamos al rival.

Estábamos jugando mejor que nunca. En equipo.

Los del Santo Ángel se miraban entre ellos como diciendo: «¿Qué está pasando aquí?».

«¿No son estos los últimos de la liga y nosotros los primeros?». Pero aquel día era el mundo al revés.

Nosotros parecíamos los primeros, y ellos, los últimos.

Empezamos dominando el partido.

Si hubiera un marcador como esos de la televisión, seguro que nosotros teníamos un porcentaje de posesión del 600/0 o más.

Y aunque ellos tuvieron alguna ocasión, los que más tirábamos a puerta éramos nosotros.



Toni había tirado dos veces muy cerca del poste.

Helena había hecho que el portero se tuviera que lucir.

Y Marilyn había estado a punto de marcar de cabeza. Hasta Ocho había rematado una vez desde fuera del área. Me habría encantado jugar.

Los periodistas hacían muchas fotos y grababan con sus cámaras de vídeo.

Pero no grababan las jugadas de los equipos. No.

Estaban todo el tiempo haciendo fotos y grabando al árbitro. Estaban mucho más pendientes de él que del partido en sí. Supongo que esperaban que en cualquier momento se quedara dormido y así tener una buena noticia que contar.

En las gradas, la gente aplaudía y gritaba sin parar. Todo iba muy bien.

Salvo por una cosa.

No habíamos conseguido meter gol, y en el fútbol, ya se sabe que de nada sirve jugar muy bien si no metes gol.

Quedaba muy poco tiempo para llegar al descanso. Torneo despejó un balón…

Con tan mala suerte que rebotó en la espalda de Angustias, y la pelota se quedó en medio de nuestra área.

Camuñas salió de la portería corriendo.

Pero no llegó a tiempo.

El número 9 del Santo Ángel avanzó dos zancadas y le dio un tremendo puntapié al balón.

Que salió disparado.

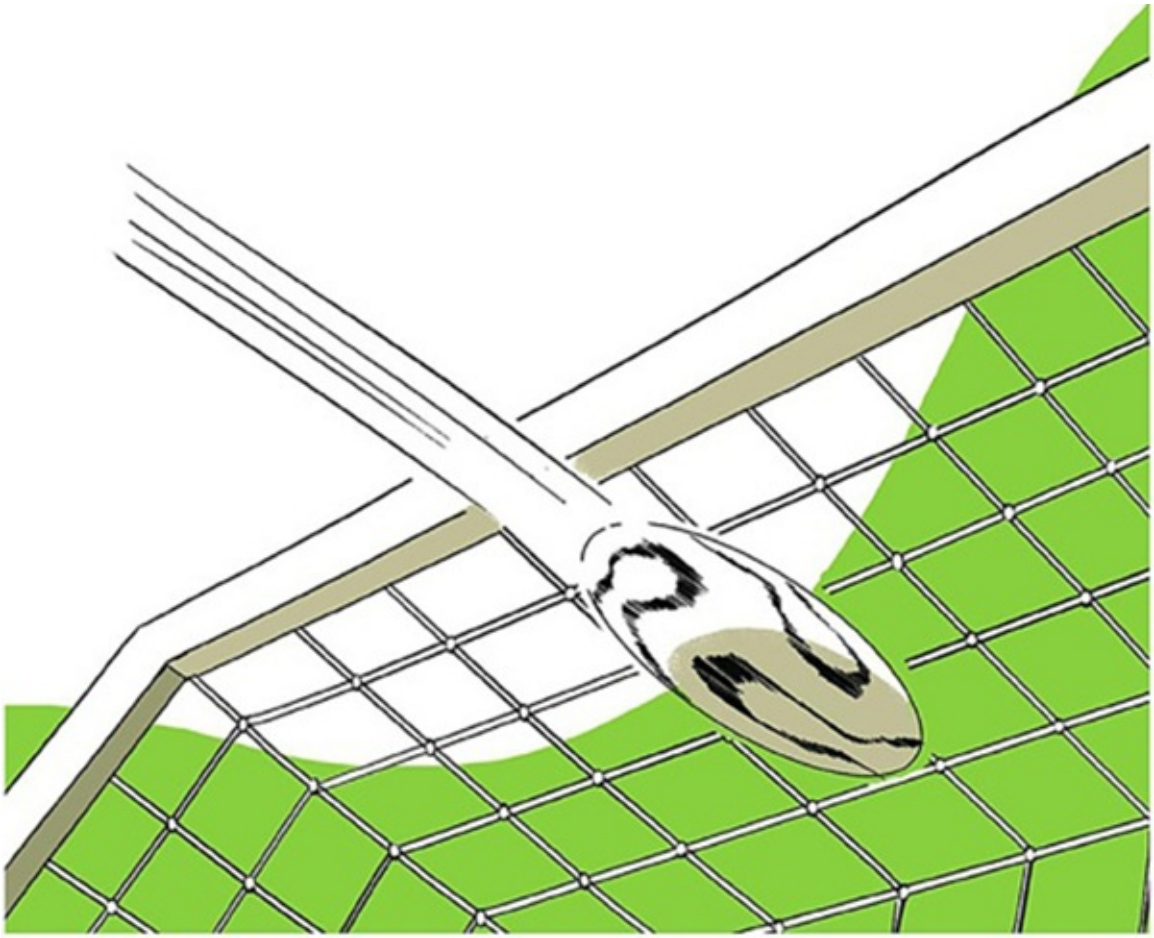
Camuñas estaba fuera de la portería y no pudo hacer nada. El balón entró por el medio de la portería y llegó hasta la red. GOOOOOOOOOOL.

Del Santo Ángel.

Solo habían tenido una oportunidad en toda la primera parte, y habían metido un gol.

Santo Ángel, 1. Soto Alto, 0.

Y así llegamos al final de la primera parte.



40



Durante el descanso, todo eran caras largas en el vestuario. Después de la primera parte tan buena, íbamos perdiendo. ¿Cómo podía ser?

Nadie decía nada.

Mi madre se rascaba la cabeza.

—¿Qué hacemos, entrenadora? —preguntó Toni.

—Ahora, ahora, estoy pensando —dijo mi madre.

—¿Puedo llorar, o quedaría muy mal? —dijo Angustias.

Entonces entraron Alicia y Felipe en el vestuario y parecía que estaban muy contentos. Venían sonriendo y todo.

—¿Estáis felices por los besos y porque sois novios o qué? —preguntó Camuñas.

—Estamos felices porque habéis jugado mejor que nunca —dijo Felipe.

—Estoy muy orgullosa —dijo Alicia.

—Ya, ya, pero vamos perdiendo —dijo Torneo, y tenía toda la razón.

—¿De qué sirve jugar bien si perdemos? —preguntó Marilyn.

—Te voy a decir de qué sirve —dijo Felipe—. Sirve para que todos vuestros familiares y amigos y todos los demás que os estén viendo digan «qué buen equipo», en lugar de «qué desastre». Sirve para que aprendamos a comportarnos como un grupo unido y que nunca se rinde. Y, sobre todo y lo más importante, sirve para que vosotros mismos os deis cuenta de que si nos ayudamos los unos a los otros, podemos conseguir cualquier cosa que nos propongamos.

Así dicho, sonaba muy bien.

Pero…

¡Íbamos perdiendo!

—Muy bien —dijo Alicia—. Ahora, los cambios.

—¿Qué cambios? —preguntó Helena.

—Pues los cambios del equipo —respondió Alicia, como si fuera lo más natural del mundo—, si a la entrenadora le parecen bien, claro.

—Por mí, perfecto —dijo mi madre, que yo creo que no sabía de qué estaba hablando.



Alicia dijo que ahora que jugábamos como un equipo, tenía más que demostrar que éramos un verdadero equipo. Y para eso, teníamos que jugar todos.

—¿Pero todos-todos? —preguntó Camuñas.

—Absolutamente todos —dijo Felipe.

—Yo no puedo, estoy castigado ~dije.

—Bueno, hemos pensado que el castigo ya ha cumplido su objetivo y que no se te ocurrirá volver a colarte en casa de nadie —dijo Felipe.

—Nunca volveré a hacerlo —dije de inmediato.

—Y además —añadió Alicia—, si tú estás castigado, otros también tendrían que estarlo.

Camuñas, Angustias, Torneo y Ocho miraron para otro lado, como si la cosa no fuera con ellos.

—Juana, tú tienes la última palabra —dijo Alicia—. Queremos que hoy jueguen todos. ¿Te parece bien?

Mi madre lo pensó un segundo.

Miró a Anita.

Después me miró a mí, y dijo:

—Supongo que sí.

¡Iba a jugar en la segunda parte!

Pensé que quitarían a Ocho. Era lo más lógico.

Pero en lugar de eso, Alicia dijo que teníamos que demostrar que éramos un verdadero equipo, y que quería dos voluntarios para no jugar en la segunda parte y que en su lugar entrásemos Anita y yo.

—¿Pero cómo voluntarios? —preguntó Helena.

—Ya sé que todos queréis jugar —dijo Alicia—, pero no queremos quitar a nadie a la fuerza. Queremos que dos voluntarios dejen su puesto a Pakete y Anita. Es la mejor prueba de que somos un equipo.

Nadie dijo nada. Ni se movió.

¿Cómo iban a dejarnos su puesto dos jugadores? Eso era totalmente imposible.

Pero entonces, para mí sorpresa, Helena dijo:

—Está bien, yo dejo mi puesto.

¿¿¿¡¡¡Qué!!!???

—Eso no puede ser —dijo Camuñas—. Es la mejor goleadora del equipo. Mejor dejo yo mi puesto.

—No, no, tú eres el portero —dijo Marilyn—. Yo dejo mi puesto.

—Un momento, tú eres la que más corre y la mejor defensa —dijo Tomeo —. Mejor me voy yo.

Ocho dijo:

—No, no, de eso nada. Aquí lo mejor es que deje yo mi puesto, eso lo sabemos todos.

—Venga, Ocho, para un partido que juegas en todo el año, no te vas a ir —dijo Angustias—. Además, a mi me duele un poco la cabeza. Mejor salgo yo.

¡Todos se habían ofrecido voluntarios! Bueno, todos menos uno.

Toni.

—Estupendo —dijo Felipe—. Tenemos seis voluntarios. Pero solo necesitamos dos. Así que haremos lo que hacen los verdaderos equipos…



—¿Echarlo a suertes?

—¿Votar?

—¿Hacer un debate?

—Nada de eso —dijo Felipe—. Lo que hacen los verdaderos equipos de fútbol es dejar que el entrenador tome las decisiones.

Miró a mi madre y añadió:

—Juana, a ti te corresponde tomar la decisión.

—¿A mí? —preguntó ella, un poco asustada.

—Pues claro, tú eres la entrenadora.



Mi madre se quedó muy pensativa. Miró a todos los que estaban allí, y dijo:

—Esto es un lío, pero si tengo que decidir, pues adelante. Primero saldrá Angustias; no es por nada, hijo, pero como te duele la cabeza y además estás un poco cansado, pues yo creo que es lo mejor.

Angustias emitió un suspiro.

Que no estaba claro si era de alivio o de tristeza. Con él, nunca se sabía.

—Anita, aunque seas la portero suplente, no te importa jugar en lugar de Angustias, ¿verdad? —preguntó mi madre.

—Claro, yo juego donde mande la entrenadora —contestó ella, y mi madre hinchó pecho, orgullosa.

—¿Y el segundo cambio? —preguntó Felipe.

—El segundo lo tengo mucho más claro —dijo mi madre—. El segundo en dejar el equipo es… Toni.

—¿Eh? ¡Pero si yo no me he ofrecido voluntario! —protestó.

—Precisamente por eso —dijo mi madre.

¡Toma ya!

¡Iba a entrar a jugar por Toni! ¡Ole mi madre!

Toni pasó a mi lado y murmuró:

—Tu mamaíta quita al mejor jugador del equipo para que entre su niñito.

Pero a mí ya me daba exactamente igual lo que dijera. Yo iba a jugar. Iba a intentar ayudar al equipo en la segunda parte.

Nos preparamos para salir al campo, pero entonces se oyeron voces y gritos.

¿Qué ocurría?

Y alguien gritó:

—¡El árbitro se ha quedado dormido!





Esta vez, no se había dormido en el campo.

Esta vez, el árbitro se había quedado dormido en el vestuario. Todos nos intentamos asomar a ver qué pasaba.

Pero lo que pasaba era exactamente lo mismo que las otras veces.

El árbitro se había quedado dormido de repente. Sin ningún motivo aparente.

—La conspiración —dijo Camuñas, y yo dije:

—Esto es imparable, están todos implicados.

Miré a Jerónimo Llorente, que estaba en la puerta del vestuario del árbitro y pedía a todos los presentes que, por favor, no se amontonaran.

—Dejen sitio, por favor —dijo.

También estaba por allí Laura, la madre de Anita, en representación de la asociación de madres y padres de alumnos.

Me pareció que se miraba con Llorente de manera sospechosa, pero no puedo estar seguro, porque había mucho jaleo.

El médico dictaminó lo que ya sabíamos todos:

—Está dormido.

No le pasaba nada grave.

No se encontraba mal. Simplemente, estaba dormido.

Y no había forma de despertarle. ¿Cómo había ocurrido otra vez?

Nos dijeron que teníamos que salir al campo y esperar. Que allí no se podía estar.

Cuando salimos al campo, vi que Chacón seguía en la grada y parecía muy contento.

A lo mejor era porque íbamos perdiendo, y eso garantizaba que el Islantilla se salvaba.

O a lo mejor era por lo del árbitro.

¿Es que nadie más se daba cuenta de que aquella estaba preparado?

Los periodistas fueron sacados a la fuerza del vestuario y también tuvieron que esperar en el campo.

Ahora hacían fotos a todo y a todos, como si cualquier detalle pudiera ser importante.

Entonces me di cuenta de que, aunque allí había dos policías para vigilar el partido, mi padre seguía sin aparecer.

¿Dónde se había metido?

El partido más importante de todo el año, y él por ahí patrullando en Sevilla la Chica, que nunca ocurre nada.

—Esta vez se habían tomado todas las medidas para que no pasara esto —dijo Llorente, que ahora hablaba con los periodistas—. Pero, por lo que se ve, no ha sido suficiente. Ahora lo importante es que los niños terminen su partido. Piensen ustedes que aquí los protagonistas son ellos, y no esos árbitros.



Estuvimos esperando un buen rato.

Y entonces ocurrió lo que todos nos temíamos. Por la puerta del campo apareció Rubén Gordillo. El árbitro suplente.

—He venido corriendo —dijo, y los periodistas le empezaron a hacer preguntas.

—Por favor, después —dijo Gordillo—. Ahora tengo que arbitrar un partido, y dicho y hecho.

En unos pocos minutos, ya estábamos dispuestos para empezar la segunda parte. Ibamos perdiendo contra los primeros de la liga.

Y el árbitro era Gordillo, que siempre nos hacía la vida imposible.

No era lo que se dice la mejor situación del mundo.


MINUTO UNO DE LA SEGUNDA PARTE.
EL NÚMERO 9 SACA DE CENTRO.
42
HELENA SALE CORRIENDO, LES QUITA EL BALÓN
Y ME DA UN PASE EN PROFUNDIDAD.
PIENSO: «AHORA O NUNCA».
AMAGO UN REGATE AL 9
Y ME VOY POR EL OTRO LADO.
LE HAGO UN TÚNEL
A OTRO JUGADOR.


REGATEO A UNA CHICA MUY ALTA DEL SANTO ÁNGEL.
SIGO CORRIENDO COMO SI ME FUERA LA VIDA. DEJO ATRÁS A OTRO JUGADOR RIVAL.
7
LE HAGO UN SOMBRERO AL DEFENSA CENTRAL.
ENTRO EN EL ÁREA.


LE VOY A HACER OTRO TÚNEL AL PORTERO.
PERO ENTONCES SALE CON LOS PIES POR DELANTE.
Y ME PEGA UNA ZANCADILLA QUE ME HACE SALTAR POR LOS AIRES.
TODO EL ESTADIO SE PONE EN PIE.
YO ESTOY EN EL SUELO, MUERTO DE DOLOR.


LEVANTO LA VISTA Y VEO A GORDILLO.
SEGURO QUE NO PITA NADA.
SIEMPRE ESTÁ EN CONTRA NUESTRA.
TODO ESTO ES UNA CONSPIRACIÓN.
PERO ENTONCES...
GORDILLO SE LLEVA EL SILBATO A LA BOCA.
¡Y PITA PENALTI!



Me llamo Francisco García Casas, estoy a punto de cumplir once años y voy a lanzar el penalti más importante de la historia del Soto Alto.

Delante de más de mil personas. Delante de una docena de periodistas.

He fallado los últimos cinco penaltis que he tirado, y estoy muy asustado.

Cuando has fallado cinco penaltis seguidos, lo único que te viene a la cabeza es:

«Lo vas a fallar».

«Seguro».

«Lo vas a fallar».

«Lo mejor es que no lo tire yo». Pero Alicia y Felipe se ponen de pie en la grada y empiezan a dar palmas y a gritar:

—¡Pakete! ¡Pakete! ¡Pakete!

Y un montón de gente del pueblo se levanta y todos dicen lo mismo:

—¡Pakete! ¡Pakete!

Así que no tengo más remedio.

Cojo el balón, lo pongo en el punto de penaltí y me dispongo a lanzarlo.

Es el penalti más importante en la historia del Soto Alto. Vamos perdiendo.

Nos jugamos desaparecer como equipo.

Si meto el penalti, tal vez tengamos una oportunidad. Miro a mi alrededor.

Helena me hace un gesto con la cabeza como diciendo: «Tú puedes».

Miro a Gordillo, el enemigo número uno de nuestro equipo, que sin embargo ha pitado el penalti. A ver si ahora se inventa algo raro y lo anula.

Pero no.

Hace un gesto y pita. Tengo que tirar.

Los gritos de «Pakete, Pakete» en la grada poco a poco van desapareciendo.

Se hace un total silencio en el campo.



Miro fijamente al portero. Y recuerdo lo que me ha dicho mi madre de tirarlo a la derecha, o a la izquierda, y todo ese rollo.

Pienso en el Tábano.

¿Qué probabilidad habría de que se tirase a la derecha si yo tiro a la izquierda?

Supongo que un 50%.

Pero el portero está allí en el medio. ¡Claro! ¡No es un 50%!

Porque los porteros casi siempre se tiran a la derecha o a la izquierda.

No pueden quedarse quietos. Es superior a sus fuerzas. Es su carácter.

Decidido.

Tomo carrerilla.



Meto el pie debajo del balón… y lo tiro por el medio de la portería.

Como Panenka.

Como Pitio.

Como Sergio Ramos.

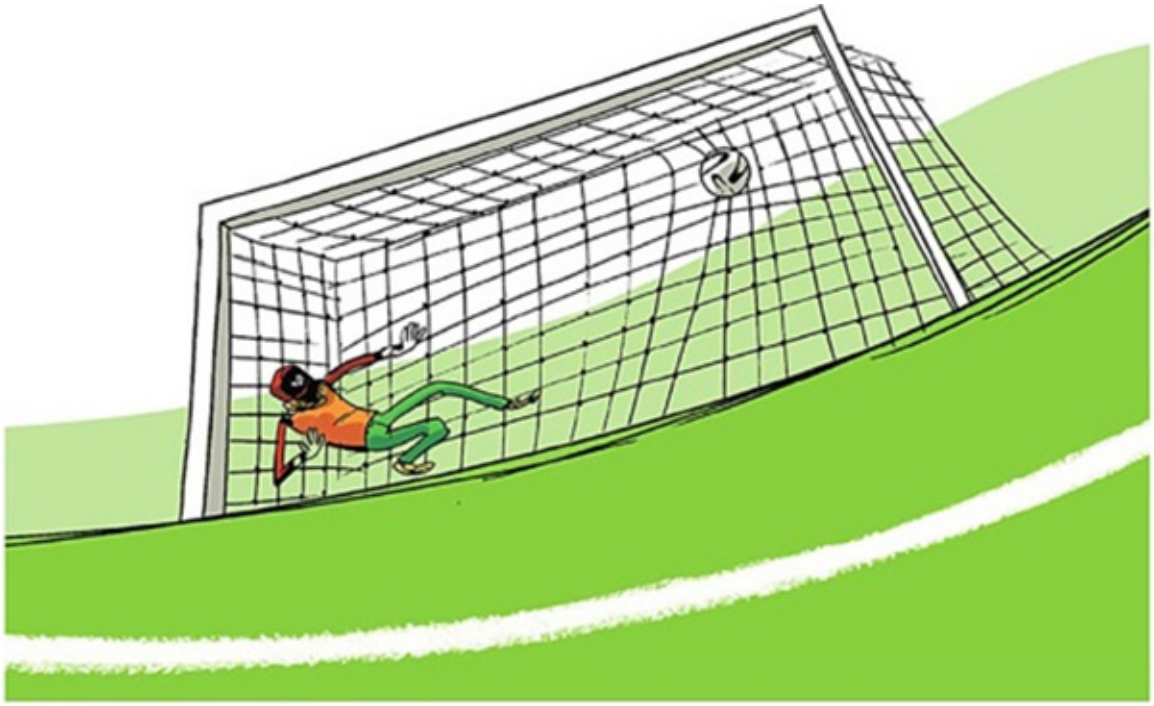
Como algunos de los grandes Jugadores de todos los tiempos, que han tirado penaltis importantísimos por el centro de la portería y muy despacio.

Según le doy al balón, veo que el portero se tira.

Da igual que se tire a la derecha o a la izquierda. Lo importante es que se ha tirado.

Y el balón entra despacio y limpiamente en la portería.

GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL. Esta vez, sí que sí.



He metido el penalti. He metido gol.

Santo Ángel, 1. Soto Alto, 1.

La gente en la grada se vuelve loca.

Grita.

Se abraza. Bota.

—¡Pakeeeeeeeete! ¡Pakeeeeeeeeete!

Los gritos se pueden oír en toda la sierra. Por una vez, me han salido bien las cosas.

Y todavía nos queda casi toda la segunda parte para meter otro gol y ganar.

Podemos conseguirlo.

Pero con lo que no contábamos era con lo que iba a ocurrir a continuación.

Estábamos en el minuto nueve de la segunda parte. Seguíamos empate a uno, y estábamos atacando en tromba.

En cualquier momento podíamos meter otro gol.

Pero entonces entró en el terreno de juego alguien que nadie esperaba.

No estoy hablando de un jugador. Ni de un entrenador.

Ni siquiera de un árbitro. Entró…



Un coche de la policía municipal. Conducido por mi padre.

El coche entró en el campo y se detuvo justo en el centro del campo.

Se abrió la puerta del conductor y salió mi padre.

—¡Emilio! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó mi madre desde el banquillo—. ¡Que los chavales están jugando mejor que nunca y tu hijo ha metido un gol precioso de penalti!

—¿Que qué hago? —preguntó mi padre—. Pues muy sencillo: he venido a detener al culpable de dormir a los árbitros.

Y lo dijo muy orgulloso.



Sacando pecho.

Como si fuera una especie de Sherlock Holmes.

Solo que en lugar de Londres, aquello era Sevilla la Chica. Todos nos quedamos mirando a mi padre.

Esperando qué iba a decir.

—Papá, vas a detener a Llorente y Chacón y a todos los cómplices, ¿verdad? —pregunté.

—¿De qué estás hablando, niño? —preguntó Jerónimo Llorente alzando mucho las cejas, al borde del terreno de juego.

—Pues que tú no querías que el equipo de tu amigo Chacón bajase de categoría, y además Chacón está confabulado con Laura, que es la presidenta de la asociación de madres y padres, y todos quieren que perdamos y bajemos de categoría y así el equipo desaparezca —dije yo del tirón.

Cuando terminé de hablar, todos me miraron… y se partieron de risa.

—Exacto —dijo Camuñas, y se puso a mi lado—. Hemos estado investigando esta semana y hemos descubierto eso y rnuchas otras cosas que mejor nos callamos, porque la conspiración puede llegar muy lejos.

Se escuchó un murmullo y un rumor en la grada.

Todo el mundo empezó a comentar y a hablar en voz baja. Excepto la madre de Anita, que se levantó muy enfadada y dijo:

—A ver, Anita, ¿tú tienes algo que ver con todas estas tonterías? Porque ahora mismo nos vamos para casa. Si ya sabía yo que esto del fútbol solo podía traer cosas malas… Una conspiración dice el mocoso ese…

—Señora, sin faltar, que podría contar muchas cosas —respondió Camuñas.

—Los niños, a callar. Un poco de respeto, hombre —dijo Chacón.

—Yo creo que estoy mareado —dijo Angustias.

—Bueno, Emilio —dijo Llorente—. Yo creo que ya es hora de que digas algo, ¿no te parece?

Mi padre dio dos pasos al frente y dijo:

—He venido a detener al culpable, y eso es exactamente lo que voy a hacer en este momento.

Todos le miramos con gran expectación.

—Antes de nada, quiero decir que mi hijo y sus amigos se equivocaron de culpables, pero no se equivocaron en una cosa: alguien drogó a los árbitros para obtener un beneficio de ello, y ese alguien está aquí, entre nosotros.

Y en ese momento, mi padre se acercó al culpable y le dijo:

—Queda usted arrestado por los cargos de atentado contra la salud pública en tres ocasiones, con los agravantes de alevosía y premeditación.



Rubén Gordillo.

El árbitro suplente.

Según mi padre, era el culpable. Tragó saliva y dijo:

—No sé de qué está hablando, señor agente. Todos nos quedamos con la boca abierta. ¿GORDILLO?

¿PERO CÓMO?

¿Y POR QUÉ?

—No tiene ninguna prueba —dijo Gordillo. Mi padre se acercó a él.

—Cuando mi hijo Francisco dijo anoche que todo esto solo lo podía hacer alguien para sacar provecho de ello, pensé que Chacón era una opción demasiado obvia. También Jerónimo, a su manera —dijo—. Pero luego pensé en cuál era el elemento común en los tres casos.

¿Cuál?

—¡Pues el árbitro suplente! —dijo mí padre—. En los tres partidos ha aparecido un chico desgarbado, con pinta de empollón, que se ha aprovechado del contratiempo de sus compañeros para ponerse de árbitro, cuando en realidad no le tocaba a él.

—No tiene ninguna prueba —insistió Gordillo.

—No sé sí todos lo sabéis, pero Gordillo es un gran estudiante —añadió mi padre.

—Y a mucha honra —dijo el propio Gordillo—. Estoy en cuarto de Químicas, y llevo una media de matrícula de honor.

—Correcto —dijo mi padre—. Es uno de los primeros de su promoción. Algo perfecto para este caso.

Todo encajaba: Gordillo estaba en la universidad estudiando Químicas.

La carrera perfecta para elaborar una sustancia que durmiese a los árbitros.

—Lo primero que pensé fue que, gracias a sus conocimientos de química, elaboró un somnífero que no dejara huella y que tampoco fuera peligroso, y que luego lo echó en el agua —siguió mi padre—. Pero sabía que lo hubieran acabado detectando. Así que usó esto.

Mi padre enseñó una pastilla de jabón. ¿Jabón?

De nuevo, un rumor recorrió la grada.

Todo el mundo se puso en pie para ver bien aquello.



Mi padre mostró la pequeña pastilla de jabón a todos los presentes, como los toreros que ganan una oreja y la enseñan a todos desde el centro de la plaza.

Y luego explicó que, gracias a la colaboración de Hadu, el cuidador y utillero del campo, pudo descubrir que alguien había colocado una pastilla de jabón en el vestuario del árbitro.

—Esta mañana lo he mandado analizar, y fíjate, Gordillo, que en el laboratorio han encontrado una variedad de barbitaI que desconocían hasta ahora. No deja rastro, pero tiene un efecto inmediato al entrar en contacto con la piel —dijo mí padre.

¡Había drogado a los árbitros a través del jabón!

Todo encajaba.

Gordillo era un empollón de la química.

Y había creado un producto que dormía a los árbitros a través del jabón.

—Resulta que eres un genio, Gordillo —dijo mi padre.

—¡Y también soy un buen árbitro! —protestó Gordillo—. ¡Todos lo habéis visto! ¡No sé por qué la liga me tiene marginado! ¡Todo el año de árbitro suplente, cuando sé más de fútbol que todos esos zoquetes que ponen de árbitros cada fin de semana!

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Tomeo.

—Pues tiene mucho que ver —se defendió Gordillo—, porque es una verdadera injusticia.

Llorente se levantó y explicó que las designaciones de los árbitros dependen de un comité independiente y que se valoran las pruebas físicas y psicológicas.

—Y la verdad, Gordillo, en las pruebas físicas eres una calamidad —dijo Llorente.

Todo el campo.

Los espectadores.

Los jugadores.

Los entrenadores.

Absolutamente todo el mundo clavó su mirada en Gordillo.

El árbitro suplente que había dormido a sus compañeros para que le dejaran arbitrar.

Para conseguir su minuto de gloria.

—Muy bien —dijo Gordillo a los periodistas—. Ya me podéis entrevistar. Habéis estado perdiendo el tiempo estas semanas con los árbitros dormidos, que son unos ignorantes, en lugar de entrevistarme a mí, el único y verdadero protagonista de toda esta historia.

Al parecer, a Gordillo le gustaban las entrevistas y las fotos. No solo quería ser árbitro.

También quería ser famoso.

—Tal vez algún día serás famoso como químico —dijo mi padre—, pero tu carrera como árbitro acaba de terminar. Quedas detenido en este instante.

Mi padre y los otros dos agentes que estaban en el campo metieron a Gordillo en el coche.

No dejaba de gritar que él era el mejor árbitro de la liga, y que volvería a arbitrar.



—¡Ah, Y si quieren entrevistarme, pueden ir ahora mismo a la comisaría! —gritó justo antes de que se cerrara el coche.

Mi padre me dio la mano allí, delante de todos.

—Enhorabuena, Francisco —dijo mi padre—. Gracias a ti ya tus amigos hemos conseguido resolver el caso. Si no hubiera sido por vuestra insistencia, seguramente no habríamos seguido in… vestigando.

Y después se subió al coche.

Y salió de allí con la sirena puesta.

Gordillo iba saludando desde el interior del vehículo.

—¿Y ahora? —preguntó Camuñas.

Y todos nos hicimos la misma pregunta. ¿Qué pasaba con el partido?

Llorente tomó la palabra y dijo:

—Ya que no hay árbitro, ni tampoco árbitro suplente, el partido queda suspendido hasta nuevo aviso.

¿Suspendido?

Pero si nos estábamos jugando el descenso y la liga y todo. ¿Cuándo se iba a jugar?

—A su debido tiempo —dijo Llorente. Pero la cosa no acabó ahí.

Quiero decir que el partido sí terminó por el momento.

Pero aún pasó una cosa terrible aquella mañana en el campo de fútbol.

Algo mucho más grave que lo de los árbitros dormidos. Una cosa que nunca olvidaré.

Y que seguramente es lo peor que me ha pasado en toda mi vida.



Ya he dicho que en el campo habían colocado un videomarcador nuevo y reluciente.

Un videomarcador enorme.

Hasta ahora habían ido poniendo el resultado del partido y los goles.

Bueno, y también la publicidad.

Pero en ese momento pusieron una cosa muy distinta.

Justo cuando mi padre se acababa de ir, el videomarcador empezó a parpadear.

La imagen se movía.

Y entonces apareció una persona a toda pantalla. Delante de todo el pueblo.

Y esa persona era Pakete.

O sea, yo.

Alguien le dio al *play* en el videomarcador y yo empecé a hablar mirando a cámara:

—Helena es una chica muy guapa y muy simpática y juega muy bien al fútbol… y a mi, bueno… a mí me gusta… Tampoco es que me guste mucho, pero vamos, que sí, que me gusta… y esta noche tengo una cita con ella en el campo de fútbol y estoy un poco nervioso. ¿Vale así?

Pensé que me iba a caer redondo allí en medio.



Todas las personas que estaban en el campo, excepto dos, empezaron a reírse.

El que más se reía era mi hermano Víctor, claro. Él era quien había puesto el vídeo y estaba justo debajo.

Se partía de risa, como si fuera la mejor broma de la historia mundial de las bromas.

Más de mil personas se reían sin parar. Incluso mi madre se estaba riendo y entonces todo el mundo empezó a gritar:

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra! —y mi hermano volvió a poner el vídeo.

—*Helena es una chica muy guapa y muy simpática y juega muy bien al fútbol… y a mí bueno… a mí me gusta… Tampoco es que me guste mucho, pero vamos que sí, que me gusta…* y volvió a rebobinar y lo puso otra vez. Y así, cuatro veces.

Es como cuando ponen la repetición a cámara lenta de una jugada.

Solo que la jugada era yo, con cara de pánfilo, diciendo que me gustaba Helena.

La gente, cuanto más lo veía, más se reía. Helena me miró y también se rio.

Hasta Angustias se estaba riendo.

Solo había dos personas que no se reían. Una era yo, claro y el otro que no se reía era… Toni.

Vi que estaba sentado en el banquillo, y que estaba muy serio.

Entonces pensé que si aquello no le gustaba a Toni, a lo mejor no era tan malo para mí.

Eso fue lo que pensé.

Aunque yo, desde luego, hubiera preferido que no lo hubieran puesto en aquel videomarcador gigante.

Esa noche salió la noticia en todos los informativos. Tres árbitros dormidos durante tres partidos.

Y el causante era un árbitro suplente, un estudiante de Químicas.

Hablaban con mucho detalle del barbital y del jabón, y de todo lo que había inventado Gordillo para poder arbitrar tres partidos.

O mejor dicho: tres medios partidos.

—Es mi pasión —dijo Gordillo en una entrevista que le hicieron en el telediario.



Sí, sí. ¡Salió hasta en el telediario!

—Pero un estudiante de matrícula de honor como tú —dijo el presentador —, ¿por qué se mete en este lío? ¿Para hacerse famoso?

—A lo mejor la gente no me cree, pero no es por eso —respondió Gordillo—. Me encanta el fútbol, me gusta más que la química y más que ninguna otra cosa. Y como no puedo jugar porque no soy bueno, al menos quiero ser árbitro y participar de alguna forma. Por eso lo he hecho.

De pronto, Gordillo no me caía tan mal.

Si era verdad lo que decía, teníamos mucho en común.

—¿Pero no va a la cárcel? —preguntó mi madre.

Estábamos la familia al completo cenando mientras veíamos la tele.

Mi padre dijo que no, que no era un delito. Era una falta leve, y además no tenía antecedentes.

—Como mucho le pondrán una multa, y quizá trabajos sociales para la comunidad —dijo mi padre.

—Yo a lo mejor también me apunto a la escuela de árbitros —dijo mí hermano Víctor.

Lo que faltaba.

¡Mi hermano, árbitro! Espero que no le admitan.

—Oye, papá —dije yo—, ¿y no podrías haber esperado veinte minutos para entrar en el campo y detener a Gordillo? Así podríamos haber terminado el partido.

—En eso tiene razón el niño —dijo mi madre—. Total, por veinte minutos más o menos…

Mi padre tosió, se puso muy serio y dijo:

—Cuando un agente tiene que hacer justicia, no hay un minuto que perder.

—Pamplinas —dijo mi madre y se acabó el tema.

Seguimos cenando y viendo la televisión.



Los días siguientes, pasaron muchas cosas.

Alicia y Felipe ahora iban de la mano a todas partes y se daban besos delante de todos.

Ya eran novios oficiales.

Pero eso no significaba que no siguieran discutiendo.

De hecho, ahora parecía que discutían más que nunca.

Ya digo que esto de los besos no hay quien lo entienda. Chacón, por su parte, admitió que en el descanso de nuestro partido contra el lslantilla había ido al vestuario del árbitro.

Pero no para dormirle ni envenenarle.

Había ido para hablar con él y presionarle, porque decía que no estaba pitando las faltas y que su equipo salía perjudicado.

No está bien ir a hablar con el árbitro durante un partido, pero no es un crimen.

Llorente, por su parte, explicó que el mensaje que le había dejado a Chacón en el contestador no tenía ningún misterio.

En el mensaje solamente decía que tenían que hacer algo para resolver lo de los árbitros dormidos, porque se estaba yendo de las manos.

Y según él, le había dejado el mismo mensaje a todos los entrenadores de la liga.

Por lo visto, era verdad.

Alicia confirmó que ella tenía un mensaje muy parecido. Aunque sobre la relación de Alicia y Uorente habría mucho que hablar.

Desde luego, Llorente parecía algo triste desde que Alicia era novia oficial de Felipe.

Incluso se rumoreaba que a lo mejor dimitía y dejaba la Liga Intercentros.

Otra que también dimitió fue Laura. La madre de Anita. Dimitió de todo.

Dejó de ser la presidenta de la asociación de madres y padres de alumnos y dijo que en realidad ella nunca había estado en contra del fútbol, aunque nadie se lo creyó.

Y también dimitió de su matrimonio. Bueno, no sé si eso se dice así.

El caso es que se separó de su marido, el padre de Anita.

No era la primera vez que los padres de un alumno se divorciaban, pero esta vez fue más sonado y todo el mundo lo comentaba.

Pobre Anita.

Luego nos enteramos de que su madre y ella se habían ido a vivir con el entrenador Chacón.

Laura había pasado de encabezar la asociación para acabar con el fútbol a vivir con un entrenador.

Anita dice que Chacón se porta muy bien con ella, y que ya nos ha perdonado que nos colásemos en su casa y en su despacho, y que a partir de

ahora va a dejar de tomar pastillas para dormir, porque ya no las necesita porque está muy contento con Laura.

Y la noticia más importante de todas.

Ahora que nos habíamos hecho tan famosos por los árbitros dormidos, y habíamos salido en todas las noticias, el colegio había decidido que el equipo de fútbol 7 tenía que seguir, pasara lo que pasara.

Lo decidieron por unanimidad. Y esta vez, mi padre sí votó. Era una buenísima noticia.

Ganásemos o perdiésemos el partido contra el Santo Ángel, el equipo iba a continuar.

El partido se reanudó el sábado siguiente.

Aún teníamos que jugar veintiún minutos.

Había que saber si bajábamos a segunda o no. Justo la noche antes del partido recibí un wasap:

«Nos vemos en el campo de entrenamiento a las doce de la noche».

Firmado: Helena.

Era una convocatoria de los Futbolísimos.



Estaba muy oscuro y yo estaba solo en medio del campo.

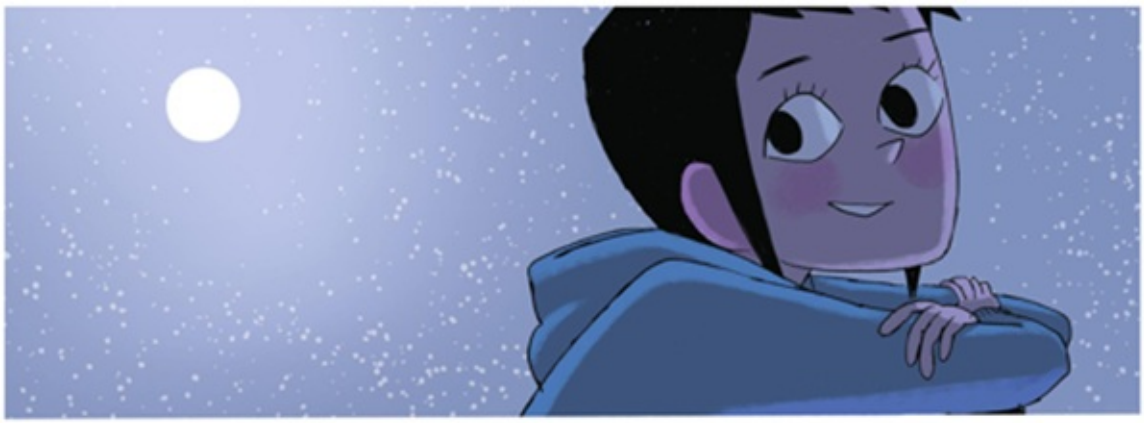
Estaba pensando en el penalti que había metido, cuando oí una voz detrás de mí.

—Vaya pase que te di, ¿eh?

Me giré y vi a Helena delante de mí.

—¿Qué?

—Durante el partido, nada más empezar la segunda parte, robé el balón y te di un pase en profundidad buenísimo —dijo ella—. Luego fue cuando te hicieron el penalti.



—Sí, el pase no estuvo mal —dije yo—, aunque me tuve que regatear a todo el equipo.

Helena me sonrió.

—Fue la mejor jugada del año —dijo—, y también fue el mejor penalti del año.

—Gracias —dije.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Pakete?

—Claro —dije yo—. Lo que tú quieras.

Aunque estaba muy oscuro, podía ver perfectamente cómo Helena me miraba con sus enormes ojos, y me estaba poniendo un poco nervioso.

—De todo lo que pasó el día del partido, ¿cuál fue tu momento favorito? —preguntó ella.

Esa pregunta sí que no me la esperaba.

—Pues… —y pensé que cuando salí al campo a jugar y vi toda aquella gente con las banderas y gritando, había sido un buen momento.

También pensé que la jugada que hice regateando a todos era un momento único.

Por supuesto, cuando Gordillo pitó el penalti y también cuando lo metí, claro.

Incluso pensé que cuando mi padre entró en su coche de policía hasta el medio del campo, también había sido un momento buenísimo.

—Pues no sé —dije—. Yo creo que cuando metí el gol fue muy emocionante.

—Sí, estuvo bien —dijo ella—. Pero mi momento favorito fue otro.

—¿Ah, sí?

—Mi momento favorito fue… cuando saliste en el videomarcador gigante diciendo aquellas cosas.

Noté perfectamente que me ponía rojo de la cabeza a los pies. Me dio tanta vergüenza que no sabía qué hacer, ni qué decir, ni siquiera qué pensar.

Así que dije:

—Ya, ya.

Eso fue todo lo que dije: «Ya, ya».

Y no tengo ni idea de por qué lo dije ni qué significaba. Aunque supongo que «ya, ya» significaba algo así como «eso que dije en el videomarcador de que me gustabas era porque mi hermano me obligó, o sea, no es que fuera mentira, pero tampoco era una cosa que yo dijera por mí mismo, ¿me entiendes?».

Ya, ya, y como no sabía qué más decir, pregunté:

—Oye, ¿y dónde están los demás?

—¿Quiénes? —dijo Helena.

—Pues Camuñas, y Angustias… y todos los Futbolísimos.

—Ah, pues supongo que estarán en sus casas —dijo Helena—. Es muy tarde para andar por ahí, ¿no?

Pero entonces… o… el mensaje me lo había mandado solo a mí. Ahora sí que me estaba poniendo muy nervioso.

—Bueno, mañana nos jugamos mucho en el partido, ¿no? —dije, intentando aparentar que estaba tranquilo.

—No nos jugamos tanto —dijo ella—. Al fin y al cabo, ya sabemos que no van a quitar el equipo del colegio. Si ganamos, jugaremos en primera, y si no, pues en segunda. A mí, la verdad es que me da igual.



Ella hablaba, pero yo solo podía pensar que estábamos los dos solos allí, en el campo, a media noche, y que Helena tenía unos ojos enormes y era la más guapa de quinto A y de todos los quintos del mundo, y encima jugaba muy bien al fútbol… y mientras pensaba aquello, sentí calor por todo el cuerpo.

—Oye, Pakete, ¿tú le has dado un beso a alguna chica? En ese momento, creí que me iba a caer desmayado.

—Estoooo, bueno… No mucho.

¿No mucho?

¿Qué estaba diciendo? ¿Quería besarla?

¿De quería salir corriendo?

La verdad es que no lo sabía, y entonces me dijo:

—Ven aquí, anda. Y en realidad fue ella la que se acercó a mí, y me dio un beso.



En la boca.

Un beso de verdad. Helena me había besado. A mí.

Lo vaya repetir por si alguien no se lo cree: Helena me había besado en el campo de fútbol a medianoche. Todo lo demás daba igual.



El partido. Los árbitros. Los penaltis.

De pronto, todo lo demás parecía muy lejano. Solo podía pensar en el beso.

Era una sensación muy rara.

No sé cómo decirlo, no hay nada que se le parezca. Miré a Helena y le dije:

—¿Puedo repetir?

Ella se río como sí yo hubiera hecho un chiste.

Pero yo no lo decía de broma.

Lo decía completamente en serio. —Otro día, Pakete— dijo, y se subió en su bici.

—Ahora es muy tarde y mañana tenemos partido —dijo.

—Claro —dije yo, y Helena me volvió a sonreír y se fue pedaleando de allí.

Y yo pensé que ya sabía cuál era mi momento favorito de toda esta historia.

Me fui caminando a mi casa.

Aunque podría haber ido volando. Porque me sentía como si pudiera flotar.

Al día siguiente jugábamos contra el Santo Ángel, y todavía tenían que pasar muchas cosas.

Los Futbolísimos íbamos a vivir muy pronto la mayor aventura de nuestras vidas.

